

VIAJE ESPÍRITA
EN 1862

ALLAN KARDEC K

4
VOYAGE SPIRITE

EN 1862

CONTENANT :

1. Les Observations sur l'état du Spiritisme.
2. Les Instructions données dans les différents Groupes.
5. Les Instructions sur la formation des Groupes et Sociétés, et un modèle de Règlement à leur usage.

PARIS

CHEZ LES ÉDITEURS DU *LIVRE DES ESPRITS*

35, QUAI DES GRANDS-AUGUSTINS.

LEDOYEN, LIBRAIRE-ÉDITEUR,

Palais-Royal, 31, galerie d'Orléans.

| AU BUREAU DE LA *REVUE SPIRITE*,

59, rue et passage Saint-Anne.

1862

TRADUCTION AUTORISÉE.

Allan Kardec

VIAJE ESPÍRITA

EN 1862

CONTIENE

1. Las observaciones sobre el estado del espiritismo.
2. Las instrucciones dadas en los diferentes grupos.
3. Las instrucciones sobre la formación de grupos y sociedades, con un modelo de Reglamento para su aplicación.

Traducción de Gustavo N. Martínez y Marta H. Gazzaniga



CONFEDERACIÓN ESPIRITISTA ARGENTINA
Buenos Aires

Copyright © 2017 by
CONFEDERACIÓN ESPIRITISTA ARGENTINA (CEA)

Todos los derechos de reproducción, copia, comunicación al público y explotación económica de esta obra están reservados. Prohibida la reproducción parcial o total de la misma, a través de cualquier forma, medio o proceso electrónico, digital, fotocopia, microfilme, internet, CDROM, sin previa y expresa autorización, en los términos de la ley 11.723, que reglamenta los derechos de autor y conexos.

ISBN edición impresa: 978-987-21416-8-4

Título del original francés:

Voyage spirite en 1862

(Paris, 1862)

Traducción del original francés: Gustavo N. Martínez y Marta Haydee Gazzaniga

Presentación, organización y notas: Evandro Noleto Begera (de la edición portuguesa de la *Federación Espírita Brasileña*, Brasilia, 2005).

Edición de la

CONFEDERACIÓN ESPIRITISTA ARGENTINA (CEA)

Sánchez de Bustamante 463

(1173) Buenos Aires - Argentina

+ 54 11 - 4862 - 6314

www.ceanet.com.ar - ceaespiritista@gmail.com

Kardec, Allan

Viaje espírita en 1862 / Allan Kardec. - Ciudad Autónoma de Buenos

Aires : Confederación Espiritista Argentina, 2017.

232 p. ; 21 x 14 cm.

Traducción de: Gustavo Norberto Martínez

ISBN 978-987-21416-8-4

1. Espiritismo. I. Martínez, Gustavo Norberto, trad. II. Título.

CDD 133.9

Impreso en la Argentina

ADVERTENCIA SOBRE LA TRADUCCIÓN

La presente traducción se basa en el original francés *Voyage Spirite en 1862*, publicado en París, Francia, por “les éditeurs du *Livre des Esprits* (35, quai des Grands-Augustins): Ledoyen, Libraire-éditeur (Galerie d’Orléans, 31, au Palais-Royal), au bureau de la *Revue Spirite* (59, rue et passage Sainte-Anne)”, en el año 1862. La edición fue impresa en París, por la “Typographie de Cosson et Comp., rue du Four-Saint-Germain, 43”.

Nos valimos de la reproducción digital de un ejemplar que se conserva en *The British Library*, Londres.

La presente edición contiene además un *Apéndice* con el relato de los viajes y la transcripción de las conferencias que Allan Kardec dictó en los grupos y las sociedades que visitó en los años 1860, 1861, 1864 y 1867. Dicho material fue escrito y publicado por el autor en la *Revista Espírita*. Para la traducción de esos textos recurrimos a los originales resguardados en la biblioteca de la Asociación Espiritista “Constancia”, de la ciudad de Buenos Aires.

Agradecemos a la *Federación Espírita Brasileña* la generosidad con que nos autorizó el empleo de la presentación, la organización y las notas de su edición en lengua portuguesa.

LOS TRADUCTORES

Buenos Aires, 31 de marzo de 2017.

PRESENTACIÓN

La mayoría de los espíritas conoce las obras básicas del espiritismo, en especial *El libro de los Espíritus*: compilación de sus principios fundamentales, que Allan Kardec desarrolló en los demás volúmenes que constituyen la codificación espírita. No obstante, muchos ignoran las dificultades que él debió afrontar para que la doctrina espírita llegara a ser conocida y practicada en aquellos tiempos tan difíciles del siglo XIX, precisamente porque no consultaron otros escritos de su autoría, en los cuales enfocó de manera sorprendente sus instrucciones para el movimiento espírita.

Los estudiosos que deseen conocer los primeros pasos del movimiento espírita a partir de su nacimiento, hallarán abundante material para sus investigaciones en la *Revista Espírita* de Allan Kardec, especialmente en los volúmenes correspondientes a los años 1860, 1861, 1862, 1864 y 1867, en los cuales el Codificador de la doctrina espírita, aprovechando las vacaciones de verano de la Sociedad Espírita de París, se trasladó desde la capital francesa para visitar algunas ciudades del interior de Francia, llegando también, en 1864, hasta Amberes y Bruselas, en Bélgica.

En la actualidad, con el avance de la tecnología y la rapidez de los medios de comunicación, el mundo se volvió pequeño

y accesible para un considerable segmento de su población. Hoy es posible tomar un avión por la mañana, en París, y llegar ese mismo día a Brasilia. Muy diferente, por el contrario, era el panorama que existía en la época de Allan Kardec. Para llevar a cabo su *Viaje Espírita en 1862*, el Codificador necesitó casi dos meses para recorrer seiscientos noventa y tres leguas y visitar cerca de veinte ciudades, y esto porque Francia, a mediados del siglo XIX, ya poseía una red ferroviaria que atravesaba el país en todas direcciones, y cuyos trenes circulaban a la *incréible* velocidad de cincuenta kilómetros por hora...

De todos los viajes de Allan Kardec, realizados al servicio de la doctrina espírita, el de 1862 fue el más importante, y mereció de su parte un opúsculo especial, publicado ese mismo año, muy abundante en observaciones acerca del estado del espiritismo —que por entonces conmemoraba su quinto año de existencia— y en instrucciones relativas a la formación de grupos y sociedades espíritas, además de los consejos y las orientaciones que prodigaba a los adeptos de la nueva doctrina.

¿Qué buscaba Allan Kardec en esos viajes? Él mismo nos lo revela en las *Impresiones Generales* de esta obra: "...nuestro viaje tenía un doble objetivo: dar instrucciones donde estas fueran necesarias y, al mismo tiempo, instruirnos. Queríamos ver las cosas con nuestros propios ojos, para juzgar el verdadero estado de la doctrina espírita y *de qué manera se la comprende*; estudiar las causas locales favorables o desfavorables para su progreso, sondear las opiniones, apreciar los efectos de la oposición y de la crítica, y conocer el juicio que se hace de ciertas obras. Estábamos deseosos, sobre todo, de estrechar la mano de nuestros hermanos espíritas, de expresarles personalmente nuestra muy sincera y viva simpatía, en retribución a las conmovedoras pruebas de amistad que nos dispensan

en sus cartas; de dar, en nombre de la Sociedad de París y en nuestro propio nombre, en particular, un testimonio especial de gratitud y de admiración a esos pioneros que, por su iniciativa, por su celo desinteresado y su devoción, constituyen los primeros y más firmes apoyos de la obra, pues marchan siempre hacia adelante, sin inquietarse ante las piedras que les arrojan, y colocan el interés de la causa por encima del interés personal”. Y, más adelante, concluye: “Desde diversos puntos de vista, nuestro viaje ha sido muy satisfactorio y, sobre todo, muy instructivo por las observaciones que hemos recogido. Si quedaran algunas dudas acerca del carácter irrefrenable de la marcha de la doctrina espírita, de la ineficacia de los ataques que recibo, *de su influencia moralizadora*, así como de su futuro, lo que hemos visto sería suficiente para disiparlas.”

Durante todo el tiempo en que codificó la doctrina espírita, Allan Kardec solo se permitió un viaje de descanso.¹ En agosto de 1864, poco antes de visitar a los espíritas de Amberes y de Bruselas, en Bélgica, estuvo en Suiza, donde permaneció en las ciudades de Neuchâtel, Berna, Zimmerwald, Interlaken, Oberland, Friburgo, Lausanne, Vevey y Ginebra, oportunidad en la que conoció los valles de Lauterbrunnen y Grindelwald, los lagos de Brietz y Léman, las cascadas de Staubach y Giesbach, y el castillo de Chillon. Aun así, y para demostrar que nunca dejaba de lado el trabajo, aprovechó la ocasión para observar y estudiar *in situ* el extraño fenómeno de un campesino de los alrededores de Berna, que gozaba de la facultad de descubrir manantiales, así como de ver en el

1. *Biographie d'Allan Kardec*, de Henri Sausse. Paris: Éditions Pygmalion-Gérard, 1993.

fondo de una copa las respuestas a las preguntas que se le formulaban, incluso imágenes de personas y lugares.²

Era nuestra intención inicial componer este volumen solamente con la traducción integral del *Viaje espírita en 1862*. Sin embargo, recordando los discursos pronunciados en los demás viajes que emprendió Allan Kardec, en Francia y en Bélgica, así como las apreciaciones que tuvo a bien hacer, referidas a cada uno de ellos, en su *Periódico de Estudios Psicológicos*, tuvimos la idea de agregarlos a este libro, en forma de apéndice, porque guardaban una estrecha conexión con los temas tratados en esta obra.

EVANDRO NOLETO BEZERRA

Brasilia (DF), 3 de octubre de 2005.

2. Véase la *Revista Espírita* de octubre de 1864.

RESPUESTA DE ALLAN KARDEC
A LA INVITACIÓN DE LOS
ESPÍRITAS DE LYÓN Y DE BURDEOS³

Mis queridos hermanos y amigos espíritas de Lyón:

Me apresuro en deciros cuán sensible soy al nuevo testimonio de simpatía que acabáis de darme con la amable y afectuosa invitación para visitaros también este año. La acepto con placer, porque para mí es siempre una felicidad encontrarme en vuestro ámbito.

Grande es mi alegría, amigos míos, al observar que la familia espírita crece a ojos vistas; se trata de la más elocuente respuesta a los absurdos y abyectos ataques contra el espiritismo. Parece que tal crecimiento aumenta el furor de esos ataques, porque hoy mismo he recibido una carta de Lyón que me anuncia el envío de un periódico de esa ciudad, *La France littéraire*, en el cual la doctrina espírita en general, y mis obras en particular, son ridiculizadas de manera tan desagradable que los remitentes me preguntan si deben responder a través

3. Atento a la invitación de los espíritas de Lyón y de Burdeos, suscripta por quinientas firmas, Allan Kardec emprendió su famoso *Viaje espírita en 1862*, durante los meses de septiembre y octubre de aquel año, y no solo visitó esas dos ciudades, sino que se detuvo en otras dieciocho localidades que se encontraban en su camino.

de la prensa o de los tribunales. Digo que deben responder mediante la indiferencia. Si la doctrina espírita no hiciese algún progreso, si mis obras hubiesen nacido muertas, nadie se inquietaría y no dirían nada al respecto. Son nuestros éxitos los que exasperan a nuestros enemigos. Dejemos, pues, que desaten su ira impotente, pues esa ira demuestra que sienten la proximidad de su derrota; no son tan tontos para abalanzarse sobre un fracaso. Cuanto más abyectos sean sus ataques, menos hay que temerles, porque son desestimados por las personas honestas, y demuestran que aquellos no tienen buenas razones que oponer, dado que solo saben injuriar.

Continuad, pues, amigos míos, la gran obra de regeneración que ha comenzado con tan felices auspicios, y pronto cosecharéis los frutos de vuestra perseverancia. Demostrad, sobre todo mediante la unión y la práctica del bien, que el espiritismo es una garantía de paz y de concordia entre los hombres, y haced que al veros se pueda decir que sería deseable que todo el mundo fuese espírita.

Me siento feliz, amigos míos, al ver tantos grupos unidos por el mismo sentimiento, que avanzan de común acuerdo hacia el noble objetivo que nos hemos propuesto. Dado que ese objetivo es exactamente el mismo para todos, no podría haber divisiones. Debe guiaros una misma bandera, y en ella está escrito: *Fuera de la caridad no hay salvación*. Tened la certeza de que la humanidad entera sentirá la necesidad de reunirse en torno a ella, cuando esté cansada de las luchas engendradas por el orgullo, la envidia y la ambición. El espiritismo tendrá el honor de haber sido el primero en proclamar esa máxima, una verdadera ancla de salvación, porque significará el reposo después de la fatiga. Inscribidla en todos los lugares de reunión y en vuestras residencias particulares. Que ella sea,

en adelante, la palabra que reúna a todos los hombres sinceros, que quieren el bien sin una segunda intención personal. Pero haced más aún: grabadla en vuestros corazones, y a partir de ahora disfrutaréis la calma y la serenidad que en ella encontrarán las generaciones futuras, cuando se haya convertido en la base de las relaciones sociales. Vosotros sois la vanguardia; debéis dar el ejemplo, a fin de incitar a otros para que os sigan.

No os olvidéis de que la táctica de vuestros enemigos, tanto *encarnados* como *desencarnados*, consiste en dividirlos. Demostradles que perderían el tiempo si intentaran suscitar entre los grupos sentimientos de envidia y de rivalidad, que serían una apostasía de la auténtica doctrina espírita cristiana.

Las *quinientas* firmas que suscriben la invitación que tuvisteis a bien enviarme, representan una declaración contra aquel intento, y hay algunas personas más que tendré el placer de ver allí. Según observo, es más que una simple fórmula: se trata de un compromiso para que transitemos los caminos que nos indican los Espíritus buenos. Las conservaré con aprecio, porque algún día serán parte de los gloriosos archivos del espiritismo.

Una palabras más, amigos míos. Al ir a veros, una cosa deseo: que no haya banquete, y esto por varios motivos. No quiero que mi visita sea una ocasión para gastos que pudieran impedir la presencia de algunos, y privarme del placer de ver a todos reunidos. Los tiempos son difíciles, de modo que es importante no hacer gastos inútiles. El dinero que ese banquete costaría será mejor empleado para ayudar a los que, más tarde, van a necesitarlo. Os lo digo con toda sinceridad: pensar que aquello que hubierais hecho por mí en tal circunstancia podría ser una causa de privación para muchos, me quitaría todo el placer de la reunión. No voy a Lyon para exhibirme ni

para recibir homenajes, sino para conversar con vosotros, dar consuelo a los que sufren, infundir valor a los débiles y ayudaros con mis consejos en todo aquello que esté a mi alcance. Lo más agradable que podéis ofrecerme es el espectáculo de una unión armoniosa, franca y sólida. Creed que los términos tan afectuosos de vuestra invitación, valen para mí más que todos los banquetes del mundo, aun cuando me fuesen ofrecidos en un palacio. ¿Qué me quedaría de un banquete? Nada; mientras que vuestra invitación perdura como un valioso recuerdo, y como un testimonio de vuestro afecto.

Hasta pronto, amigos míos. Si Dios así lo quiere, tendré el placer de estrecharos las manos cordialmente.

ALLAN KARDEC

(“Respuesta a la invitación de los espíritas de Lyon y de Burdeos”, *Revue Spirite - Journal d'études psychologiques*, Año V, n.º 9, septiembre de 1862.)

VIAJE ESPÍRITA EN 1862



ITINERARIO DEL VIAJE ESPÍRITA EN 1862



Impresiones generales

Nuestro primer viaje espírita, realizado en 1860, se circunscribió a Lyon y a algunas ciudades que se encontraban en nuestro camino. Al año siguiente agregamos Burdeos al itinerario. Este año, además de esas dos ciudades principales, hemos visitado alrededor de veinte localidades, y concurrido a más de cincuenta reuniones, durante un viaje de siete semanas y un recorrido de seiscientos noventa y tres leguas. No es nuestra intención hacer un relato anecdótico del viaje. De él hemos reunido todos los acontecimientos que tal vez algún día resulten de interés, porque pertenecerán a la Historia. Ahora, mientras tanto, nos limitamos a resumir las observaciones que hemos hecho acerca de la situación de la doctrina espírita, así como a poner en conocimiento de todos las instrucciones que hemos transmitido en los diferentes centros. Sabemos que los verdaderos espíritas así lo desean, y preferimos satisfacerlos en lugar de agrandar a aquellos que solo buscan una distracción. En este relato, asimismo, nuestro amor propio será puesto a prueba muchas veces, lo cual es una razón preponderante para que haya mayor circunspección de nuestra parte; es, también, el motivo que nos impide publicar los numerosos discursos que se nos dirigieron, y que guardamos como preciados recuerdos. Lo que no podríamos dejar de destacar, so pena de pasar por ingratos, es la acogida tan benevolente y amena que recibimos, que de por sí hubiera sido suficiente para recompensarnos de todas las fatigas. Agradecemos, particularmente,

a los espíritas de Provins, Troyes, Sens, Lyon, Avignon, Montpellier, Cette, Toulouse, Marmande, Albi, Sainte Gemme, Burdeos, Royan, Meschers-sur-Garonne, Marennes, St. Pierre d'Oléron, Rochefort, St. Jean d'Angély, Angoulême, Tours y Orleans, así como a todos aquellos que no desistieron ante un viaje de entre diez y veinte leguas, para reunirse con nosotros en las ciudades en que nos hemos detenido. Ese recibimiento podría, en realidad, despertar nuestro orgullo, en caso de que nouviésemos en cuenta que tales demostraciones iban dirigidas mucho menos a nosotros que a la doctrina espírita, de cuya reputación dan testimonio, puesto que si no fuese por ella nada seríamos, y nadie se ocuparía de nosotros.

El primer resultado que nos ha sido posible constatar fue el inmenso progreso de las creencias espíritas. Un solo hecho podrá darnos una idea acerca de esto. Cuando realizamos nuestro primer viaje a Lyon, en 1860, había allí como máximo algunas centenas de adeptos; al año siguiente, ya existían entre cinco y seis mil, y sería imposible determinar la cantidad actual. Se puede, no obstante, sin exageración, evaluarlos entre veinticinco y treinta mil. El año pasado no llegaban a mil en Burdeos, cantidad que creció diez veces en el lapso de un año. Este es un hecho comprobado, que nadie puede negar. Pero hay otro fenómeno notable, que también hemos podido constatar: en una infinidad de localidades, donde no era conocido, el espiritismo penetró gracias a las prédicas desfavorables que se le hicieron, lo que inspiró en las personas el deseo de saber en qué se fundamentaba. Después, porque lo hallaron racional, conquistó partidarios. Podríamos citar, entre otras, una pequeña ciudad del Departamento de Indre-et-Loire, en la cual jamás se había oído hablar de espiritismo —por lo menos, en los últimos seis meses—, hasta que allí se le ocurrió a

un predicador la idea de fulminar, desde el púlpito, aquello a lo que él denominaba, falsa y torpemente, la religión del siglo diecinueve y el culto a Satán. La población, sorprendida, quiso saber de qué se trataba: ordenaron que se les enviaran libros, y al día de hoy, allí, los adeptos han organizado un centro espírita. Tenían razón los Espíritus cuando nos anunciaron, algunos años atrás, que nuestros propios adversarios, sin proponérselo, servirían a nuestra causa. Está probado, en todas partes, que la divulgación del espiritismo ha ocurrido como consecuencia de los ataques. Ahora bien, para que una idea se divulgue de esa manera, es preciso que agrade y que se la juzgue más racional que otras que se le oponen. De ese modo, uno de los resultados de nuestro viaje ha sido constatar, con nuestros propios ojos, lo que ya sabíamos a través de la correspondencia.

Es preciso admitir, sin embargo, que esa marcha ascendente está lejos de ser uniforme. Así como hay regiones donde la idea espírita pareciera germinar a medida que se la siembra, en otras penetra con más dificultad, en virtud de causas locales relacionadas con el carácter de sus habitantes y, sobre todo, con la naturaleza de sus ocupaciones. En estos últimos lugares, los espíritas son pocos, se encuentran aislados; pero allí, como también en otras partes, constituyen raíces que tarde o temprano se desarrollarán, algo que en la actualidad ya ocurre en los centros más numerosos. En todas partes, la idea espírita se inicia en las clases medias e instruidas. En ningún lugar comenzó en las clases bajas e ignorantes. Desde la clase media, se extiende a lo más elevado y a lo más bajo de la escala social. En la actualidad, en muchas ciudades, las reuniones se componen casi exclusivamente de miembros de los tribunales, de la magistratura y de altos funcionarios; la aristocracia

también aporta su contingente de adeptos, aunque hasta el presente se haya contentado con mostrarse afín a la causa, sin reunirse demasiado, al menos en Francia. Las reuniones de esa naturaleza se ven preferentemente en España, en Rusia, en Austria y en Polonia, donde el espiritismo cuenta con ilustres representantes, originarios de las clases sociales más elevadas.

Un hecho, tal vez más importante que la cantidad de adeptos, deducido de nuestras observaciones, es la seriedad con que se considera a la doctrina espírita. Dondequiera que investiguemos, es posible decir que se busca con avidez el aspecto filosófico, moral e instructivo. En ninguna parte hemos visto que la doctrina fuera tomada como objeto de entretenimiento, ni las experiencias como una distracción. Las preguntas fútiles y la curiosidad son descartadas en todos los lugares. Los grupos, en su mayoría, están muy bien dirigidos; muchos, incluso, de una manera notable, con conocimiento de los verdaderos principios de la ciencia espírita. Todos están unidos en torno de los propósitos que sustenta la Sociedad de París, y no tienen otra bandera que la de los principios enseñados en *El libro de los Espíritus*. Por lo general, en ellos reinan plenamente el orden y el recogimiento. Hemos visto algunos grupos, en Lyon y en Burdeos, constituidos habitualmente por unas cien a doscientas personas, cuyo comportamiento no sería más edificante en una iglesia. En Lyon se realizó la reunión general de mayor importancia, compuesta por más de seiscientos delegados de diferentes grupos, y todo allí transcurrió de una manera admirable.

Debemos agregar que las reuniones no sufrieron la más leve oposición, en ninguna parte, y estamos reconocidos a las autoridades civiles, por las demostraciones de benevolencia de que hemos sido objeto en diversas circunstancias.

Los médiums también se multiplican, y son pocos los grupos que no cuentan con varios de ellos, sin hacer mención a la cantidad, mucho más considerable, de los que no asisten a ninguna reunión seria, y solo se sirven de sus facultades para ellos mismos o para sus amigos. En el conjunto, los hay de una gran superioridad, como médiums escribientes apropiados a los diversos tipos de manifestaciones; predominan los médiums moralistas, poco divertidos para los curiosos, que mejor harían si buscasen distracciones en otro lugar y no en las reuniones espíritas serias. Lyon dispone de varios médiums dibujantes notables; uno de ellos utiliza la técnica del óleo sobre tela, sin que jamás haya aprendido a dibujar ni a pintar. También hay muchos médiums videntes, cuya facultad pudimos constatar. En Marennes hay una señora médium dibujante y, al mismo tiempo, muy buena médium escribiente, tanto en lo que respecta a las disertaciones como a las evocaciones. En Saint-Jean d'Angély hemos visto un médium mecánico al que podemos considerar excepcional. Se trata de una dama que escribe extensas y hermosas comunicaciones mientras lee el periódico o toma parte en una conversación, sin siquiera mirar su propia mano. Sucede incluso, en ocasiones, que no se da cuenta de que ha terminado de escribir. Los médiums analfabetos son bastante numerosos, y a menudo escriben sin que jamás hayan aprendido a escribir. Eso no es más extraordinario que ver dibujar a un médium que nunca aprendió dibujo. Pero lo característico es la evidente disminución de los médiums de efectos físicos, a medida que se multiplican los de comunicaciones inteligentes. Eso se debe a que, como han dicho los Espíritus, el período de la curiosidad acabó; estamos en el segundo período: el de la filosofía. El tercero, que en

breve dará comienzo, será el de su aplicación a la reforma de la humanidad.

Los Espíritus, que conducen los acontecimientos con mucha sabiduría, han querido en primer lugar llamar la atención sobre ese nuevo orden de fenómenos, y demostrar la manifestación de los seres del mundo invisible. Para excitar la curiosidad, ellos se han dirigido a todo el mundo, mientras que una filosofía abstracta, presentada desde el comienzo, no habría sido comprendida más que por un pequeño número, que difícilmente admitiría su origen. Al proceder gradualmente, mostraron lo que podían realizar. No obstante, como las consecuencias morales –en definitiva– eran su objetivo esencial, adoptaron el tono grave cuando juzgaron que era suficiente la cantidad de personas dispuestas a escucharlos, y poco se inquietaron con los reacios. Cuando la ciencia espírita esté sólidamente constituida, cuando haya sido completada y quede libre de las ideas sistemáticas erróneas –ideas que caen a diario ante un examen serio–, ellos se ocuparán de su implantación universal a través de medios poderosos. Mientras esperan, siembran la idea por el mundo entero, a fin de que, llegado el momento, esta crezca en todas partes. Entonces, los Espíritus eliminarán la totalidad de los impedimentos, porque contra ellos y contra la voluntad de Dios, ¿qué podrían representar los obstáculos humanos?

Ese avance racional y prudente se revela en todo, incluso en la enseñanza de detalles, que los Espíritus gradúan y proporcionan conforme a los tiempos, los lugares y las costumbres de los hombres. Puesto que una luz deslumbrante y repentina ofuscaría en vez de iluminar, los Espíritus la presentan poco a poco. Quienquiera que acompañe el progreso de la ciencia espírita, reconocerá que esta crece en importancia

a medida que devela los más profundos misterios. En la actualidad, el espiritismo aborda ideas que algunos años atrás ni siquiera sospechábamos, y aún no ha dicho la última palabra, pues nos reserva muchas otras revelaciones.

Hemos reconocido ese avance progresivo de la enseñanza por la naturaleza de las comunicaciones obtenidas en los diferentes grupos que visitamos. Comparadas con las antiguas, no se distinguen solo por su extensión, por su amplitud, por la facilidad para obtenerlas y la elevada moralidad, sino más que nada por la naturaleza de las ideas presentadas, en algunas ocasiones de manera magistral. Sin duda, eso depende mucho del médium, pero no lo es todo; no basta con tener un buen instrumento musical: es necesario disponer de un buen músico, para que extraiga de él buenos sonidos y, además, que ese músico cuente con una audiencia capaz de comprenderlo y apreciarlo, pues, de lo contrario, no se tomaría el trabajo de interpretar para los sordos.

Ese progreso, por otra parte, no es general. Si se hace abstracción de los médiums, lo hemos observado constantemente en relación con el carácter de los grupos. Alcanza su mayor desarrollo en aquellos donde reinan, junto a la más viva fe, los sentimientos más puros y el más absoluto desinterés *moral*, porque los Espíritus saben muy bien en quién depositar su confianza, a propósito de las cosas que no todos pueden comprender. En aquellos grupos que presentan condiciones poco satisfactorias, la enseñanza es buena, siempre moral, aunque generalmente restringida a banalidades.

Por desinterés moral entendemos la abnegación, la humildad, la ausencia de toda pretensión orgullosa, de todo pensamiento de dominación a costa del espiritismo. Sería superfluo hablar del desinterés material, tanto por una cuestión

de principios como porque hemos observado, en todas partes, un rechazo instintivo hacia toda idea de especulación, que sería vista como un sacrilegio. Los médiums especuladores y profesionales no se conocen en los lugares que visitamos, con excepción de una sola ciudad, que cuenta con algunos. Aquel médium que, en Burdeos o en otra parte, hiciese de su facultad una profesión, no inspiraría la menor confianza; muy por el contrario, sería rechazado por todos los grupos. Hemos comprobado ese sentimiento, del que dejamos constancia aquí.

Otra señal característica de esta época es la cantidad incalculable –cuyo aumento no cesa– de adeptos que no han visto nada, y que no por eso son menos fervorosos, porque han leído y comprendido. En Cette, por ejemplo, solo conocen a los médiums por comentarios y a través de los libros; no obstante, es difícil que en otra parte se encuentre más fe y más fervor que allí. Uno de esos adeptos nos preguntaba si la facilidad para aceptar la doctrina espírita mediante la simple teoría era bueno o malo; si era propia de un carácter serio o superficial. Le respondimos que esa facilidad para aceptarla es un indicio de la facilidad para comprenderla; que esa idea, como cualquier otra, puede ser *innata*, de modo que basta con una chispa para despertarla de su estado latente. Esa facilidad para comprender demuestra un progreso anterior en ese sentido; sería una precipitación aceptar la idea bajo palabra y ciegamente. No ocurre lo mismo con aquellos que solo la adoptan después de haberla estudiado y comprendido: ven con los ojos de la inteligencia lo que otros solo ven con los ojos del cuerpo. Esto prueba que atribuyen más importancia al fondo que a la forma; para ellos la filosofía es lo principal, y las manifestaciones son de por sí un hecho accesorio. Esa filo-

sofía les explica lo que ninguna otra ha sido capaz de explicar; satisface a su razón a través de la lógica, llenando el vacío de la duda; y eso les basta. Por eso la prefieren a cualquier otra.

Es raro que los adeptos que se encuentran en esa categoría no sean buenos y verdaderos espíritas, puesto que en ellos existe el germen de la fe, sofocado momentáneamente por los prejuicios terrenales. Por lo demás, los motivos de convicción varían según los individuos. Para unos, las pruebas materiales son necesarias; para otros, basta con las pruebas morales. También los hay que no se convencen ni con las unas ni con las otras. Esos matices permiten diagnosticar la naturaleza de su alma. En todos los casos, poco se puede esperar de aquellos que dicen: *Solo creeré si se produce tal o cual fenómeno*; y no se puede esperar absolutamente nada de los que piensan que se rebajan al tomarse la molestia de estudiar y observar. En cuanto a los que dicen: *Aunque viese no creería, pues sé que es imposible*, es inútil hablar acerca de ellos, y más inútil todavía perder nuestro tiempo con ellos.

No cabe duda de que creer es importante, pero la creencia de por sí no alcanza si no genera resultados. Lamentablemente, hay muchos adeptos en esa situación, es decir, personas para quienes el espiritismo es apenas un fenómeno, una bella teoría, una letra muerta que no genera en ellas ningún cambio, ni en su carácter ni en sus hábitos. Pero al lado de los espíritas que simplemente creen en la idea o simpatizan con ella, están los espíritas de corazón, y nos sentimos felices de haber encontrado muchos de ellos. Hemos visto transformaciones que se podrían considerar milagrosas; recogimos ejemplos admirables de fervor, abnegación y devoción, así como numerosas demostraciones de caridad verdaderamente evangélica, a las que con justa razón podríamos denominar: *bellos rasgos*

del espiritismo. Por eso las reuniones compuestas exclusivamente por verdaderos y sinceros espíritas, aquellos en quienes habla el corazón, presentan un aspecto muy especial: todas las fisonomías reflejan franqueza y cordialidad; nos sentimos cómodos en esos ambientes amenos, verdaderos templos de la fraternidad. Los Espíritus se complacen allí tanto como los hombres, se muestran más expansivos y transmiten sus instrucciones entrañables. Por el contrario, en aquellas reuniones donde hay divergencia de sentimientos, donde las intenciones no son totalmente puras, donde se observa una sonrisa irónica y desdeñosa en ciertos labios, y se siente el hálito de la mala voluntad y del orgullo, donde se teme a cada instante tropezar con la vanidad herida, hay siempre malestar, tensión y desconfianza. Incluso los Espíritus son más reservados allí, y los médiums muchas veces se paralizan por la influencia de los malos fluidos, que pesan sobre ellos como un manto de hielo. Por nuestra parte, tuvimos la dicha de asistir a numerosas reuniones de la primera categoría, y las registramos con alegría en nuestros apuntes, como uno de los más agradables recuerdos que conservamos de nuestro viaje. Las reuniones de esa naturaleza se multiplicarán, sin duda, a medida que el verdadero objetivo del espiritismo sea mejor comprendido; son también las reuniones que favorecen la más sólida y la más fructífera propaganda, porque se dirigen a personas serias, y preparan la reforma moral de la humanidad predicando con el ejemplo.

Es notable el hecho de que los niños educados según las ideas espíritas desarrollan un razonamiento precoz, que los vuelve infinitamente más fáciles de gobernar. Hemos visto a muchos de ellos, de todas las edades y de ambos sexos, en las diversas familias espíritas en que fuimos recibidos, y pudimos constatar ese hecho personalmente. Esto no los priva de la

alegría espontánea ni de la jovialidad; pero en ellos no existe esa turbulencia, esa obstinación, esos caprichos que hacen insoportables a tantos otros; por el contrario, revelan un fondo de docilidad, de ternura y de respeto filial, que los induce a que obedezcan sin esfuerzo y los hace más estudiosos. Fue esto lo que hemos podido notar, y esa observación generalmente nos ha sido confirmada. Si pudiésemos analizar aquí los sentimientos que esas creencias tienden a desarrollar en los niños, fácilmente concebiríamos el resultado que deben producir. Diremos, tan solo, que la convicción que tienen de la presencia de sus abuelos fallecidos, que están allí, al lado de ellos, a los cuales pueden ver incesantemente, los impresiona de modo mucho más intenso que el miedo al diablo, en el cual pronto dejan de creer, mientras que no pueden dudar de aquello de lo que son testigos, a diario, en el seno de la familia. Se trata, pues, de una generación espírita que se educa y que va en aumento sin cesar. Dado que esos niños, a su vez, educarán a sus hijos según los mismos principios, mientras los viejos prejuicios desaparecen junto con las viejas generaciones, es evidente que la idea espírita se convertirá un día en la creencia universal.

Un hecho no menos característico del estado actual del espiritismo es el desarrollo de la valentía de opinar. Si bien aún existen adeptos reprimidos por el temor, al día de hoy la cantidad es mucho menos considerable al lado de los que confiesan abiertamente sus creencias y ya no temen llamarse espíritas, como tampoco lo harían al llamarse católicos, judíos o protestantes. El arma del ridículo, a fuerza de herir sin provocar daños, acabó por desgastarse y, ante tantas personas distinguidas, que proclaman abiertamente la nueva filosofía, se ha visto obligada a hacer una reverencia. Una sola arma

continúa aún levantada: la idea del diablo; pero el propio ridículo es el que le hace justicia. Por otra parte, no ha sido apenas este género de valentía el que notamos, sino también el de la acción, la devoción y el sacrificio, es decir, la valentía de los que, resueltamente, en determinadas localidades, se ubican en la vanguardia del movimiento de las ideas nuevas, exponiéndose y arrojando amenazas y persecuciones. Saben que, en caso de que los hombres les hagan daño en esta corta vida, Dios no los abandonará.

Como se sabe, la obsesión constituye uno de los grandes escollos del espiritismo; por consiguiente, no podemos omitir un punto de tanta importancia. A ese respecto, hemos recogido valiosas observaciones, que constituirán la materia de un artículo especial de la *Revista*, en el cual hablaremos de los posesos de Morzine⁴, a los que también visitamos en la Haute-Savoie. Aquí mencionaremos, tan solo, que los casos de obsesión son muy raros entre aquellos que han realizado un estudio previo y atento de *El libro de los médiums* y se identificaron con los principios contenidos en él, porque se mantienen alertas y están pendientes de las menores señales que pudieran denunciar la presencia de un Espíritu sospechoso. Hemos visto algunos grupos que, evidentemente, se encuentran bajo una influencia abusiva, porque en ella se complacen y a ella dan lugar mediante una confianza demasiado ciega, así como por ciertas disposiciones morales. Otros, por el contrario, revelan tal temor de ser engañados, que llevan la descon-

4. Kardec estuvo personalmente en Morzine, una ciudad de la Haute-Savoie, en el sudeste de Francia, para observar un singular fenómeno de obsesión colectiva que atacaba a los naturales de ese lugar, en especial a las mujeres. Véase la *Revista Espírita* de diciembre de 1862, y de enero, febrero, abril y mayo de 1863.

fianza, por así decirlo, hasta el exceso, de modo que investigan con sumo cuidado cada palabra y cada pensamiento, y prefieren rechazar lo dudoso a correr el riesgo de admitir algo que sea perjudicial. Por eso, los Espíritus mentirosos, como ven que no tienen nada que hacer allí, terminan por retirarse, y van a buscar compensación junto a aquellos grupos que les ofrecen menos resistencia, y en los cuales encuentran ciertas debilidades y algunos defectos morales para explotar. El exceso es perjudicial en todo, pero en semejante caso es preferible pecar por exceso de prudencia que por exceso de confianza.

Otro resultado de nuestro viaje ha sido que se nos permitiera conocer la opinión relativa a ciertas publicaciones, que se apartan en mayor o menor medida de nuestros principios, algunas de las cuales llegan, incluso, a ser francamente hostiles a ellos.

Digamos, en principio, que nuestro silencio ante los ataques dirigidos a mi persona ha encontrado una aprobación unánime, en vista de las cartas de felicitaciones que a diario recibimos al respecto. En varios de los discursos pronunciados, se aplaudió abiertamente nuestra moderación; uno de ellos, entre otros, contiene el párrafo siguiente: *La malevolencia de vuestros enemigos ha producido un resultado enteramente opuesto al que esperaban: el de enalteceros aún más ante vuestros numerosos discípulos, y de estrechar los lazos que los unen a vos. Mediante vuestra indiferencia demostráis que tenéis conciencia de vuestra fuerza. Al oponer mansedumbre a las injurias, brindáis un ejemplo que sabremos aprovechar. La Historia, querido maestro, así como vuestros contemporáneos —y mejor aún que ellos—, os tomará en cuenta esta moderación, cuando constate, a través de vuestros escritos, que a las provocaciones de la envidia y*

de los celos apenas opusisteis la dignidad del silencio. Entre ellos y vos, la posteridad será el juez.

Los ataques personales jamás nos conmovieron. No puede decirse lo mismo de los que se dirigen a la doctrina espírita. En algunas ocasiones hemos respondido directamente a ciertas críticas, cuando lo consideramos necesario, a fin de demostrar que sabemos recoger el guante. Y lo habríamos hecho con más frecuencia, si hubiésemos constatado que esos ataques eran portadores de un verdadero perjuicio para el espiritismo; pero cuando quedó demostrado mediante los hechos que, lejos de perjudicarlo, servían a la causa, admiramos la sabiduría de los Espíritus, que empleaban a sus propios enemigos para propagar la doctrina, haciendo que, gracias a la censura, la idea penetrara en medios donde *jamás habría podido hacerlo mediante el elogio*. Este es un hecho que nuestro viaje constató de manera perentoria, ya que, en esos mismos ámbitos, el espiritismo reclutó a más de un partidario. Cuando las cosas avanzan por sí solas, ¿qué necesidad hay de batirse en ataques fallidos? Cuando un ejército percibe que las balas del enemigo no lo alcanzan, lo deja que dispare a voluntad y que desperdicie sus municiones, convencido de que más tarde podrá avanzar mejor. En semejante caso, el silencio es, muchas veces, una estrategia, porque el adversario, al cual no se responde, considera que no ha herido lo suficiente o no ha encontrado el punto vulnerable. Entonces, confiado en el éxito, al que imagina fácil, se expone y se arruina a sí mismo. Una respuesta inmediata lo habría puesto en guardia. El mejor general no es aquel que se lanza a cuerpo descubierto a la refriega, sino el que sabe esperar y calcular el momento oportuno. Eso fue lo que ocurrió con algunos de nuestros antagonistas; al ver el camino por donde se aventuraban, era seguro que en

él se hundirían cada vez más. Por nuestra parte, nos hemos limitado a no intervenir, y sus sistemas —mucho antes de lo que se esperaba— quedaron desacreditados a consecuencia de sus propias exageraciones, algo que no habríamos conseguido solo con nuestros argumentos.

No obstante, los pretendidos críticos de buena fe alegan: *Solo tratamos de esclarecernos; y si atacamos, no es por hostilidad, por prejuicio ni por mala voluntad, sino para que de la discusión fluya la luz.* Entre esos críticos, no cabe duda de que algunos son sinceros; pero es preciso destacar que aquellos que solo tienen en vista cuestiones de principios discuten con calma, y jamás se apartan de lo conveniente. Ahora bien, ¿cuántos pertenecen a esa clase? ¿Cuál es el contenido de la mayor parte de los artículos que la prensa, sea grande o pequeña, ha dirigido contra el espiritismo? Diatribas, chistes que generalmente son poco ingeniosos, tonterías y bromas de mal gusto, muchas veces injurias que rivalizan con la grosería y la trivialidad. ¿Serán críticos serios, dignos de una respuesta? Algunos muestran la hilacha con tanta facilidad que resulta inútil señalarla, pues todos la ven. Sería, en realidad, atribuirles demasiada importancia, cuando es preferible dejar que se froten las manos en su reducido círculo, en lugar de ponerlos en evidencia mediante refutaciones sin sentido, pues no los convencerían. Si la moderación no formara parte de nuestros principios —dado que es una consecuencia misma de la doctrina espírita, que prescribe el olvido y el perdón de las ofensas—, seríamos inducidos a emplearla cuando viésemos el efecto producido por esos ataques. Con todo, hemos comprobado que la opinión pública nos desagracia mejor aún que nuestras palabras.

En cuanto a los críticos serios, los de buena fe, que dan muestras de su educación por la urbanidad de sus modales,

estos ubican a la ciencia por encima de las cuestiones personales. A ellos les respondemos a menudo, si no directamente, al menos cuando se nos presenta la oportunidad de tratar en nuestros escritos cuestiones controvertidas, de manera que no hay una sola objeción que no encuentre su respuesta, para quienquiera que se tome el trabajo de leerlos. A fin de responder a cada uno, individualmente, sería preciso repetir siempre lo mismo, y eso serviría tan solo para una persona. El tiempo, por otra parte, no nos lo permitiría, mientras que aprovechar un asunto que se presenta, para refutarlo o dar a su respecto una explicación, equivale, las más de las veces, a poner el ejemplo al lado del precepto, y eso es útil para todo el mundo.

Habíamos anunciado un pequeño volumen de *Refutaciones*. Aún no lo hemos publicado, porque no nos pareció urgente, y tuvimos razón. Antes de responder a ciertos folletos, que según los dichos de sus autores deberían minar los fundamentos del espiritismo, hemos querido juzgar el efecto que estos producirían. ¡Pues bien! Nuestro viaje nos convenció de algo: esos folletos no minaron nada en absoluto; el espiritismo está más vivo que nunca, y hoy casi no se habla de esos escritos. Sabemos que la clase de personas a quienes estaban dirigidos, a las cuales no nos dirigimos nosotros, consideran que aquellos folletos son irrefutables, y toman nuestro silencio como una demostración de nuestra incapacidad para responderlos, de donde concluyen que hemos sido convenientemente derrotados, fulminados y divididos. ¿Qué nos importa eso, si no estamos tan mal? Esos escritos, ¿han hecho que disminuyera la cantidad de los espíritas? No. Nuestra respuesta, ¿habría convertido a esas personas? No. Por consiguiente, no había ninguna urgencia para refutarlas; por el contrario, había una ventaja en dejar que nuestros adversarios lanzaran la primera piedra.

Cuando Sófocles fue acusado por sus hijos, que pretendían su interdicción por demencia, él escribió el *Edipo* y ganó la causa. Por nuestra parte, no tenemos capacidad para escribir un *Edipo*, pero otros se encargan de responder por nosotros: en primer lugar, nuestro editor, quien imprimirá la novena edición de *El libro de los Espíritus* (la primera es de 1857) y la cuarta de *El libro de los médiums*, en menos de dos años; los suscriptores de la *Revista Espírita*, que se han duplicado, obligándonos a hacer una nueva reimpresión de los años anteriores, agotados por segunda vez; la Sociedad Espírita de París, que ve crecer su prestigio; los espíritas, cuyo número aumenta considerablemente cada año, y que fundan por todas partes, sea en Francia o en el extranjero, grupos con el patrocinio y conforme a los principios de la Sociedad de París; por último, el propio espiritismo, que recorre el mundo, consuela a los afligidos, sustenta el valor en los abatidos, siembra la esperanza donde hay desesperación, la confianza en el porvenir donde reina el miedo. Estas respuestas valen mucho más que las otras, pues son los hechos mismos los que hablan. En efecto, como un veloz corcel, el espiritismo levanta bajo sus pies la polvareda del orgullo, del egoísmo, de la envidia y de los celos, mientras derriba a su paso la incredulidad, el fanatismo, los prejuicios, convocando a todos los hombres a la ley del Cristo, es decir, a la caridad y a la fraternidad. Vosotros, los que opináis que el espiritismo avanza demasiado rápido, ¿por qué no lo detenéis, o mejor, por qué no vais más de prisa que él? La manera de impedir su paso es muy simple: obrad mejor que él; dad más de lo que él da; haced que los hombres sean mejores, más felices, más creyentes de lo que él los hace, y las personas lo abandonarán para seguirlos. Con todo, mientras lo atacéis solo con palabras y no con mejores resultados mo-

rales, mientras no sustituyáis la caridad que él enseña por una caridad mayor, será preciso que os resignéis a cederle el paso. Porque el espiritismo no es apenas una cuestión de fenómenos, más o menos interesantes o auténticos, para divertir a los curiosos; es, ante todo, una cuestión de principios; es especialmente fuerte por sus consecuencias morales; es aceptado, no tanto porque hiera a los ojos, sino porque llega al corazón. Llegad al corazón más de lo que él lo hace, y seréis aceptados. Ahora bien, nada llega menos al corazón —y a la razón— que la acrimonia y las injurias.

Si todos nuestros partidarios estuvieran agrupados alrededor nuestro, se podría ver en ello un bando; pero eso no sería posible con miles de adhesiones, como las que nos llegan desde todos los puntos del globo, de parte de personas a las que jamás hemos visto, y que solo nos conocen por nuestros escritos. Estos son hechos positivos, que tienen la contundencia de las cifras, y no pueden ser atribuidos ni a los efectos de la propaganda ni a la camaradería del periodismo. Por lo tanto, si las ideas que profesamos —de las cuales somos apenas un humildísimo editor responsable— encuentran tantos simpatizantes, es porque no las consideran tan desprovistas de sentido común.

Pese a que la utilidad de la refutación que hemos anunciado no nos ha sido claramente demostrada al día de hoy —dado que los ataques se refutan por sí mismos con la insignificancia de sus resultados, en tanto que la cantidad de adeptos es incalculable—, aun así la haremos. No obstante, las observaciones que hemos realizado durante el viaje modificaron nuestro plan, pues hay muchas cosas que se vuelven inútiles, mientras que nuevas ideas nos han sido sugeridas. Trataremos de que esa tarea postergue lo menos posible algunas otras, mucho

más importantes, que nos quedan por hacer para concluir la obra que nos hemos propuesto.

En resumen, nuestro viaje tenía un doble objetivo: dar instrucciones donde estas fuesen necesarias y, al mismo tiempo, instruirnos. Queríamos ver los acontecimientos con nuestros propios ojos, para juzgar el verdadero estado de la doctrina espírita y de qué manera se la comprende; estudiar las causas locales favorables o desfavorables para su progreso, sondear las opiniones, apreciar los efectos de la oposición y de la crítica, y conocer el juicio que se hace de ciertas obras. Estábamos deseosos, sobre todo, de estrechar la mano de nuestros hermanos espíritas, de expresarles personalmente nuestra muy sincera y viva simpatía, en retribución a las conmovedoras pruebas de amistad que nos dispensan en sus cartas; también estábamos deseosos de dar, en nombre de la Sociedad de París y en nuestro propio nombre, en particular, un testimonio especial de gratitud y de admiración a esos pioneros que, por su iniciativa, por su celo desinteresado y su devoción, constituyen los primeros y más firmes apoyos de la obra, pues marchan siempre hacia adelante, sin inquietarse ante las piedras que les arrojan, y colocan el interés de la causa por encima del interés personal. Su mérito es aún mayor porque trabajan en un suelo escabroso, viven en un medio más refractario, y no esperan de este mundo ni fortuna, ni gloria, ni honra. Con todo, grande es también su alegría cuando, entre los espinos, ven aparecer algunas flores. Llegará el día en que tendremos la felicidad de erigir un monumento a los abnegados espíritas; por el momento, mientras se hace acopio de los materiales, queremos concederles el mérito de la modestia: ellos se dan a conocer y son apreciados por sus obras.

Desde diversos puntos de vista, nuestro viaje ha sido muy satisfactorio y, sobre todo, muy instructivo por las observaciones que hemos recogido. Si quedaran algunas dudas acerca del carácter irrefrenable de la marcha de la doctrina espírita, de la ineficacia de los ataques que recibe, de su influencia moralizadora, así como de su futuro, lo que hemos visto sería suficiente para disiparlas. Es cierto que todavía queda mucho por hacer, y muchos son los lugares donde recién asoman algunos pimpollos escasos, aunque vigorosos, que ya están dando frutos. Sin duda, la rapidez con la cual se propagan las ideas espíritas es prodigiosa, y no tiene precedentes en los anales de la filosofía, pero aún estamos en el comienzo del trayecto, y queda por recorrer la mayor parte del camino. Sea, pues, la certeza de alcanzar el objetivo, un estímulo para todos los espíritas, a fin de que perseveren en la vía que se les ha trazado.

Publicamos, a continuación, el discurso principal que hemos pronunciado en las magnas reuniones de Lyon, Burdeos y algunas otras ciudades. Lo acompañamos con las instrucciones particulares que hemos dado, según las circunstancias, en los grupos particulares, a modo de respuesta a algunas preguntas que se nos plantearon.

Discursos pronunciados en las reuniones generales de los espíritas de Lyon y de Burdeos

I

Señores y queridos hermanos espíritas:

Ya no sois principiantes en materia de espiritismo, de modo que hoy dejaré a un lado los detalles prácticos, sobre los cuales debo reconocer que estáis suficientemente instruidos, a fin de considerar la cuestión desde un aspecto más amplio, sobre todo en cuanto a sus consecuencias. Ese aspecto es importante, el más importante, indiscutiblemente, pues muestra el objetivo hacia donde tiende la doctrina, así como los medios para alcanzarlo. Tal vez me extienda un poco, pues el tema es muy amplio y, sin embargo, aún quedaría mucho por decir para completarlo. Por eso, solicitaré vuestra indulgencia en consideración a que, como no puedo quedarme con vosotros más que por un breve tiempo, estoy obligado a expresar de una sola vez lo que, en otras circunstancias, habría dividido en varias partes.

Antes de abordar el aspecto principal del tema, creo un deber analizarlo desde un punto de vista que, en cierto modo, es personal. No obstante, si solo se tratase de una cuestión individual, con toda seguridad no me ocuparía de ella; pero está ligada a diversas cuestiones generales, de las que probable-

mente resulten instrucciones apropiadas para todo el mundo. Ese ha sido el motivo que me indujo a aprovechar esta ocasión, a fin de explicar cuál es la causa de ciertos antagonismos, que muchos se sorprenden de que encuentre en mi camino.

En el estado actual de los acontecimientos, aquí en este mundo, ¿cuál es el hombre que no tiene enemigos? Para que no los tuviera sería preciso que no esté en la Tierra, porque se trata de una consecuencia de la inferioridad relativa de nuestro planeta, y de su destino como mundo de expiación. Para eso, ¿bastaría con hacer el bien? ¡Oh, no! ¿Acaso no está el Cristo para probarlo? Entonces, si el propio Cristo, la bondad por excelencia, fue objeto de todo lo que la maldad pueda imaginar, ¿por qué nos sorprende que suceda lo mismo con aquellos que valen cien veces menos?

El hombre que practica el bien —dicho esto a modo de tesis general— debe saber, pues, que contará con la ingratitud, que se opondrán a él aquellos que, por no practicarlo, sienten celos de la estima concedida a los que sí lo hacen. Los primeros, como no se sienten fortalecidos para elevarse, procuran rebajar a los otros a su nivel, atacando con la maledicencia y la calumnia a cuantos les hacen sombra. A menudo escuchamos a quienes alegan que la ingratitud con que se nos paga en el mundo endurece el corazón y nos vuelve egoístas; hablar de ese modo es dar muestra de que se tiene un corazón que puede endurecerse con facilidad, porque ese temor no detendría al hombre verdaderamente bueno. El reconocimiento ya es una remuneración por el bien que se hace; pero practicarlo con miras a esa remuneración, es hacerlo por interés. Además, ¿quién sabe si aquel a quien se favorece, y del cual nada se espera, no será inducido a mejores sentimientos por un buen proceder? ¡Es, tal vez, un medio para hacer que reflexione,

para ablandar su alma, para salvarlo! Esta esperanza es una noble ambición; si nos decepcionáramos, no habríamos hecho lo que corresponde.

Con todo, no debe suponerse que un beneficio que permanezca estéril en la Tierra vaya a ser siempre improductivo, pues a menudo es un grano sembrado que solamente germinará en la vida futura del beneficiario. En varias ocasiones hemos observado Espíritus que habían sido ingratos en su condición de hombres, y que luego, como Espíritus, fueron tocados por el recuerdo del bien que se les había hecho en aquella oportunidad, y ese recuerdo, al despertar en ellos buenos pensamientos, les franqueó el camino del bien y del arrepentimiento, contribuyendo a que se abreviaran sus pesares. Solo el espiritismo podría revelarnos ese efecto de la beneficencia; solo a él se le ha concedido, a través de las comunicaciones de ultratumba, mostrar el aspecto caritativo de esta máxima: *Un beneficio jamás se pierde*, en lugar del significado egoísta que se le atribuye. Pero volvamos a lo que me concierne.

En primer lugar diré, dejando de lado toda cuestión personal, que mis adversarios naturales son los enemigos del espiritismo. No penséis que me apeno por ello: ¡de ningún modo! Cuanto mayor es la animosidad de esos enemigos, tanto más demuestran la importancia que la doctrina asume ante sus ojos; si el espiritismo fuese algo intrascendente, una de esas utopías que ya nacen inviables, no le prestarían atención, como tampoco a mí. ¿No habéis visto escritos mucho más hostiles que los míos, en cuanto a los prejuicios, y en los cuales las expresiones no son más moderadas que la osadía de los pensamientos, pero sin que digan una sola palabra? Ocurriría lo mismo con las doctrinas que me he propuesto difundir,

si permaneciesen restringidas a las páginas de un libro. Con todo, lo que puede parecer más sorprendente es que yo tenga adversarios incluso entre los adeptos del espiritismo. Ahora bien, aquí es donde se torna necesaria una explicación.

Entre quienes adoptan las ideas espíritas hay, como sabéis, tres categorías bien diferenciadas:

1. Los que creen pura y simplemente en los fenómenos de las manifestaciones, pero que no deducen de ellos ninguna consecuencia moral;

2. Los que aprecian el lado moral, pero lo aplican a los otros y no a ellos mismos;

3. Los que aceptan para ellos mismos todas las consecuencias de la doctrina, y practican o se esfuerzan por practicar su moral. Estos últimos, bien lo sabéis, son los *verdaderos espíritas*, los *espíritas cristianos*.

Esta distinción es importante, porque explica a la perfección las anomalías aparentes. Sin ella, sería difícil que se comprenda la conducta de ciertos adeptos. Ahora bien, ¿qué prescribe la moral espírita? *Amaos los unos a los otros; perdonad a vuestros enemigos; retribuid el mal con el bien; no tengáis odio, ni rencor, ni animosidad, ni envidia, ni celos; sed severos con vosotros mismos, e indulgentes para con los otros*. Tales deben ser los sentimientos de un verdadero espírita, de aquel que ve el fondo y no la forma, que coloca al Espíritu por encima de la materia. El verdadero espírita puede tener enemigos, pero no es enemigo de ninguno, pues no desea el mal a nadie y, con mayor razón, no intenta hacer el mal a quienquiera que sea. Como veis, señores, este es un principio general, del cual todo el mundo puede sacar provecho.

Por consiguiente, si tengo enemigos entre los adeptos, estos no pueden ser incluidos en la categoría de los espíritas cristianos, porque si se admitiera que tuviesen legítimos motivos de queja en contra mía, lo que me esfuerzo por evitar, eso no sería motivo para que me odien, toda vez que no he hecho mal a ninguno. El espiritismo tiene como divisa: *Fuera de la caridad no hay salvación*, lo que es tan cierto como decir: *Fuera de la caridad no hay verdaderos espíritas*. Os convoco a que inscribáis, de ahora en adelante, esta doble máxima en vuestra bandera, porque ella resume al mismo tiempo la finalidad del espiritismo, y el deber que este impone.

Una vez admitido que no se puede ser un buen espírita si se guardan sentimientos de odio en el corazón, yo me jacto de contar solo con amigos entre estos últimos, pues ellos sabrían disculpar mis defectos. Veremos, seguidamente, a qué inmensas y fértiles consecuencias conduce este principio.

Consideremos, pues, las causas que pueden excitar ciertas animosidades.

Desde que surgieron las primeras manifestaciones de los Espíritus, muchas personas han visto en ellas un medio de especulación, una nueva mina para explotar. Si esta idea hubiera seguido su curso, habríais visto médiums pululando por todas partes, o que, presentándose como tales, atendieran consultas a tanto por cada sesión; los periódicos estarían llenos de sus anuncios y propagandas; los médiums se habrían transformado en decidores de la buenaventura, y el espiritismo estaría incluido en la misma línea que la adivinación, la cartomancia, la necromancia, etc. En ese conflicto, ¿cómo podría el público discernir la verdad de la mentira? Rehabilitar el espiritismo no habría sido nada sencillo. Era preciso impedir que este tomara ese atajo funesto, cortando de raíz un mal

que lo habría retardado más de un siglo. Eso fue lo que me esforcé por hacer, demostrando desde el principio el lado serio y sublime de esta nueva ciencia; haciendo que saliera del camino puramente experimental para que ingresara en el de la filosofía y de la moral; mostrando, finalmente, que sería una profanación explotar el alma de los muertos, más aún cuando rodeamos sus despojos de respeto. De ese modo, al destacar los inevitables abusos que resultarían de semejante situación, he contribuido —y de eso me ufano— a desacreditar la explotación del espiritismo, induciendo al público a que lo considere algo serio y sagrado.

Creo haber prestado algún servicio a la causa; no obstante, si solo hubiese hecho eso, me daría por satisfecho. Gracias a Dios, el éxito ha coronado mis esfuerzos, no solamente en Francia sino en el extranjero; y puedo decir que los médiums profesionales son, hoy, raras excepciones en Europa. Por todas partes donde mis obras han penetrado y sirven de guía, el espiritismo es considerado desde su verdadero punto de vista, es decir, desde el punto de vista exclusivamente moral; por todas partes los médiums, devotos y desinteresados, que comprenden la santidad de su misión, son objeto de la consideración que se merecen, sea cual fuere su posición social; y esa consideración aumenta de acuerdo con la posición realzada por el desinterés.

No pretendo, en absoluto, decir que entre los médiums interesados no existan muchos que sean honestos y dignos de estima. Pero la experiencia nos ha demostrado, a mí y a tantos otros, que el interés es un poderoso estímulo para el fraude, porque se quiere ganar dinero; y que si los Espíritus no *ayudan* —lo que ocurre a menudo, ya que no están al servicio de nuestros caprichos—, la astucia, fecunda en arti-

mañas, encuentra fácilmente medios para suplirlos. Por cada médium que proceda lealmente, habrá cien que se abusarán del espiritismo y perjudicarán su reputación. Por eso, nuestros adversarios no han perdido la ocasión para explotar, en provecho de sus críticas, los fraudes de los cuales han sido testigos, concluyendo de ahí que todo es falso, y que resulta conveniente oponerse a esa nueva clase de charlatanismo. En vano se objeta que la sagrada doctrina no es responsable por tales abusos. Conocéis el proverbio: *Cuando se quiere matar al perro, se dice que está rabioso.*

Qué respuesta más concluyente podría darse a la acusación de charlatanismo que decir: *¿Quién os pidió que vinierais? ¿Cuánto pagasteis para entrar?* Aquel que paga quiere ser servido; exige una compensación por su dinero; si no le dan lo que espera, tiene el derecho de reclamar. Ahora bien, para evitar esto, lo sirven a cualquier precio. Ahí está el abuso; pero dado que ese abuso, en vez de ser una excepción, amenazaba con convertirse en una regla, fue preciso detenerlo. Ahora que la opinión se ha formado al respecto, solo corren peligro los inexpertos. A aquellos, pues, que se quejen de haber sido engañados, o de no haber obtenido las respuestas que deseaban, se les puede decir: Si hubieseis estudiado el espiritismo, habríais sabido en qué condiciones puede este ser analizado con provecho; cuáles son los legítimos motivos de confianza y de desconfianza; qué se puede esperar de él, y no habríais pedido lo que él no os puede dar; no habríais consultado a un médium como si fuera un cartomántico, para pedir a los Espíritus revelaciones, informaciones acerca de herencias, de descubrimientos de tesoros, y otras cien cosas semejantes, que no son de la incumbencia del espiritismo. Si fuisteis inducidos a error, no debéis culpar más que a vosotros mismos.

Es muy evidente que no se puede considerar como explotación la suma que se paga a una sociedad espírita a modo de ayuda para los gastos de las reuniones. La más vulgar equidad establece que no se puede imponer ese gasto a las personas de escasos recursos o que no disponen de tiempo suficiente para comparecer a las reuniones. La especulación consiste en hacer una industria del asunto, en convocar al primero que llegue, sea curioso o indiferente, para sacarle su dinero. Una sociedad que obrara de ese modo sería tan reprensible como un individuo —o más aún—, y ya no merecería confianza. Es justo, y no constituye explotación ni especulación, que una sociedad provea a todos sus gastos, sin dejarlos a cargo de una sola persona; pero otra sería la situación si el primero que llegara pudiese obtener el derecho de ingreso mediante un pago, porque eso sería desnaturalizar el objetivo esencialmente moral e instructivo de las reuniones de ese género, para convertirlas en una especie de espectáculo de curiosidad. En cuanto a los médiums, ellos se multiplican de tal modo, que los médiums profesionales serían en la actualidad completamente superfluos.

Tales son, señores, las ideas por las que me he esforzado para hacer que prevalezcan, y me siento dichoso por haber triunfado más fácilmente de lo que esperaba. Pero vosotros sabéis que aquellos a quienes frustré sus esperanzas no son mis amigos. He aquí, pues, una categoría que no me puede ver con buenos ojos, lo que por otra parte me inquieta muy poco. Si alguna vez la explotación del espiritismo tratara de introducirse en vuestra ciudad, os invitaría a renegar de esa nueva industria, a fin de que no seáis solidarios con ella, y para que las denuncias a que pueda dar lugar no recaigan sobre la pureza de la doctrina.

Al lado de la especulación material está la que se podría denominar especulación moral, es decir, la que se propone la satisfacción del orgullo, del amor propio. Es el caso de aquellos que, sin un interés pecuniario, creyeron que podían hacer del espiritismo un pedestal honorífico para destacarse. Tampoco a estos los he favorecido, y mis escritos, tanto como mis consejos, han contrarrestado más de una premeditación, mostrando que las cualidades del verdadero espírita son la abnegación y la humildad, según esta máxima del Cristo: *Quien se exalta será humillado*. Esta segunda categoría tampoco me aprecia, y podría ser denominada la de las ambiciones frustradas y de los amores propios heridos.

Siguen, a continuación, las personas que no me perdonan el haber triunfado, para las cuales el éxito de mis obras es un tormento; que pierden el sueño con los testimonios de simpatía que se me dispensan. Se trata de la camarilla de los envidiosos —poco o nada condescendientes—, reforzada por personas que, dado su temperamento, no pueden ver que un hombre levante un poco la cabeza sin que estén dispuestas a bajársela.

Una camarilla de las más irascibles, creedlo, se encuentra entre los médiums; no entre los médiums interesados, sino entre los muy desinteresados, materialmente hablando. Me refiero a los médiums obsesos, o mejor dicho, fascinados. Algunas observaciones al respecto no dejarán de ser útiles.

A consecuencia de su orgullo, estos médiums están de tal modo persuadidos de que todo lo que obtienen es sublime, y de que solo puede provenir de Espíritus superiores, que se irritan ante la mínima observación crítica, a tal punto que se disgustan con sus amigos cuando estos no cometen la torpeza de admirar sus desatinos. Ahí reside la prueba de la mala in-

fluencia que domina a tales médiums, pues en el supuesto de que, por falta de juicio o de instrucción, sus amigos no percibieran claramente y no fueran de su parecer, ese no sería un motivo para enemistarse con ellos. Esa enemistad conviene a los Espíritus obsesores, quienes, para mantener con mayor firmeza al médium bajo su dependencia, le inspiran el alejamiento, incluso la aversión hacia todos aquellos que podrían abrirle los ojos.

Están, además, aquellos médiums cuya susceptibilidad es llevada al exceso, que se ofenden con las mínimas cosas: con el lugar que se les asigna en las reuniones, en caso de que ese lugar no sea tan destacado como pretenden, con el orden establecido para la lectura de sus comunicaciones, o porque no se leen aquellas cuyo contenido no parece oportuno para una asamblea. También se ofenden cuando no se les pide con insistencia que presten su colaboración; otros toman a mal que no se invierta el orden de los trabajos para que se ajuste a sus conveniencias; a otros les gustaría presumir de médiums titulares de un grupo o de una sociedad, ser los amos, los que hacen y deshacen, y que sus Espíritus guías fuesen adoptados como los árbitros absolutos de todas las cuestiones, etc. Estos motivos son tan pueriles y mezquinos, que ninguno de ellos se atreve a confesarlos; pero no por eso dejan de ser la fuente de una sorda animosidad que, más temprano o más tarde, se delata, ya sea mediante la mala voluntad o el alejamiento. Cuando no disponen de buenas razones para dar, los hay que no tienen escrúpulos en alegar pretextos o fantasías. Por mi parte, el hecho de que no esté dispuesto en modo alguno a doblegarme ante todas esas pretensiones ha sido un error, ¡qué digo! un crimen imperdonable, según lo consideran ciertas personas que naturalmente me han dado las espaldas, y

ese error fue aún mayor porque no me preocupé por ellos. ¡Imperdonable! ¿Concebís esta palabra en los labios de personas que se dicen espíritas? Debería ser borrada del vocabulario del espiritismo.

La mayor parte de los dirigentes de grupos o sociedades espíritas han experimentado ese disgusto tanto como yo, y los invito a que hagan como yo hice, es decir, a que prescindan de los médiums que constituyen un estorbo en vez de una ayuda. Con ellos estamos siempre un tanto incómodos, temerosos de herirlos con las más insignificantes actitudes.

Esa dificultad era más frecuente en el pasado que ahora. Cuando los médiums eran más escasos, hacía falta contentarse con los que había; pero hoy, que se multiplican a ojos vistas, el inconveniente disminuye debido a la propia elección, y a medida que ellos se compenentran mejor de los verdaderos principios de la doctrina.

Si se deja a un lado el grado de la facultad, las cualidades esenciales de un buen médium son la modestia, la sencillez y la abnegación. El médium debe brindar su ayuda con el propósito de ser útil, y no para satisfacer su vanidad; jamás debe tomar partido por las comunicaciones que recibe, pues de lo contrario daría lugar a suponer que en ellas pone algo de sí, y que tiene interés en defenderlas; debe aceptar la crítica —incluso solicitarla—, y someter esas comunicaciones a la opinión de la mayoría, sin segundas intenciones. Si lo que escribe es falso, perjudicial, detestable, hay que decírselo sin temor de que se ofenda, porque él no es el autor. Son estos los médiums realmente útiles en una reunión, con los cuales jamás tendremos disgustos, porque comprenden la doctrina espírita; los otros no la comprenden o no quieren hacerlo. También son estos los que reciben las mejores comunicaciones, porque no

se dejan dominar por Espíritus orgullosos; los Espíritus embusteros les temen, pues saben que no pueden abusar de ellos.

A continuación se encuentra la categoría de los adeptos que nunca están satisfechos. Algunos creen que voy con demasiada prisa; otros, con excesiva lentitud; es realmente como en la fábula del *Molinero, su hijo y su asno*. Los primeros me critican por haber formulado principios prematuros, por imponerme como jefe de una escuela filosófica. Sin embargo, dejando de lado toda idea espírita, ¿no tengo el derecho de crear, como tantos otros, una filosofía según mi parecer, aunque sea absurda? Si mis principios son falsos, ¿por qué no colocan otros en su lugar y hacen que no prevalezcan? Según parece, en general, no se los considera tan disparatados, ya que encuentran numerosos adherentes; pero ¿no será precisamente esto lo que excita el mal humor de ciertas personas? Si esos principios no encontrasen partidarios, si fuesen ridículos en el más alto grado, no se hablaría de ellos.

Los segundos, los que piensan que no avanzo con suficiente rapidez, pretenden empujarme —supongo que con buena intención, pues siempre es mejor creer en el bien que en el mal— hacia un sendero en el que no quiero adentrarme. Así, sin dejarme influir por las ideas de unos ni de otros, prosigo mi camino; tengo un objetivo, lo veo, sé cuándo y cómo lo alcanzaré, y no me inquieto con los clamores de los que pasan.

Como veis, señores, no faltan piedras en mi camino; paso sobre ellas, incluso sobre las más grandes. Si se conociese la verdadera causa de ciertas antipatías y de ciertos distanciamientos, habría muchas sorpresas. También es preciso mencionar a los adeptos que se ubicaron, en relación conmigo, en posiciones falsas, ridículas o comprometedoras, y que pretenden justificarse, subrepticamente, por medio de calumnias

mezquinas; son aquellos que esperaban atraerme con la adulación, creyendo que podían inducirme a servir a sus designios, y que han reconocido la inutilidad de sus maniobras para involucrarme; son aquellos que esperaban halagos y cumplidos de mi parte, pero no los recibieron; son aquellos, por último, que no me perdonan que haya *adivinado* sus propósitos, y que se comportan como la serpiente a la cual se pisa. Si todas esas personas quisieran colocarse, al menos por un instante, en una posición extraterrenal, para observar los acontecimientos desde un punto más elevado, comprenderían cuán pueril es lo que las preocupa, y no se sorprenderían de la escasa importancia que los verdaderos espíritas conceden a todo eso, porque el espiritismo despliega horizontes tan amplios, que la vida corporal —tan breve y efímera— se borra, con todas sus vanidades y sus mezquinas intrigas, ante lo infinito de la vida espiritual.

Tampoco debo omitir una crítica que se me ha dirigido: la de no hacer nada para atraer nuevamente hacia mí a los adeptos que se apartaron. Esto es cierto, y si se trata de una censura fundamentada, la merezco, porque jamás di un paso en ese sentido. Veamos los motivos de mi indiferencia:

Quienes se acercan a mí, lo hacen porque les conviene; es menos por mi persona que por la simpatía hacia los principios que profeso. Quienes se apartan, lo hacen porque no les convengo, o porque no concuerdan con nuestra manera de ver las cosas. En ese caso, ¿por qué habría de contrariarlos, imponiéndome? Me parece más conveniente dejarlos en paz. Además, yo no tendría tiempo para eso, pues, como es sabido, mis ocupaciones no me dejan un instante de reposo, y por un adepto que se aleja, hay mil que llegan; me debo, ante todo, a estos últimos, y es eso lo que hago. ¿Es soberbia? ¿Es desprecio hacia los demás? ¡Oh! Seguramente no; yo no

desprecio a nadie; me compadezco de los que proceden mal, y ruego a Dios y a los Espíritus buenos que hagan renacer en ellos mejores sentimientos; eso es todo. Si vuelven, son siempre bienvenidos; pero nunca corro detrás de ellos, debido al tiempo que reclaman las personas de buena voluntad; y, además, porque no concedo a ciertas personas la importancia que ellas se atribuyen. Para mí, un hombre es un hombre, y nada más; mido su valor por sus actos, por sus sentimientos, y no por la posición que ocupa. Aun cuando esté ubicado muy alto, si procede mal, si es egoísta y presuntuoso de su dignidad, para mí será inferior a un simple obrero que procede bien, y yo estrecho más cordialmente la mano de un hombre humilde que deja hablar a su corazón, que la de un grande cuyo corazón no dice nada; la primera me anima, la segunda me congela.

Personajes de la más alta condición social me honran con su visita, sin que, por causa de ellos, jamás un proletario haya quedado en la antesala. A menudo, en mi salón, el príncipe está al lado del obrero; si se sintiera humillado, le diría que no es digno de ser espírita. Pero me siento dichoso al afirmar que, muchas veces, los he visto estrecharse las manos fraternalmente, y me digo: *¡Espiritismo, he aquí uno de tus milagros; es el prelude de muchos otros prodigios!*

No dependería más que de mí abrir las puertas de la alta sociedad; sin embargo, jamás fui a golpear en ellas. Esto me insumiría un tiempo que a mi juicio puedo emplear más útilmente. Coloco en primera línea el consuelo a los que sufren, alentar el ánimo de los abatidos, arrancar a un hombre de sus pasiones, de la desesperación, del suicidio, detenerlo —tal vez— ante el abismo del crimen. ¿Acaso esto no vale más que los artesonados recubiertos de oro? Tengo miles de cartas, que para mí son más valiosas que todos los honores de la Tierra,

y a las que considero verdaderos títulos de nobleza. Así pues, no os sorprendáis de que deje ir a aquellos que no me buscan.

Sé que tengo adversarios. Sin embargo, no son tantos como se podría suponer después de la enumeración que he hecho. Se encuentran dentro de las categorías citadas, pero son apenas individuos aislados, escasos en comparación con aquellos que desean testimoniarme su simpatía. Por otra parte, jamás han conseguido perturbar mi reposo; jamás sus maquinaciones ni sus diatribas me conmovieron; y debo agregar que esta profunda indiferencia de parte mía, el silencio que opongo a sus ataques, es lo que más los exaspera. Por más que hagan, nunca conseguirán que me aparte de la moderación, que es mi regla de conducta; nunca podrán decir que respondí a una injuria con otra injuria. Las personas que me conocen en la intimidad saben que jamás me he ocupado de ellos; que ni una sola palabra fue pronunciada en la Sociedad al respecto, ni se hizo una sola alusión relacionada con alguno de ellos. Nunca respondí a sus agresiones en la *Revista*, cuando iban dirigidas a mi persona, ¡y Dios sabe que no han faltado ocasiones!

Además, ¿qué poder tiene su mala voluntad? Ninguno. Ni contra la doctrina espírita ni contra mi persona. Por su marcha progresiva, la doctrina prueba que no le teme a nada. En cuanto a mí, como no poseo ninguna jerarquía, nada se me puede quitar; y como tampoco pido ni solicito cosa alguna, nada pueden negarme. No le debo nada a ninguno, por eso nada pueden reclamarme; no hablo mal de ninguno, ni siquiera de aquellos que hablan mal de mí. ¿En qué podrían, pues, perjudicarme? Por cierto, me pueden atribuir palabras que no he dicho —algo que han hecho en más de una ocasión—; pero quienes me conocen saben lo que soy capaz de decir y

lo que no, y estoy agradecido a aquellos que, en semejantes casos, han tenido a bien responder por mí. Esto que expreso, estoy siempre listo para repetirlo en presencia de quienquiera que sea; y cuando afirmo que no he dicho o hecho algo, me considero con el derecho de que se me crea.

Por otra parte, ¿qué representan estas cosas, cuando tomamos en cuenta el objetivo que todos nosotros, espíritas sinceros y devotos, perseguimos, así como el inmenso futuro que se despliega ante nuestros ojos? Creedme, señores, que sería preciso evaluar como un robo perpetrado contra la magna obra, los instantes que perdimos ocupándonos en tales miserias. Por mi parte, agradezco a Dios porque me ha concedido, aquí en la Tierra, a cambio de algunas tribulaciones pasajeras, tantas compensaciones morales, y la alegría de asistir al triunfo de la doctrina espírita.

Os pido perdón, señores, por haberos entretenido durante tanto tiempo con mi persona, pero consideré que era útil dejar establecida claramente esta posición, a fin de que supieseis a qué ateneros, dadas las circunstancias, y para que podáis convenceros de que mi línea de conducta está trazada y nada hará que me desvíe de ella. Además, creo que estas observaciones –más allá de lo que atañe a mi persona– han aportado algunas enseñanzas útiles.

Pasemos ahora a otro punto, y veamos en qué situación se encuentra el espiritismo.

II

El espiritismo presenta un fenómeno inédito en la historia de la filosofía: la rapidez de su avance. Ninguna otra doctrina

ofrece un ejemplo semejante. Cuando se considera el progreso que ha hecho de un año para otro, sin mucha presunción podemos prever la época en que será una creencia universal.

La mayoría de los países extranjeros participa de ese movimiento: Austria, Polonia, Rusia, Italia, España, Constantinopla, etc., cuentan con numerosos adeptos y varias sociedades perfectamente organizadas. Poseo un registro con más de cien ciudades donde se efectúan reuniones. Entre ellas, Lyon y Burdeos ocupan el primer lugar. Honra, pues, a esas dos ciudades, imponentes por su población y por sus luces, que han izado tan alto y tan firmemente la bandera del espiritismo. Muchas otras ambicionan seguir sus huellas.

Tengo oportunidad de conversar con muchos viajeros. Todos ellos coinciden en que año tras año observan el progreso de la doctrina espírita en la opinión pública; los burlones disminuyen a ojos vistas. Pero a la burla la sucede la cólera: hace poco se reían, hoy se enfurecen. De acuerdo con un antiguo proverbio, esto es de buen augurio, pues lleva a los incrédulos a concluir que en todo esto podría haber algo serio.

Un hecho no menos característico es que todo lo que los adversarios del espiritismo han hecho para impedir su marcha, lejos de detenerlo, activó su progreso, y se puede decir que en todas partes ese progreso es proporcional a la violencia de los ataques. ¿Acaso la prensa recomendó el espiritismo? Todos saben que, lejos de tenderle una mano, le ha dado puntapiés. ¡Pues bien! Tales puntapiés no han dado otro resultado más que hacerlo avanzar. Lo mismo ocurre con los ataques de toda naturaleza de que ha sido objeto.

Existe, pues, un fenómeno constante: sin el auxilio de ninguno de los medios vulgarmente empleados para alcanzar eso que se denomina éxito, y a pesar de los obstáculos que le

opusieron, el espiritismo no ha dejado de crecer, y crece todos los días, como para desmentir a aquellos que predijeron la proximidad de su fin. ¿Será una presunción, una fanfarronada? No, es un hecho que no se puede negar. El espiritismo ha extraído sus fuerzas de sí mismo, lo que prueba el poder de esa idea. Aquellos a quienes eso contraría deben tomar una decisión, y resignarse a abrirle paso a lo que no pueden detener. Eso se debe a que el espiritismo es una idea, y cuando una idea avanza, supera todas las barreras; no se la puede detener en las fronteras como a un fardo de mercaderías. Se queman los libros, pero no se quema la idea, y hasta las cenizas, llevadas por el viento, van a fecundar la tierra donde ella debe dar sus frutos.

Sin embargo, no basta con lanzar una idea al mundo para que esta eche raíces; no, por cierto. No se crean a voluntad opiniones ni hábitos. Lo mismo ocurre con las invenciones y los descubrimientos: hasta el más útil fracasa si llega antes de tiempo, o si la necesidad que está destinado a satisfacer aún no existe. Así es también con las doctrinas filosóficas, políticas, religiosas o sociales: es preciso que el pensamiento esté maduro para aceptarlas; si llegan demasiado temprano, quedan en estado latente y, al igual que los frutos plantados fuera de la estación, no se desarrollan.

Por lo tanto, si el espiritismo encuentra tan numerosas simpatías, se debe a que su tiempo ha llegado, a que los espíritus estaban maduros para recibirlo; se debe a que responde a una necesidad, a una aspiración. De esto tenéis la prueba en la cantidad, hoy considerable, de personas que lo acogen sin extrañeza, como algo muy natural, cuando les hablan de él por primera vez, y que dicen que a su juicio las cosas deben ser de ese modo, aunque no puedan definir las. Se siente el vacío

moral que la incredulidad y el materialismo crean en torno del hombre; se comprende que esas doctrinas abren un abismo para la sociedad; que destruyen los lazos más sólidos: los de la fraternidad. Además, instintivamente, el hombre siente horror a la nada, como la naturaleza siente horror al vacío. Por eso la humanidad recibe con alegría la prueba de que la nada no existe.

Sin embargo, nos preguntarán: *¿Acaso no se enseña a diario que la nada no existe?* No cabe duda de que eso se enseña; pero, entonces, ¿cómo es posible que la incredulidad y la indiferencia hayan crecido sin cesar en este último siglo? Eso se debe a que las pruebas que se han dado ya no satisfacen al hombre; a que ya no responden a las necesidades de su inteligencia. El desarrollo científico e industrial lo ha vuelto positivista. Quiere comprender, quiere saber el porqué y el cómo de cada cosa. Comprender para creer se convirtió en una necesidad imperiosa; por eso la fe ciega ya no ejerce dominio sobre él. Para algunos, eso es malo; para otros, bueno. Sin discutir el principio, diremos que así es la marcha de la naturaleza. La humanidad colectiva, como los individuos, tiene su infancia y su edad madura; cuando se encuentra en la madurez, se quita los pañales y quiere hacer uso de sus propias fuerzas, es decir, de su inteligencia. Hacerla retroceder es tan imposible como intentar que un río se remonte hacia su nacimiento.

Algunos dirán que atacar el mérito de la fe ciega es una impiedad, porque Dios quiere que se acepte su palabra sin analizarla. Pues bien, la fe ciega podía tener su razón de ser; diré, incluso, su necesidad, en un determinado período de la humanidad. Si hoy dicha fe ya no alcanza para fortalecer la creencia, eso se debe a que está en la naturaleza de la humanidad que así sea. Ahora, ¿quién creó las leyes de la naturaleza?

¿Dios o Satán? Si fue Dios, no habrá impiedad en seguir sus leyes. Si hoy, comprender para creer se convirtió en una necesidad para la inteligencia, como beber y comer lo es para el estómago, se debe a que Dios quiere que el hombre haga uso de su inteligencia, pues de lo contrario no se la habría concedido. Hay personas que no sienten esa necesidad; que se contentan con creer sin hacer un análisis. No las censuramos en absoluto, y lejos de nosotros está la idea de perturbar su tranquilidad. El espiritismo no se dirige a ellas, pues dado que disponen de todo lo que precisan, no tiene nada para ofrecerles. No da de comer a la fuerza a quienes declaran que no tienen hambre. El espiritismo solo se dirige, pues, a aquellos para los cuales el alimento intelectual que se les da ya no es suficiente, y su cantidad es bastante grande como para que también deba ocuparse de los otros. Entonces, dado que no va a buscarlos, ¿de qué se quejan? El espiritismo no va en busca de nadie; no se impone a nadie. Se limita a decir: *Aquí estoy, esto es lo que soy; esto es lo que traigo; los que consideren que me necesitan, aproxímense; los otros, permanezcan en sus casas; no voy a perturbar su conciencia ni a injuriarlos. Solo les pido reciprocidad.*

¿Por qué, entonces, el materialismo tiende a suplantarse a la fe? Es que hasta ahora la fe no razona, se limita a decir: ¡Cread!, mientras que el materialismo sí razona. Convengamos en que son sofismas; pero, correctos o incorrectos, se trata de razonamientos que, según el pensamiento de muchos, seducen a aquellos a quienes nada se les ofrece. Agregad a esto, que la idea materialista satisface a los que se complacen en la vida material; a aquellos que pretenden pasar por encima de las consecuencias del porvenir, esperando, de ese modo, escapar a la responsabilidad de sus actos. En suma, la idea

materialista es eminentemente favorable a la satisfacción de todos los apetitos brutales. Ante la incertidumbre acerca del porvenir, el hombre se dice: *Gocemos siempre el presente; ¿qué me importan los semejantes? ¿Por qué debo sacrificarme por ellos? Se dice que son mis hermanos; pero ¿de qué me sirven los hermanos a los que no volveré a ver; que tal vez mañana estén muertos, como yo también lo estaré? ¿Qué seremos, entonces, los unos para con los otros? Nada, pues una vez que estamos muertos nada resta de nosotros. ¿De qué me serviría imponerme privaciones? ¿Qué compensación resultaría para mí, si todo acaba junto conmigo?*

¡Fundad, entonces, una sociedad sobre las bases de la fraternidad, con ideas semejantes a las precedentes! El egoísmo es su consecuencia natural; con él, cada uno busca su propio interés y el más fuerte es el que triunfa. Por su parte, dice el débil: *Seamos egoístas, pues los otros lo son; no pensemos más que en nosotros, pues los otros solo piensan en sí mismos.*

¡Tal es —debemos reconocerlo— el mal que tiende a invadir a la sociedad moderna, y ese mal, como un gusano roedor, puede socavar sus fundamentos! ¡Oh! ¡Cuán culpables son los que la llevan por ese camino, los que se esfuerzan por matar las creencias; los que preconizan el presente a expensas del porvenir! ¡Tendrán una terrible cuenta que pagar por el uso que hacen de su inteligencia!

No obstante, la incredulidad deja tras de sí una ola de inquietud. Por más que el hombre procure engañarse, no puede evitar, en ocasiones, el pensamiento acerca de lo que le sucederá después de la muerte. Mal que le pese, la idea de la nada lo paraliza. Quisiera una certeza, pero no la encuentra; entonces titubea, vacila, duda, y la incertidumbre lo mortifica; se siente desdichado en medio de los placeres materiales, que no

pueden llenar el abismo de la nada que se abre delante de él, y adonde imagina que será arrojado.

En ese momento llega el espiritismo, como un ancla de salvación, como una antorcha en las tinieblas de su alma. Viene a llenar el vacío horroroso, no con una imprecisa esperanza, sino mediante pruebas irrecusables: las de la observación de los hechos. Viene a fortalecer su fe, aunque no le dice simplemente: *Creed, porque yo os lo digo*, sino: *Ved, tocad, comprended y creed*. Así pues, no podía llegar en un momento más oportuno, ya fuera para detener el mal antes de que se volviera incurable, o para satisfacer las necesidades del hombre, que ya no cree bajo palabra, que quiere razonar aquello en lo que cree. El materialismo lo había seducido con sus falsos argumentos; a sus sofismas era preciso oponerles razonamientos sólidos, apoyados en pruebas materiales. En esa lucha, la fe ciega ya se mostraba impotente. Por eso digo que el espiritismo llegó a su tiempo.

Lo que le falta al hombre es, pues, la fe en el porvenir; pero la idea que le dan acerca de ese porvenir no puede satisfacer su inclinación por lo positivo: es una idea muy vaga, muy abstracta; los lazos que lo ligan al presente no están suficientemente definidos. El espiritismo, por el contrario, nos presenta al alma como un ser circunscripto, semejante a nosotros, sin la envoltura material de la cual se ha despojado, pero revestida con una envoltura fluídica, lo que ya es más comprensible y permite que se conciba mejor su individualidad. Además, el espiritismo prueba, mediante la experiencia, el contacto incessante del mundo visible con el mundo invisible, los cuales se convierten de ese modo en solidarios uno con otro. Las relaciones del alma con la Tierra no cesan con la vida; el alma, en el estado de Espíritu, constituye uno de los engranajes, una de

las fuerzas vivas de la naturaleza; no es más un ser *inútil*, que ya no piensa ni actúa más que para sí durante la eternidad; es siempre y en todas partes un agente activo de la voluntad de Dios, para la ejecución de sus obras. De esta manera, según la doctrina espírita, todo se vincula, todo se eslabona en el universo; y en ese gran movimiento, admirablemente armonioso, los afectos sobreviven. Lejos de extinguirse, ellos se fortalecen y se purifican.

Aun cuando todo esto no fuera más que un sistema, tendría sobre los demás la ventaja de ser más seductor, aunque sin ofrecer mayor certeza. No obstante, es el propio mundo invisible el que vino a revelarse ante nosotros para demostrarnos que existe —no en regiones del espacio inaccesibles incluso para el pensamiento, sino aquí, al lado nuestro—, que nos rodea y que vivimos en medio de él, como un pueblo de ciegos en medio de personas que ven. Esto puede perturbar ciertas ideas —convengo en ello—, pero ante un hecho, queramos o no, tenemos que inclinarnos. Por más que digan que no es así, sería preciso que probasen su *imposibilidad*; a pruebas palpables deberían oponer pruebas más palpables aún. Ahora bien, ¿qué es lo que oponen? La negación.

El espiritismo se apoya, pues, en hechos. Esos hechos, de acuerdo con el razonamiento y con una lógica rigurosa, confieren a la doctrina espírita el carácter positivista que conviene a nuestra época. El materialismo vino a minar todas las creencias, a trastornar todas las bases, toda la razón de ser de la moral, a socavar los propios fundamentos de la sociedad, proclamando el reino del egoísmo. Entonces, los hombres serios se preguntaron hacia dónde nos conduciría tal estado de cosas, y lo que vieron fue un abismo; pero el espiritismo vino a llenarlo, advirtiendo al materialismo: *No irás más lejos, pues*

aquí están los hechos que prueban la falsedad de tus razonamientos. El materialismo amenazaba con hundir a la sociedad, diciendo a los hombres: *El presente lo es todo, porque el porvenir no existe.* El espiritismo viene a rescatarla, al afirmar: *El presente no es nada, el porvenir lo es todo,* y ofrece pruebas de ello.

Un adversario afirmó en cierto periódico que el espiritismo está lleno de seducciones. Pese a su disgusto, no pudo haber hecho un mayor elogio de la doctrina, condenándose al mismo tiempo de la manera más perentoria. Decir que algo es seductor equivale a decir que agrada. Ahora bien, ese es el gran secreto de la propagación del espiritismo. Entonces, ¡que le opongán algo más seductor para reemplazarlo! Si no lo hacen, es porque no tienen nada mejor para ofrecer. ¿Por qué agrada el espiritismo? Es muy fácil decirlo. Agrada porque:

- 1) satisface la aspiración instintiva del hombre en cuanto al porvenir;
- 2) presenta al porvenir con un aspecto que puede ser admitido por la razón;
- 3) la certeza de la vida futura hace que el hombre sobrelleve con paciencia las miserias de la vida presente;
- 4) con la pluralidad de las existencias, esas miserias tienen una razón de ser, admiten explicaciones, y quienes las padecen, en vez de acusar a la Providencia, las consideran justas y las aceptan sin rebeldía;
- 5) el hombre es feliz al saber que sus seres queridos no están perdidos para siempre, que volverá a verlos, y que están a menudo al lado suyo;
- 6) porque todas las máximas que los Espíritus han enseñado tienden a hacer que los hombres sean más buenos unos con otros.

Existen, además, otros motivos, que solo los espíritas son capaces de comprender. Por su parte, ¿cuáles son las *seducciones* que ofrece el materialismo? La nada. Ese es todo el consuelo que él ofrece para las miserias de la vida.

Con esos elementos, el futuro del espiritismo no puede ser incierto. No obstante, si de algo debemos sorprendernos, es de que se haya abierto camino tan rápidamente a través de los prejuicios. Cómo y por qué medios logrará la transformación de la humanidad, es lo que nos resta analizar.

III

Cuando consideramos el estado actual de la sociedad, somos inducidos a reconocer que su transformación sería un verdadero milagro. ¡Pues bien! Es el milagro que el espiritismo puede y debe realizar —porque está entre los designios de Dios— mediante su consigna: *Fuera de la caridad no hay salvación*. Si la sociedad adopta esta máxima como emblema, y adecua su conducta a ella —en lugar de esa otra que tiene plena vigencia en estos días: *La caridad bien entendida empieza por casa*—, todo se modificará. Lo importante es lograr que esa nueva máxima sea aceptada.

Bien sabéis, señores, que el vocablo *caridad* tiene un significado muy amplio. Existe la caridad de pensamientos, de palabras y de acciones. Caridad no es únicamente limosna. Se es caritativo, en pensamientos, mediante la indulgencia para con las faltas del prójimo; en palabras, cuando no se dice algo que podría ser perjudicial para los demás; y en acciones, cuando se asiste al prójimo con todas las fuerzas. El indigente que com-

parte su mendrugo con un compañero más necesitado que él, es más caritativo y tiene mayor mérito a los ojos de Dios que aquel que da de lo superfluo y no se priva de nada. La persona que alimenta contra su prójimo sentimientos de odio, de animosidad, de envidia, de rencor, estará faltando a la caridad. La caridad es la antítesis del egoísmo; la primera es la abnegación de la personalidad, y el segundo es la exaltación de la personalidad. Dice la caridad: *Para ti en primer lugar, para mí después*; dice el egoísmo: *Para mí primero, para ti si sobra*. La caridad está por completo en estas palabras del Cristo: *Haced a los otros lo que quisierais que ellos os hiciesen*. En una palabra, se aplica sin excepción a todas las relaciones sociales. Debemos admitir que si todos los miembros de una sociedad procedieran según ese principio, habría menos decepciones en la vida. Cuando dos hombres están reunidos contraen, por eso mismo, deberes recíprocos; si desean vivir en paz, están obligados a dispensarse mutuas concesiones. Esos deberes aumentan a medida que lo hace la cantidad de individuos. Las aglomeraciones forman un todo colectivo, que tiene también sus obligaciones respectivas. Existen, pues, además de las relaciones de un individuo con otro, las de una ciudad con otra ciudad, las de una provincia con otra provincia, las de un país con otro país. Esas relaciones pueden obedecer a dos motivos, que son la negación el uno del otro: el egoísmo y la caridad, pues hay también un egoísmo nacional. Junto con el egoísmo prevalece el interés personal: cada uno vive para sí; en el semejante vemos apenas a un antagonista, a un rival que puede competir con nosotros, que puede explotarnos —o al que podemos explotar—, y que hará lo posible para llegar antes que nosotros. Así, la victoria es para el más astuto, y la sociedad —da pena decirlo— muchas veces consagra esa victoria, lo que

hace que aquella se divida en dos clases principales: la de los explotadores y la de los explotados. De ahí resulta un perpetuo antagonismo, que convierte a la vida en un tormento, en un verdadero infierno. Sustituid el egoísmo por la caridad, y todo cambiará: nadie tratará de hacer daño a su vecino; los odios y los celos se extinguirán por falta de sustento, y los hombres vivirán en paz, ayudándose mutuamente en lugar de agredirse. Cuando la caridad reemplace al egoísmo, las instituciones sociales estarán fundamentadas en el principio de la solidaridad y de la reciprocidad; entonces, el fuerte protegerá al débil, en vez de explotarlo.

¡Qué bello sueño! —dirán algunos—. *Lamentablemente, no es más que eso, porque el hombre es egoísta por naturaleza, por necesidad, y siempre lo será.* Si quienes piensan así tuvieran razón, sería muy penoso, y deberíamos preguntarnos con qué objetivo el Cristo vino a predicar la caridad a los hombres, porque equivaldría a predicar entre los animales. No obstante, analicemos la cuestión.

¿Acaso no existe algún progreso entre el salvaje y el hombre civilizado? ¿No buscáis a diario mejorar los hábitos de los salvajes? Pero ¿con qué objetivo, si decís que el hombre es incorregible? ¡Qué extraño capricho! ¡Esperáis corregir a los salvajes, mientras pensáis que el hombre civilizado no puede mejorar! Si el hombre civilizado tuviese la pretensión de haber alcanzado el límite máximo del progreso al que puede acceder la especie humana, para refutarlo bastaría con comparar las costumbres, el carácter, la legislación y las instituciones sociales de hoy con las de antaño. Sin embargo, los hombres de épocas pasadas también suponían que habían llegado al último escalón. ¿Qué hubiera respondido un gran señor de la época de Luis XIV, si le hubiesen dicho que se podría dispo-

ner de un orden de cosas mejor, más equitativo, más humano que el entonces vigente, y que ese régimen más equitativo significaría la abolición de los privilegios de castas y la igualdad entre el grande y el pequeño ante la ley? El hombre osado que hubiese dicho eso, tal vez habría pagado caro su temeridad.

De eso concluimos que el hombre es eminentemente perfectible, y que los más adelantados de hoy parecerán tan atrasados dentro de algunos siglos, como lo son los de la Edad Media en relación con nosotros. Negar este hecho significaría negar el progreso, que es una ley de la naturaleza.

Aunque el hombre haya mejorado desde el punto de vista moral, debemos reconocer que el progreso se ha verificado principalmente en el sentido intelectual. ¿Por qué? Este es otro de los problemas que el espiritismo viene a explicar, al mostrarnos que la moral y la inteligencia son dos caminos que raramente van juntos, pues mientras el hombre da algunos pasos adelante en uno de ellos, se retrasa en el otro. Sin embargo, más tarde recuperará el terreno que había perdido, y las dos fuerzas acabarán por equilibrarse en las encarnaciones sucesivas. El hombre ha llegado a un período en que las ciencias, las artes y la industria alcanzaron un nivel que hasta hoy no se conocía. Los bienes que de ellas extrae satisfacen a la vida material, pero dejan un vacío en el alma. El hombre aspira a algo mejor, sueña con mejores instituciones; quiere que la vida, la felicidad, la igualdad y la justicia sean para todos. No obstante, ¿cómo alcanzar todo eso con los vicios de la sociedad y, sobre todo, con el egoísmo? El hombre siente, pues, la necesidad del bien para ser feliz; comprende que solo el reinado del bien puede brindarle la felicidad, a la cual tanto aspira. Él presiente ese reinado, porque instintivamente tiene

fe en la justicia de Dios, y una voz secreta le dice que está por iniciarse una nueva era.

¿Cómo ocurrirá esto? Dado que el reinado del bien es incompatible con el egoísmo, es preciso que el egoísmo sea destruido. Ahora bien, ¿quién puede destruirlo? El predominio del sentimiento de amor, que induce a los hombres a tratarse como hermanos y no como enemigos. La caridad es la base, la piedra angular de todo el edificio social; sin ella, el hombre apenas construirá sobre la arena. Que los esfuerzos y, sobre todo, los ejemplos de los hombres de bien confluyan, pues, para propagarla; que no se desalienten si verifican el recrudescimiento de las malas pasiones. Ellas son los enemigos del bien, y al ver su avance, embisten contra él. No obstante, Dios ha permitido que se destruyan con sus propios excesos. El paroxismo de un mal es siempre el indicio de que está llegando a su fin.

Acabo de decir que sin la caridad el hombre edifica sobre la arena. Un ejemplo nos ayudará a comprender mejor.

Algunos hombres bien intencionados, conmovidos por los sufrimientos de una parte de sus semejantes, consideraron que habían encontrado el remedio para esa calamidad en ciertos sistemas de reforma social. Con sutiles diferencias, el principio es más o menos el mismo en todos ellos, cualquiera sea el nombre que se les dé: vida comunitaria, por ser la menos onerosa; comunidad de bienes, para que todos tengan su parte; participación de todos para la obra en común; nada de grandes riquezas, pero tampoco miseria. Esto era muy seductor para quien, no teniendo nada, ya veía la bolsa del rico entrando en el fondo social, sin calcular que el total de las riquezas, distribuidas en común, crearía una miseria general en vez de una miseria parcial; que la igualdad instalada hoy sería

rota, mañana, por las variaciones de la población y por la diferencia entre las aptitudes; que la igualdad permanente de los bienes lleva implícita la igualdad de capacidades y de trabajo. Pero no es esta la cuestión; no está en mis planes analizar el pro y el contra de esos sistemas. Me abstraigo de las imposibilidades que acabo de citar, y me propongo considerarlos desde otro punto de vista, acerca del cual —que yo sepa— nadie se ha preocupado aún, y que está relacionado con nuestro asunto.

Los autores, fundadores o promotores de todos esos sistemas, sin excepción, solo han tenido como objetivo la organización de la vida material de una manera provechosa para todos. El objetivo es loable, no cabe duda, pero resta saber si a ese edificio no le falta la única base que podría consolidarlo, si se admitiera que fuese realizable.

La comunidad implica la abnegación más completa de la personalidad. Puesto que cada uno debe dar de sí en lo personal, la comunidad requiere la más absoluta devoción. Ahora bien, el móvil de la abnegación y de la devoción es *la caridad*, es decir, el amor al prójimo. No obstante, hemos reconocido que el fundamento de la caridad es la creencia; que la falta de creencia conduce al materialismo, y que el materialismo lleva al egoísmo. Un sistema que, por su naturaleza y para su estabilidad, requiere las virtudes morales en el grado más supremo, debe tener su punto de partida en el elemento espiritual. ¡Pues bien! Ya que el aspecto material constituye su objetivo exclusivo, estos sistemas no solo descartan el elemento espiritual, sino que varios de ellos están fundados en una doctrina materialista confesada abiertamente, o sobre el panteísmo, que es una especie de materialismo encubierto; es decir, son sistemas apenas adornados con el bello nombre de la *fraternidad*. Pero la fraternidad, al igual que la caridad, no se impone ni se de-

creta; es preciso que esté en el corazón, y no será un sistema el que la haga nacer, si allí no estuviera. En caso contrario, el sistema se derrumbará y cederá lugar a la anarquía, porque cada uno buscará su propio interés. La experiencia está allí para probar que las ambiciones y la codicia no se ahogan. Antes de hacer la cosa para los hombres, es preciso formar a los hombres para la cosa, así como se prepara a los operarios antes de confiarles una tarea. Antes de construir, es preciso constatar la solidez de los materiales. Aquí, los materiales sólidos son los hombres de corazón, devotos y abnegados. Con el egoísmo, el amor y la fraternidad son, como ya lo hemos dicho, palabras vanas. ¿Cómo es posible, pues, bajo el imperio del egoísmo, fundar un sistema que requiera la abnegación en un grado tan elevado como el que tiene por principio esencial la solidaridad de todos para con cada uno, y de cada uno para con todos? Algunos han abandonado el terruño natal para ir a fundar, en lugares distantes, colonias organizadas según el régimen de la fraternidad. Quisieron huir del egoísmo que los abrumaba, pero el egoísmo los siguió, y allá donde se instalaron también surgieron explotadores y explotados, pues faltó la caridad. Supusieron que era suficiente con trasladar la mayor cantidad de brazos, sin pensar que al mismo tiempo trasladaban los gusanos que devorarían su institución, arruinada tanto más rápidamente, porque no eran portadores de la fuerza moral ni de la fuerza material suficientes.

Lo que les faltaba no eran brazos numerosos, sino corazones sólidos. Lamentablemente, muchos los siguieron porque, como no sabían hacer gran cosa en otra parte, consideraron que de ese modo se liberarían de ciertas obligaciones personales; vieron tan solo un objetivo seductor, sin reparar en la espinosa ruta para llegar hasta él. Decepcionados en sus espe-

ranzas, reconociendo que antes de gozar era preciso el trabajo intenso, sacrificarse mucho y sufrir bastante, tuvieron como perspectiva el desaliento y la desesperación. Sabéis lo que le ocurrió a la mayoría. Su error fue haber querido construir un edificio comenzando por el techo, antes de haber asentado cimientos sólidos. Estudiad la Historia y la causa de la caída de los Estados más florecientes, y en todas partes encontraréis la mano del egoísmo, de la codicia y de la ambición.

Sin la caridad no hay institución humana estable, y no puede haber caridad ni fraternidad, en la verdadera acepción de esos términos, si no se cree. Aplicaos, pues, a desarrollar esos sentimientos, que al crecer destruirán el egoísmo que os mata. Cuando la caridad haya penetrado en las masas, cuando se haya convertido en la fe, en la religión de la mayoría, entonces vuestras instituciones se tornarán mejores, por la fuerza misma de las circunstancias; los abusos, provenientes del personalismo, desaparecerán. Enseñad, pues, la caridad y, sobre todo, predicad con el ejemplo, que es el áncora de salvación de la sociedad. Solo la caridad puede instalar el reinado del bien en la Tierra, que es el reino de Dios; sin ella, todo lo que hagáis contribuirá solamente a la creación de utopías, de las cuales no obtendréis más que decepciones. Si el espiritismo es una verdad, si debe regenerar el mundo, eso se debe a que tiene como base la caridad. El espiritismo no ha venido para derribar culto alguno, ni para instalar uno nuevo: proclama y demuestra las verdades comunes a todos, la base de todas las religiones, sin preocuparse con detalles. Solo ha venido a destruir una cosa: el materialismo, que constituye la negación de todas las religiones. Solo viene a derribar un templo: el del egoísmo y el orgullo; viene a dar una sanción práctica a estas palabras del Cristo, que constituyen toda su ley: *Amad*

a vuestro prójimo como a vosotros mismos. No os sorprendáis, pues, de que sus adversarios sean los adoradores del becerro de oro, cuyos altares ha venido a demoler. El espiritismo tiene naturalmente en contra suya a los que consideran que su moral es incómoda, quienes de buena gana habrían hecho un pacto con los Espíritus y con sus manifestaciones, si estos hubiesen accedido a entretenerlos, si no hubiesen venido a rebajarles el orgullo, a predicarles la abnegación, el desinterés y la humildad. Dejadlos que digan y hagan; las cosas no dejarán de seguir su marcha, pues están entre los designios de Dios.

Así pues, mediante su poderosa revelación, el espiritismo viene a acelerar la reforma social. Por cierto, sus adversarios se reirán ante esta pretensión que, sin embargo, nada tiene de presuntuosa. Hemos demostrado que la incredulidad, la simple duda en relación con el porvenir, conduce al hombre a concentrarse en la vida presente, lo que lógicamente desarrolla el sentimiento de egoísmo. El único remedio para ese mal consiste en concentrar su atención en otro punto y desorientarlo —por así decirlo— a fin de que modifique sus hábitos. Al probar de manera evidente la existencia del mundo invisible, el espiritismo conduce, por fuerza, a un orden de ideas muy diferente, porque amplía el horizonte moral limitado a la Tierra. La importancia de la vida corporal disminuye a medida que crece la de la vida espiritual; y dado que nos ubica naturalmente en otro punto de vista, lo que nos parecía una montaña apenas se nos presenta como un grano de arena. Las vanidades, las ambiciones mundanas, se convierten en puerilidades, en juguetes infantiles, en presencia del porvenir grandioso que nos aguarda. Cuanto más nos desprendamos de las cosas materiales, menos trataremos de satisfacernos a

expensas de los otros, lo que contribuirá a una disminución en el sentimiento de egoísmo.

El espiritismo no se limita a probar la existencia del mundo invisible. Por los ejemplos que coloca ante nuestros ojos, nos lo muestra como realmente es, y no como la imaginación lo ha concebido; nos lo muestra poblado de seres felices o infelices, pero prueba que *solo* la caridad, la soberana ley del Cristo, puede garantizar la felicidad. Por otro lado, vemos que la sociedad terrestre se destruye a sí misma bajo el imperio del egoísmo, mientras que viviría feliz y pacífica bajo el dominio de la caridad. Así pues, con la caridad todo es beneficioso para el hombre: felicidad en este mundo y en el otro. No se trata ya —según la expresión de un materialista— de un sacrificio de inocentes, sino, según la expresión del Cristo, de una suma de dinero aplicada al cien por ciento. Con el espiritismo, el hombre comprende que todo será ganancia para él si obra el bien, y que todo le significará pérdida si opta por el mal. Ahora bien, entre la certeza —no diré la oportunidad— de perder o ganar, la elección no puede dar motivo a dudas. De ese modo, la propagación de la idea espírita tiende, necesariamente, a que los hombres sean mejores unos con otros. Lo que el espiritismo hace hoy con los individuos, lo hará mañana en relación con las masas, cuando se haya divulgado de una manera general. Tratemos, pues, de propagarlo, para bien de todos.

Preveo una objeción, que podría plantearse diciendo que, según la idea espírita, la práctica del bien sería un cálculo interesado. A eso respondo que la Iglesia misma, cuando promete la dicha del Cielo o amenaza con las llamas del Infierno, conduce a los hombres mediante la esperanza y el temor; que incluso el Cristo dijo que lo que se done en este mundo será devuelto centuplicado. No cabe duda de que el mérito es ma-

yor cuando se obra el bien con espontaneidad, sin pensar en las consecuencias, pero no todos los hombres han llegado a ese nivel, y más vale hacer el bien con ese estímulo que no hacerlo en absoluto.

A veces se dice que las personas que hacen el bien sin una intención premeditada y, por decirlo así, sin darse cuenta de ello, no tienen ningún mérito, dado que no se han esforzado para hacerlo. Eso es un error. El hombre no llega a nada sin esfuerzo. Aquel que no necesita luchar en esta existencia, ha tenido que hacerlo en una precedente, hasta que el bien finalmente se identificó con él; por eso todo le parece natural. El bien está en él, como en otras personas están las ideas, las cuales también han tenido su origen en un trabajo previo. Este es, además, uno de los problemas que el espiritismo viene a resolver. Los hombres de bien han tenido, asimismo, el mérito de la lucha; ellos han alcanzado la victoria; los otros aún deben conquistarla. Por eso, al igual que los niños, precisan un estímulo, es decir, un objetivo que alcanzar o, si lo preferís, un premio que conquistar.

Otra objeción más seria es esta: Si el espiritismo produce todos esos resultados, los espíritas deben ser los primeros en beneficiarse con ellos. La abnegación, la devoción, el desinterés, la indulgencia para con los otros, la abstención absoluta de toda palabra o de todo acto que pudiera perjudicar al prójimo; en una palabra, la caridad en su más pura acepción debe ser la regla invariable de su conducta. No deben conocer el orgullo, los celos, la envidia ni el rencor, como tampoco las tontas vanidades, ni las pueriles susceptibilidades del amor propio; deben hacer el bien por el bien mismo, con modestia y sin ostentación, poniendo en práctica esta máxima del Cristo: *Que vuestra mano izquierda no sepa lo que da vuestra*

mano derecha, a fin de que no se les apliquen estos versos de Racine: *Un beneficio enrostrado equivale siempre a una ofensa*. En definitiva, la más perfecta armonía debe reinar entre ellos. ¿Por qué, entonces, se citan ejemplos que parecen contradecir la eficacia de esas bellas máximas?

Cuando comenzaron las manifestaciones espíritas, muchos las aceptaron sin prever sus consecuencias; la mayoría solo vio en ellas efectos más o menos curiosos; pero, cuando de allí brotó una moral severa, deberes rigurosos que cumplir, muchos se sintieron sin fuerzas para practicarla y adecuarse a ella. Les faltó coraje, devoción, abnegación, humildad; en esas personas la naturaleza corporal prevaleció sobre la espiritual. Creyeron, pero retrocedieron ante la puesta en práctica. Al comienzo solo había *espíritas*, es decir, *creyentes*. La filosofía y la moral desplegaron para esa ciencia un horizonte nuevo al crear los *espíritas practicantes*. Aquellos quedaron en la retaguardia, estos siguieron adelante. Cuanto más se sublimó la moral, tanto más dejó en evidencia las imperfecciones de aquellos que no quisieron acompañarla, del mismo modo que una luz brillante hace que resalten las sombras; era un espejo: algunos no quisieron mirarse en él o, pensando que en él se reconocerían, prefirieron arrojar la piedra a quien se lo mostrase. Tal es, además, la causa de ciertas animosidades; sin embargo, me siento feliz al decir que son excepciones, como leves sombras en un inmenso panorama, las cuales no tienen posibilidades de alterar su luminosidad. En gran parte, pertenecen a los que podríamos denominar *espíritas de la primera graduación*. En cuanto a los que se graduaron después, y siguen graduándose a diario, en su gran mayoría han aceptado la doctrina precisamente a causa de su moral y de su filosofía. Por eso se esfuerzan en llevarla a la práctica. Pretender que

todos debieran volverse perfectos, sería desconocer la naturaleza de la humanidad. No obstante, aunque solo se hubiesen despojado de algunos aspectos del hombre viejo, siempre sería un progreso que debe ser tomado en cuenta. No tienen excusa ante los ojos de Dios tan solo aquellos que, pese a hallarse debidamente esclarecidos, no lo han aprovechado en la medida de sus posibilidades. Por cierto, a estos se les pedirá una severa rendición de cuentas, de la cual sufrirán las consecuencias incluso aquí en la Tierra, tal como lo hemos visto en numerosos ejemplos. No obstante, al lado de estos, también hay muchos otros en quienes se produjo una verdadera metamorfosis, pues encontraron en esta creencia la fuerza necesaria para derrotar las malas inclinaciones que desde mucho tiempo atrás estaban arraigadas en ellos, para acabar con antiguos hábitos, para acallar los resentimientos y las enemistades, para acortar las distancias sociales. Piden milagros al espiritismo: ahí están los que él produce.

De ese modo, por la fuerza de las circunstancias, el espiritismo tendrá como consecuencia inevitable el mejoramiento moral; este mejoramiento conducirá a la práctica de la caridad, y de la caridad nacerá el sentimiento de la fraternidad. Cuando los hombres estén imbuidos de esas ideas, adaptarán a ellas sus instituciones, y así producirán, espontáneamente y sin conmociones, todas las reformas deseables. Esa es la base sobre la cual erigirán el edificio social del futuro.

Esa transformación es inevitable, porque se corresponde con la ley del progreso; no obstante, si solo sigue la marcha natural de los acontecimientos, es posible que su realización se demore mucho todavía. Si creemos en la revelación de los Espíritus, sabemos que su activación se halla entre los designios de Dios, y vivimos en la época anunciada para que eso

ocurra. La concordancia de las comunicaciones al respecto es un hecho digno de destacarse. En todas partes se dice que nos acercamos a la era nueva, y que van a cumplirse grandes acontecimientos. Sin embargo, sería un error suponer que el mundo se encuentre amenazado por un cataclismo material. Cuando se analizan las palabras del Cristo, es evidente que en esta circunstancia, como en muchas otras, Él habló de una manera alegórica. La renovación de la humanidad, el reinado del bien que sigue al reino del mal, son acontecimientos suficientemente importantes que pueden cumplirse sin que haya necesidad de involucrar al mundo en un naufragio universal, ni hacer que aparezcan fenómenos extraordinarios, ni derogar las leyes naturales. Los Espíritus siempre se han expresado en este sentido.

Dado que la Tierra ha llegado a la época señalada para que se convierta en una morada feliz, y ascienda, de ese modo, en la jerarquía de los mundos, basta con que Dios no permita que los Espíritus imperfectos reencarnen en ella; que aleje de aquí a los que, por orgullo, incredulidad y malos instintos, serían un obstáculo para el progreso y perturbarían la buena armonía, así como procedéis vosotros mismos en una asamblea en la que os es necesario tener paz y tranquilidad, de la cual apartáis a aquellos que podrían ser portadores de desorden; o así como se expulsa de un país a los malhechores, que son desterrados a regiones lejanas. Para que en la raza, o mejor, para servirnos de las palabras del Cristo, en la generación de los Espíritus que han sido enviados a la Tierra como expiación, desaparezcan los que hayan permanecido incorregibles, y sean sustituidos por una generación de Espíritus más adelantados, basta con una generación de hombres y con la voluntad de Dios, que puede así —mediante acontecimientos

inesperados, aunque absolutamente naturales— apresurar su partida de aquí. Si, pues, como ha sido dicho, la mayor parte de los niños que nacen ahora pertenecen a la nueva generación de Espíritus mejores, y cada día parten los peores para no regresar, es evidente que al cabo de cierto tiempo habrá una renovación completa. ¿Qué ocurrirá con los Espíritus exiliados? Irán hacia mundos inferiores, donde expiarán su obstinación durante largos siglos de terribles pruebas, pues también ellos son ángeles rebeldes que han despreciado el poder de Dios y se han revelado contra sus leyes, que el Cristo vino a recordarles.⁵

Sea como fuere, en la naturaleza nada se hace bruscamente. La vieja levadura dejará todavía, durante cierto tiempo, huellas que se borrarán poco a poco. Cuando los Espíritus nos manifiestan —y lo hacen en todas partes— que estamos aproximándonos a ese momento, no creáis que seremos testigos de una transformación visible; quieren decir que estamos en el momento de la transición; que asistimos a la partida de los Espíritus antiguos y a la llegada de los nuevos, que vienen a fundar el nuevo orden de cosas, es decir, el reino de la justicia y de la caridad, que es el verdadero reino de Dios, anunciado por los profetas, y cuyos caminos el espiritismo ha venido a preparar.

Como veis, señores, ya estamos muy lejos de las mesas giratorias; sin embargo, ¡apenas unos pocos años nos separan de esa cuna del espiritismo! La persona que hubiera sido suficientemente audaz, en ese entonces, para predecir lo que este

5. Véase la *Revista Espírita*, Año V, N° 1, enero de 1862: “Ensayo de interpretación sobre la doctrina de los ángeles caídos” (N. de Allan Kardec). Véase, también, *La génesis, los milagros y las predicciones según el espiritismo*, Cap. XVIII: “Los tiempos han llegado” (N. del T.)

es hoy, habría pasado por insensata ante sus propios adeptos. Al observar una diminuta semilla, ¿quién podría comprender –si no lo hubiese visto– que de allí saldría un árbol inmenso? Al observar al niño nacido en el establo de una humilde aldea de Judea, ¿quién hubiera podido imaginar que, sin el fausto ni el poder mundano, su simple voz conmovería al mundo, tan solo con la asistencia de algunos pescadores tan iletrados y pobres como Él? Lo mismo ocurre con el espiritismo que, surgido de un humilde y vulgar fenómeno, ya extiende sus raíces en todas direcciones, y cuyas ramas en breve abarcarán la Tierra entera. Eso se debe a que las cosas avanzan de prisa cuando Dios así lo quiere, y ¿quién no vería allí el dedo de Dios, si se tiene en cuenta que nada ocurre sin su voluntad?

Si observáis la marcha irresistible de los acontecimientos, podéis decir también, como lo hicieron los cruzados, cuando se dirigían hacia la conquista de la Tierra Santa: *¡Dios lo quiere!* pero con esta diferencia: ellos avanzaban llevando en sus manos hierro y fuego, mientras que vosotros solo tenéis el arma de la caridad que, en vez de causar heridas mortales, derrama un bálsamo saludable sobre los corazones doloridos. Y con esta arma pacífica, que destella ante los ojos como un rayo divino, y no como un hierro mortífero; que siembra la esperanza, y no el temor, habréis conducido –al cabo de algunos años– al aprisco de la fe a más ovejas descarriadas que lo que han podido hacer varios siglos de violencia y opresión. Eso se debe a que con la caridad como guía, el espiritismo avanza hacia la conquista del mundo.

El panorama que os he trazado, ¿es una quimera, un sueño fantástico? No; la razón, la lógica, la experiencia, todo indica que es una realidad.

¡Espíritas! Sois los pioneros de esa gran obra. Haced dignos de tan gloriosa misión, cuyos primeros frutos ya estáis recogiendo. Predicad con las palabras, pero, sobre todo, predicad con el ejemplo; haced que, al veros, nadie pueda decir que las máximas que enseñáis son palabras vanas en vuestra boca. Seguid el ejemplo de los apóstoles, y obrad milagros, pues Dios os ha concedido ese don. No milagros que impresionen a los sentidos, sino milagros de caridad y de amor. ¡Sed buenos con vuestros hermanos, sed buenos con todo el mundo, sed buenos con vuestros enemigos! Seguid el ejemplo de los apóstoles, y expulsad los demonios, ya que tenéis poder para hacerlo, pues ellos pululan alrededor vuestro: son los demonios del orgullo, de la ambición, de la envidia, de los celos, de la codicia, de la sensualidad, que inspiran todas las malas pasiones y encienden entre vosotros la chispa de la discordia. Expulsadlos de vuestros corazones, a fin de que dispongáis de la fuerza necesaria para expulsarlos de los corazones ajenos. Haced esos milagros, y Dios os bendecirá, y las generaciones futuras os bendecirán, así como las actuales bendicen a los primeros cristianos, muchos de los cuales vuelven a vivir entre vosotros para asistir y cooperar al coronamiento de la obra del Cristo. Haced esos milagros, y vuestros nombres serán inscriptos gloriosamente en los anales del espiritismo. No opaquéis ese brillo con sentimientos y actos indignos de los verdaderos espíritas, de los espíritas cristianos. Despojaos, cuanto antes, de todo lo que pueda aún quedar en vosotros del viejo fermento. Considerad que de un momento para otro, mañana mismo tal vez, el ángel de la muerte puede venir a golpear a vuestra puerta y deciros: *Dios te llama para que le rindas cuenta de lo que has hecho con su palabra, con la palabra de su Hijo, que Él te ha hecho repetir por*

intermedio de sus Espíritus buenos. Estad, pues, siempre preparados para partir, y no hagáis como el viajero imprudente, que es tomado desprevenido. Reunid vuestras provisiones con anticipación, es decir, provisiones de buenas obras y de buenos sentimientos, porque infeliz es aquel a quien el momento fatal sorprende con odio, con envidia o con celos en el corazón; tendrá por escolta a los Espíritus malos, que se regocijarán con las desventuras que le aguardan, porque tales desventuras serán obra suya. Ya sabéis, espíritas, cuáles son esas desgracias, pues aquellos mismos que las padecen llegan hasta vosotros para describir sus padecimientos. A aquellos que, por el contrario, se presenten puros, los Espíritus buenos acudirán para tenderles la mano, diciéndoles: ¡Hermanos, sed bienvenidos a la celeste morada, donde os aguardan cánticos de alegría!

Vuestros adversarios podrán burlarse de vuestras creencias en los Espíritus y en sus manifestaciones, pero no se burlarán de las cualidades que esas creencias confieren; no se reirán cuando vean que los enemigos se perdonan, en vez de odiarse; que la paz renace entre parientes que estaban desunidos, que el incrédulo de ayer pronuncia plegarias, que el hombre violento y colérico se tornó afable y pacífico, que el disoluto se convirtió en un hombre comedido y en un buen padre de familia, que el orgulloso que se ha vuelto humilde, y que el egoísta practica la caridad; no se reirán cuando comprendan que ya no tienen que temer la venganza de sus enemigos, pues estos se han convertido en espíritas; el rico no se burlará cuando vea que el pobre ya no siente envidia de su fortuna, y el pobre bendecirá al rico —que se habrá vuelto más humano y más generoso—, en vez de tener celos de él; los jefes ya no se burlarán de sus subordinados, ni los *molestarán* más cuando constaten que se han vuelto más escrupulosos y más

conscientes en el cumplimiento de sus deberes; por último, los patronos alentarán a sus empleados y administradores cuando los vean, bajo el imperio de la fe espírita, más fieles, con más dedicación y más sinceros. Todos dirán que el espiritismo es bueno para algo, aunque solo lo sea para salvaguardar sus intereses materiales: en ese caso, tanto peor para ellos, que no han querido ver más allá. Bajo el dominio de esa misma fe, el militar es más disciplinado, más humano, resulta más fácil conducirlo; tiene el sentimiento del deber, y obedece más por la razón que por el temor. Eso es lo que constatan todos los jefes imbuidos de esos principios, y son numerosos. Por eso se empeñan para que ningún obstáculo se oponga a la propagación de tales ideas entre sus subordinados.

He aquí, señores que os burláis, lo que produce el espiritismo, esta utopía del siglo diecinueve, parcialmente aún, es verdad, pero cuya influencia ya se reconoce. Los hombres pronto comprenderán que tienen todo para ganar con su promulgación; que su influencia es una garantía de seguridad para las relaciones sociales, porque es el más poderoso freno para las malas pasiones, para las efervescencias descontroladas, porque muestra el lazo de amor y de fraternidad que debe unir al grande con el pequeño y al pequeño con el grande. Haced, pues, que gracias a vuestro ejemplo pronto pueda decirse: ¡Plazca a Dios que todos los hombres sean espíritas de corazón!

Queridos hermanos espíritas, vengo a mostraros el camino, a haceros ver el objetivo. ¡Puedan mis palabras, por más débiles que sean, permitir que comprendáis su magnitud! Pero otros vendrán después de mí, que os lo mostrarán también, y cuya voz, más poderosa que la mía, tendrá para las naciones el estruendo resonante de la trompeta. En efecto,

hermanos míos, pronto van a surgir entre vosotros Espíritus mensajeros de Dios, para instalar su reino en la Tierra, y los reconoceréis por su sabiduría y por la autoridad de su lenguaje. Ante su voz, los incrédulos y los impíos serán dominados por la sorpresa y el estupor, e inclinarán la cabeza, pues no osarán tratarlos de locos. ¡Mis hermanos, no puedo revelaros aún todo lo que nos depara el futuro! Pero se aproxima la época en que todos los misterios serán develados, para confundir a los malos y glorificar a los buenos.

Así pues, mientras aún hay tiempo, vestíos con la túnica blanca: acallad todas las discordias, pues las discordias pertenecen al reino del mal, que va a finalizar. Que os sea posible reuniros todos en una misma familia y concederos, desde el fondo del corazón y sin segunda intención, el nombre de hermanos. Si entre vosotros hubiera disidencias, causas de antagonismo; si los grupos, que deben marchar todos hacia un objetivo común, estuvieran divididos, os lo digo con pesar, sin preocuparme por las causas, sin analizar quién ha cometido los primeros errores, me colocaría, sin vacilar, del lado de aquel que tenga más caridad, es decir, más abnegación y verdadera humildad, pues aquel a quien le falta la caridad está siempre equivocado, aun cuando le asista algún tipo de razón, y Dios reprueba a todo aquel que dice a su hermano: *Racca*.⁶ Los grupos son individuos colectivos que deben vivir en paz, como los individuos, si realmente son espíritas; son los batallones de la gran falange. Ahora bien, ¿en qué se convertiría una falange cuyos batallones estuvieran divididos? Aquellos que mirasen a los otros con ojos celosos estarían probando, solo por eso, que se encuentran bajo una influencia perjudi-

6. Véase *El Evangelio según el espiritismo*, Cap. IX, § 3 y 4; Cap. XII, § 12. (N. del T.)

cial, puesto que el Espíritu del bien no puede producir el mal. Como sabéis: se reconoce al árbol por sus frutos. Ahora bien, el fruto del orgullo, de la envidia y de los celos es un fruto envenenado, que aniquila a quien se nutre con él.

Lo que expreso acerca de las disidencias entre los grupos, vale también para las que pudiesen existir entre los individuos. En tal circunstancia, la opinión de personas imparciales es siempre favorable a aquel que da pruebas de mayor grandeza y generosidad. Aquí, en la Tierra, donde nadie es infalible, la indulgencia recíproca es una consecuencia del principio de caridad, que nos induce a obrar para con los otros como nos gustaría que los otros lo hiciesen para con nosotros. Ahora bien, sin indulgencia no hay caridad; sin caridad no hay un verdadero espírita. La moderación es una de las señales características de ese sentimiento, así como la acrimonia y el rencor son su negación; con aspereza y espíritu vengativo se echan a perder las mejores causas, mientras que con moderación las fortalecemos, si ya estamos de su lado; o comenzamos a participar de ellas, si aún no lo hemos hecho. Así pues, si tuviese que opinar en una divergencia, me preocuparía menos con la causa y más con las consecuencias. La causa, sobre todo en las querellas de palabras, puede ser el resultado de un primer impulso, al que no siempre se consigue dominar; la conducta ulterior de los dos adversarios es el resultado de la reflexión: ellos obran a sangre fría, y es entonces cuando se forja el verdadero carácter habitual de cada uno. Una mala cabeza y un buen corazón van a la par muy a menudo, pero *rencor y buen corazón son incompatibles*. Mi medida de apreciación sería, pues, la *caridad*; es decir, que observaría quién es el que habla menos mal de su adversario, quién es más moderado en sus recriminaciones. Con esta medida Dios nos juzgará, pues Él

será indulgente con quien haya sido indulgente, e inflexible con quien haya sido inflexible.

La caridad traza un camino claro, infalible e inequívoco. Podríamos definirla de esta manera: *Sentimiento de benevolencia, de justicia y de indulgencia para con el prójimo, basado en lo que querríamos que el prójimo hiciera por nosotros.* Si la adoptamos como guía, podemos estar seguros de que no nos apartaremos del camino recto, aquel que conduce a Dios. Toda persona que desee, de manera sincera y seria, trabajar por su propio mejoramiento, debe analizar la caridad en sus más minuciosos detalles, y adecuar a ella su conducta, pues es posible aplicarla en todas las circunstancias de la vida, sean pequeñas o grandes. Cuando estemos en duda acerca de qué partido tomar en interés ajeno, bastará con que interroguemos a la caridad, y ella responderá siempre de manera justa. Lamentablemente, la mayoría de las veces escuchamos la voz del egoísmo.

Sondead, pues, la intimidad de vuestra alma, para arrancar de ella los últimos vestigios de las malas pasiones, si todavía quedaran; y si experimentarais algún resentimiento contra alguien, apresuraos para sofocarlo y decidle: *Hermano, olvidemos el pasado; los Espíritus malos nos habían separado; ¡que los buenos nos reúnan!* Si él rechazara la mano que le tendéis, entonces lamentadlo, pues Dios le dirá a su vez: ¿Por qué pides perdón, tú que no has perdonado? Apresuraos, pues, para que no se os puedan aplicar estas fatales palabras: ¡Es demasiado tarde!

Tales son, queridos hermanos espíritas, los consejos que tengo para daros. La confianza que habéis tenido a bien concederme es una garantía de que estos darán frutos provechosos. Los Espíritus buenos que os asisten os dicen todos los días

las mismas cosas, pero consideré un deber exponerlas en conjunto, para destacar mejor sus consecuencias. Vengo, pues, en nombre de ellos, a recordaros la práctica de la gran ley de amor y de fraternidad, que en breve deberá regir el mundo y hacer que en él reinen la paz y la concordia, bajo el estandarte de la caridad para con todos, sin acepción de sectas, de castas ni de colores.

Con este estandarte, el espiritismo será el lazo de unión que aproximará a los hombres divididos por las creencias y por los prejuicios mundanos. Él derribará las más poderosas barreras que separan a los pueblos: el antagonismo nacional. A la sombra de esa bandera, que será su punto de reunión, los hombres se habituarán a ver como hermanos a aquellos a los que solo veían como enemigos. Hasta entonces habrá luchas, porque el mal no suelta fácilmente su presa, y los intereses materiales son tenaces. No cabe duda de que vosotros no veréis con los ojos del cuerpo la concreción de esa obra, a la cual contribuís, aunque ese momento no esté muy lejano. Los primeros años del siglo venidero deben indicar esa era nueva, cuyos caminos son preparados por esta que llega a su fin. No obstante, gozaréis con los ojos del Espíritu el bien que hayáis hecho, así como los mártires del cristianismo se regocijaban al ver los frutos producidos por su sangre derramada. Coraje, pues, y perseverancia. No os desaniméis ante los obstáculos: un campo no se vuelve fértil sin sudor. Del mismo modo que un padre, incluso en la vejez, construye una casa para sus hijos, creed que estáis erigiendo, para las generaciones futuras, un templo dedicado a la fraternidad universal, en el cual las únicas víctimas inmoladas serán el egoísmo, el orgullo y todas las malas pasiones que han ensangrentado a la humanidad.

Instrucciones particulares

trasmitidas a los grupos en respuesta a algunas de las preguntas formuladas⁷

I

Hay un punto acerca del cual considero un deber llamar vuestra atención. Quiero hablaros de las sórdidas maniobras de los adversarios del espiritismo, quienes, después de haberlo atacado abiertamente —aunque en vano—, intentan hacerlo a sus espaldas. Se trata de una táctica contra la cual es preciso que estéis prevenidos.

-
7. En la *Revista Espírita* de septiembre de 1862, poco antes de realizar su viaje, Allan Kardec publica la siguiente nota, dirigida “A los centros espíritas que habremos de visitar”: *La cantidad de centros que nos proponemos visitar, así como la extensión del trayecto, no nos permitirán dedicarle a cada uno de ellos el tiempo que quisiéramos. Por eso nos pareció oportuno aprovechar el tiempo disponible con miras a la instrucción. Para tal fin, nos proponemos responder, en la medida de lo posible, las preguntas acerca de temas que requieran esclarecimiento. Hemos observado que, cuando hacemos esa propuesta durante las reuniones, por lo general las personas no saben qué preguntarnos, y muchas de ellas se quedan calladas por timidez o por alguna otra dificultad para formular sus ideas. Para evitar ese doble inconveniente, les solicitamos que dichas preguntas sean preparadas con anticipación, por escrito, y que se nos entregue el listado antes de cada reunión. Así podremos clasificarlas metódicamente y evitar las repeticiones, a fin de responderlas del modo más satisfactorio para todos, al mismo tiempo que refutamos las objeciones a la doctrina espírita.* (N. del T.)

Como sabéis, han combatido al espiritismo por todos los medios posibles: lo atacaron en nombre de la razón, de la ciencia y de la religión. Nada les resultó satisfactorio. Lo cubrieron con el ridículo a manos llenas, pero el ridículo se deslizó sobre él como agua sobre el mármol. No han tenido más éxito con la amenaza ni con la persecución. Si bien encontraron algunas cañas, también se toparon con robles, a los que no pudieron abatir; tampoco consiguieron debilitar ni una sola convicción. ¿Suponéis que sus enemigos se han rendido? ¡No! Les quedan aún dos recursos que, como esperamos, no les resultarán mejores, gracias al buen sentido y a la vigilancia de los verdaderos espíritas, quienes sabrán preservarse de los enemigos internos tanto como han sido capaces de repeler a los externos.

Puesto que no han logrado poner en ridículo al espiritismo, invulnerable bajo la égida de su sublime moral, intentan ahora ridiculizar a los espíritas, es decir, provocar actos ridículos en algunos espíritas o en los que *se presentan como tales*, o bien hacer responsables a todos por los actos de unos pocos. Lo que desean, sobre todo, es vincular los términos *espírita*, *espiritismo* y *médium*, con los embaucadores, los prestidigitadores, los nigromantes y los decidores de la buenaventura, y no les sería difícil encontrar compinches complacientes para que los ayuden, empleando símbolos místicos o cabalísticos para justificar lo que han osado declarar en algunos periódicos: que los espíritas se dedican a las prácticas de la magia y de la hechicería, y que sus reuniones son un resurgimiento del aquelarre. A raíz del cartel de un saltimbanco, que anunciaba las representaciones de médiums norteamericanos y de otras nacionalidades —según lo publica el *Hércules del Norte*—, ellos se frotan las manos y manifiestan a grito limpio que el

respetable espiritismo no tiene más remedio que subirse a un escenario.

Los verdaderos espíritas, por cierto, jamás les darán esa satisfacción, y las personas razonables siempre van a saber establecer la diferencia entre lo serio y lo burlesco; con todo, eso no significa que no deban estar precavidos contra cualquier incitación que pudiera dar pie a la crítica. En ese caso, es preciso que se eviten, incluso, las apariencias. Un aspecto de suma importancia, que equivale a un desmentido formal a esas alegaciones de la maledicencia, es el desinterés. ¿Qué podrá decirse de personas que todo lo hacen sin que medie un pago, y hasta con devoción? ¿Cómo tratarlos de embaucadores, si nada exigen, si no viven del espiritismo, como otros viven de su profesión, razón por la cual no tienen ningún interés en cometer fraude y, por el contrario, su creencia es una oportunidad para los sacrificios y la abnegación, lejos de la búsqueda de honores y ventajas? Lo reitero: el desinterés moral y material será siempre la respuesta más concluyente que se pueda dar a los detractores de la doctrina espírita. Por esa razón, ellos quedarían muy satisfechos si encontraran pretextos para quitarles ese prestigio, aun cuando tuviesen que pagar a algunas personas para que representen una comedia. Proceder de otra forma sería, pues, entregarles armas. ¿Queréis la prueba? Aquí está lo que se lee en un artículo del *Courrier de l'Est*, un periódico de Bar-le-Duc, que tuvieron el cuidado de transcribir en el *Courrier du Lot*, un periódico de Cahors, así como en otras varias publicaciones cuyo deseo no era otro que encontrar algo para criticarnos:

“...El espiritismo tiene como partidarios tres clases perfectamente diferenciadas de individuos: los que *viven de él*, los que se divierten con él y los que creen en él. Magistrados, mé-

dicos, personas serias, se dedican también a este defecto, inocente para ellos, pero mucho menos para la clase de individuos que *viven del espiritismo*. Los médiums constituyen hoy en día una categoría de *industriales no registrados, pero que se dedican al comercio, un verdadero comercio, como os explicaré...*”

Sigue un extenso artículo amenizado con bromas poco espirituosas, en el cual se describe una sesión a la que asistió el autor, y donde se lee el pasaje siguiente, referido a una madre que solicitaba una comunicación de su hija: “Y la mesa se dirigió hacia la infeliz madre, que se contorsionaba en espasmos nerviosos. Cuando se recompuso de la emoción, le entregaron una copia del mensaje, *con un costo de veinte francos*, lo que no es excesivo, ya que se trata de las palabras de una hija adorada”.

Si diéramos crédito al autor del artículo, la sesión no se desarrolló de un modo que exigiera mucho respeto y recogimiento, pues él agrega:

“El señor que interrogaba a los Espíritus no me pareció tan digno como lo requería la situación de los interlocutores, pues se conducía con tanta circunspección como la que hubiera necesitado para deshuesar una pata de cordero en la mesa de un albergue de Batignolles”.

Lo peor de todo es que haya dicho que vio que se ponía precio a las manifestaciones. Sin embargo, no podemos más que lamentar el hecho de que se haya juzgado una obra por su parodia. Además, eso es lo que hace la mayoría de los críticos; después dicen: *Ya lo vi*.

Esos abusos, como he dicho, son excepciones, y excepciones raras; si hago mención a esto con insistencia, es porque son los hechos que mayormente dan pie a la malevolencia, en

caso de que ellos mismos no sean obra de una malevolencia premeditada. Además, no podrían propagarse en medio de una inmensa mayoría integrada por personas serias, que comprenden la verdadera misión del espiritismo y las obligaciones que este impone; su esencia implica la dignidad y la seriedad. Así pues, para esas personas es un deber declinar toda solidaridad con los abusos que podrían comprometerlo, así como dejar en claro que no se convertirán en defensoras de tales hechos, ni delante de la justicia ni ante la opinión pública.

Sin embargo, este no es el único escollo. He mencionado que los adversarios tienen otra táctica para alcanzar sus fines: la de sembrar la desunión entre los adeptos, atizando el fuego de las pasiones mezquinas, de los celos y de los rencores; promoviendo la gestación de cismas; suscitando causas de antagonismo y de rivalidad entre los grupos, para inducirlos a que formen diversos partidos. Y no vayáis a creer que serán los enemigos declarados los que obrarán de esa forma, ¡estos se resguardarán! Son los supuestos amigos de la doctrina y, a menudo, los más fervorosos en apariencia. Muchas veces incluso, hábilmente, harán que amigos verdaderos, pero débiles, saquen las castañas del fuego con sus propias manos; amigos a los cuales engañaron, que procederán de buena fe y sin desconfianza. Recordad que la lucha no ha concluido, y que el enemigo está aún ante vuestra puerta; permaneced alertas, a fin de que él no os sorprenda en falta. En caso de duda, tenéis un faro que no os puede confundir: la *caridad*, que nunca es equívoca. Considerad, pues, de origen sospechoso todo consejo, toda insinuación que tienda a sembrar entre vosotros los gérmenes de la discordia, y a desviaros del camino recto, que os enseña la caridad en todo y para con todos.

II

¿No sería de desear que los espíritas tuviesen una fórmula convenida, una seña cualquiera para reconocerse cuando se encuentran?

Los espíritas no constituyen una sociedad secreta ni una corporación. No deben, pues, tener una seña secreta para que se los reconozca. Como nada hay en lo que enseñan o practican que no pueda ser del conocimiento de todo el mundo, nada tienen que ocultar. Una seña o una fórmula podrían, además, ser utilizadas por falsos hermanos. Con algo así no estaríais más adelantados.

No obstante, vosotros tenéis una seña que es comprendida desde un extremo al otro del mundo: la *caridad*. Si bien esa palabra puede ser pronunciada fácilmente por todos, la verdadera caridad no se puede falsificar. A través de la práctica de la verdadera caridad reconoceréis, siempre, a un hermano, aun cuando no sea espírita, y debéis tenderle la mano, porque si él no compartiera vuestras creencias, no por eso dejaría de ser para con vosotros menos benevolente y tolerante.

Por lo demás, una seña de reconocimiento es innecesaria en la actualidad, dado que el espiritismo ya no se oculta. Para aquel que no tiene el coraje de declarar su opinión, sería inútil, puesto que nadie se serviría de ella; en cuanto a los demás, se dan a conocer hablando sin temor.

III

Algunas personas ven en el espiritismo un peligro para las clases poco instruidas, las cuales, dado que no logran comprenderlo

en su pureza esencial, podrían desnaturalizar esa esencia y hacer que degeneren en una superstición. ¿Qué les respondemos?

Podría decirse otro tanto de las cosas más útiles. Si se suprimiera todo aquello de lo que se puede hacer mal uso, no sé qué es lo que quedaría, comenzando por la prensa, con cuyo auxilio se pueden difundir doctrinas perniciosas, mediante la lectura, la escritura, etc. Se podría incluso preguntar a Dios por qué les ha dado la lengua a ciertas personas. Se comete abuso de todo, hasta de las cosas más sagradas. Si el espiritismo hubiese surgido de la clase ignorante, nadie duda de que se habrían mezclado con él muchas supersticiones; pero nació en la clase instruida y, en la actualidad, solo después de que allí fuera elaborado y purificado, penetra en las capas inferiores, adonde llega despojado, tanto por la experiencia como por la observación, de toda mezcla perjudicial. Lo que realmente podría convertirse en algo peligroso para el vulgo, es el charlatanismo. Por eso, todos los cuidados resultan escasos para combatir la explotación —una fuente inevitable de abusos— a través de todos los medios posibles.

Ya no estamos en la época de los parias con relación a los conocimientos, cuando se decía: ¡Esto es bueno para unos; aquello es bueno para otros! La luz penetra en el taller, e incluso en la choza, a medida que el sol de la inteligencia se eleva en el horizonte y emite sus rayos con mayor intensidad. Las ideas espíritas acompañan el movimiento; están en el aire y nadie tiene poder para detenerlas; lo que hace falta es orientar su curso. El punto capital del espiritismo es el aspecto moral; debemos esforzarnos para hacer que eso se comprenda, y es notable el hecho de que, por lo general, así se lo considera actualmente, incluso en la clase menos ins-

truida. Por eso su efecto moralizador es evidente. Veamos un ejemplo entre miles:

Durante mi permanencia en Lyon, mientras presenciaba una reunión espírita, un hombre que vestía ropa de trabajo se puso de pie en el fondo del salón y dijo: “Señor, seis meses atrás yo no creía en Dios ni en el diablo, como tampoco en mi alma; estaba convencido de que cuando morimos todo se acaba; no temía a Dios, pues no creía en él; no temía a las penas futuras, pues según mi parecer todo concluía junto con la vida. Debo confesaros que no oraba, y que desde mi primera comunión no había vuelto a poner los pies en una iglesia; además, era violento y exaltado. En fin, a nada temía, *ni siquiera a la justicia humana*. Seis meses atrás, así era yo. Entonces el espiritismo llegó; luché durante dos meses; pero leí, comprendí y no pude negar la evidencia. Una verdadera revolución se produjo en mí. Ahora ya no soy el mismo hombre. Oro todos los días y voy a la iglesia. En cuanto a mi carácter, ¡preguntadles a mis camaradas si cambié! Antes me irritaba con todo, una insignificancia me exasperaba; ahora estoy tranquilo y feliz, y bendigo a Dios por haberme enviado la luz”.

¿Comprendéis de qué es capaz un hombre que llegó al punto de no temerle siquiera a la justicia humana? ¿Es posible negar el efecto saludable del espiritismo sobre él? Hay miles como él. Por más ignorante que sea, no por eso dejó de comprenderlo. Eso se debe a que el espiritismo no es una teoría abstracta, que solo se dirige a los sabios; habla al corazón, y para comprender el lenguaje del corazón no hay necesidad de un diploma. Hacedlo ingresar por este camino, en el desván y en la choza, y hará milagros.

IV

Dado que el espiritismo vuelve mejores a los hombres y conduce a los incrédulos a la creencia en Dios, en el alma y en la vida futura, solo puede hacer el bien. ¿Por qué, entonces, tiene enemigos, y por qué aquellos que no creen en esos principios no lo dejan tranquilo?

El espiritismo tiene enemigos, como los tiene cualquier idea nueva. Una idea instalada sin oposición sería un hecho milagroso. Además, cuanto más falsa y absurda sea, menos adversarios encontrará, mientras que los tendrá en una cantidad mucho mayor cuanto más legítima, justa y útil se la considere. Esta es una consecuencia lógica del estado actual de la humanidad. Toda idea nueva viene, necesariamente, a reemplazar a una idea antigua. Si es falsa, ridícula o impracticable, nadie se inquietará por ella, puesto que instintivamente se comprenderá que no tiene vitalidad y se la dejará morir naturalmente; pero si es justa y fecunda, infundirá temor a aquellos que, por cualquier motivo, por orgullo o por interés material, estén interesados en conservar la idea antigua, y estos la combatirán con tanto mayor ardor cuanto más temible les parezca. Mirad la Historia, la industria, las ciencias, las religiones: por todas partes encontraréis la aplicación de este principio. Pero la Historia también os dice que ante la verdad absoluta de una idea, nada prevalece. Esa idea se instala, quiérase o no, cuando los hombres están maduros para aceptarla. Es preciso, entonces, que sus adversarios la reconozcan, pues no pueden proceder de otro modo; y causa extrañeza observar que a menudo ellos se vanaglorian de haber sido los primeros a quienes se les ocurrió.

Se puede, en general, juzgar la importancia de una idea por la oposición que esta suscita. Supongamos que al llegar a un país desconocido os enteráis de que sus habitantes se preparan para rechazar al enemigo que pretende invadirlos. Ahora bien, si solo envían a la frontera a cuatro soldados y un cabo, supondréis que el enemigo no es tan temible. Distinto sería si enviaran numerosos batallones con todos los pertrechos para la guerra. Lo mismo ocurre con las ideas nuevas. Anunciad un sistema francamente ridículo e impracticable, que no afecte los intereses más importantes de la sociedad, y nadie pensará en combatirlo. Por el contrario, si ese sistema está fundado en la lógica y el buen sentido, si gana adeptos, las personas inteligentes se inquietarán, y todos aquellos que viven al amparo del antiguo orden vigente apuntarán contra ese nuevo sistema sus más poderosas baterías. Tal es la historia del espiritismo. Aquellos que lo combaten con más obstinación, no lo hacen como si se tratara de una idea falsa; si así fuera, ¿por qué dejan pasar tantas otras sin decir nada? Combaten al espiritismo porque sus principios los atemorizan. Ahora bien, no se teme a un mosquito, pese a que algunas veces se haya visto que un mosquito derriba a un león.

Observad la sabiduría providencial en todas las cosas: nunca una idea nueva, de cierta importancia, se presenta súbitamente con toda su fuerza, sino que crece poco a poco y se infiltra en los hábitos. Así ocurre con el espiritismo —al cual podemos denominar, sin presunción alguna, la idea principal del siglo diecinueve, y más tarde se verá si nos hemos equivocado—, que comenzó a partir del inocente fenómeno de las mesas giratorias. Era un *niño*, con el cual jugaron sus más crueles adversarios, y gracias a ese entretenimiento se introdujo en todas partes. Pero el niño creció rápidamente; hoy es

adulto y ocupa su lugar en el mundo filosófico. Ya no juegan con él; lo examinan y lo combaten. Si fuese una falsedad o una utopía, no habría dejado los pañales.

V

Si bien la crítica no ha impedido que el espiritismo avance, ¿su progreso no habría sido aún más rápido en caso de que ella hubiese guardado silencio?

Ir más deprisa sería difícil. Creo, por el contrario, que el espiritismo habría progresado menos, pues la crítica ha sido su más importante propagandista. Al avanzar a pesar de los ataques, la doctrina demostró su propia fuerza, pues caminó apoyándose solo en sí misma, sin otra arma más que el poder de la idea. El soldado que alcanza el reducto a través de una lluvia de balas, ¿no tiene más mérito que aquel ante el cual el enemigo abre sus filas para dejarlo pasar? Con su oposición, los adversarios del espiritismo le han concedido prestigio, por la lucha y por la victoria.

VI

Existe algo aún más perjudicial para el espiritismo que los ataques apasionados de sus enemigos: se trata de lo que los pretendidos adeptos publican en su nombre. Algunas de las publicaciones son realmente lamentables, porque presentan acerca del espiritismo una idea falsa y lo exponen al ridículo. Nos preguntamos por qué Dios permite esas cosas y no instruye a todos los

hombres por igual. ¿Hay alguna manera de remediar ese inconveniente, que nos parece uno de los mayores escollos de la Doctrina?

Esta cuestión es seria, y requiere algunas explicaciones. Diré, en primer lugar, que no hay una sola idea nueva —sobre todo cuando tiene cierta importancia— que no encuentre obstáculos. ¿Acaso el propio cristianismo no fue herido en la persona de su fundador —al que trataron de impostor— y en la de sus primeros apóstoles? ¿Acaso no había entre sus propagadores personas indisciplinadas y rebeldes? ¿Por qué, pues, el espiritismo habría de ser privilegiado?

A continuación, diré que aquello que consideráis un mal es, en definitiva, un bien. Para comprenderlo no basta con mirar el presente sino, sobre todo, el futuro. La humanidad está afligida por muchos males que la corroen, los cuales tienen origen en el orgullo y en el egoísmo. ¿Pretendéis curarla instantáneamente? ¿Suponéis que esas pasiones, que reinan soberanas sobre ella, se dejarán destronar con facilidad? No; ellas levantan la cabeza para morder a los que vienen a perturbar su tranquilidad. Tal es, no lo dudéis, la causa de ciertas oposiciones. La moral del espiritismo no a todos les resulta conveniente; como no se atreven a atacarla, apuntan a su fuente.

No cabe duda de que el espiritismo ha promovido reformas morales milagrosas, pero suponer que esa transformación pueda ser súbita y universal, implica no conocer a la humanidad. Entre los creyentes los hay que, como he dicho, apenas ven la superficie del espiritismo, y no comprenden su objetivo esencial. Sea por falta de juicio o por orgullo, de él aceptan solamente lo que los halaga, y rechazan lo que los humilla. No debéis sorprenderos, pues, de que algunos espíritas lo in-

terpreten en sentido contrario. Eso puede ser desalentador en el presente, pero ya he dicho que no tendrá mayores consecuencias en el futuro.

Me preguntáis por qué Dios no impide los errores. Preguntadle a Él, entonces, ¿por qué no creó perfectos a los hombres, desde el principio, en lugar de otorgarles el trabajo y el mérito de que se perfeccionen? ¿Por qué no hizo que el niño nazca adulto, dotado de raciocinio, instruido, en vez de dejarlo que adquiera experiencia a través de la vida? ¿Por qué el árbol solo alcanza su completo desarrollo al cabo de largos años, y el fruto solamente madura cuando ha llegado la estación propicia? Preguntadle, ¿por qué el cristianismo —que es su ley y su obra— ha padecido tantas fluctuaciones desde su nacimiento? ¿Por qué ha permitido que los hombres se sirvieran de su nombre sagrado para cometer tantos abusos, incluso crímenes, y derramar tanta sangre? Nada se realiza brusca-mente en la naturaleza; todo marcha de modo gradual, de conformidad con las leyes inmutables del Creador, y esas leyes conducen invariablemente hacia el objetivo que Él se propuso. Ahora bien, la humanidad *en la Tierra* es joven aún, pese a la pretensión de sus doctores. El espiritismo, también, apenas acaba de nacer. Como veis, crece deprisa y disfruta de una excelente salud. No obstante, es preciso que le deis tiempo para alcanzar la edad viril. Os he dicho además que los desvíos de los que os lamentáis tienen su lado bueno; son los Espíritus mismos quienes vienen a explicarlo. Este es un párrafo de una comunicación que han dado al respecto:

Los espíritas instruidos deben felicitar-se por el hecho de que las ideas falsas y contradictorias se hayan revelado desde el principio, porque son combatidas, se convierten en ruina y se consumen durante el período de la infancia del espiritismo. Una vez que

esté expurgado de todas esas cosas perjudiciales, resplandecerá con un brillo más intenso, y marchará con paso más firme cuando haya alcanzado su pleno desarrollo.

A esa acertada apreciación, agrego que sucede como a un niño que, después de cometer diabluras, se porta bien. Sin embargo, para juzgar el efecto de esas disidencias, basta con observar los acontecimientos. ¿En qué se apoyan? En opiniones individuales que pueden congregar a algunas personas, dado que no existe idea —por más absurda que sea— que no encuentre partidarios. Con todo, se juzga su valor por la preponderancia que adquiere. Ahora bien, ¿dónde habéis visto que las ideas de las que hablamos hayan alcanzado una mínima preponderancia? ¿Dónde visteis que hayan hecho escuela, amenazando con la cantidad de adeptos la bandera que adoptasteis? En ninguna parte. Lejos de eso, las ideas divergentes ven incesantemente cómo disminuyen sus partidarios, para adherir a la unidad que constituye una ley para la inmensa mayoría, cuando no para la totalidad. De todos los sistemas que han surgido a partir del origen de las manifestaciones, ¿cuántos son los que permanecen en pie? Entre esos sistemas existe uno que, en cierta ciudad, hace pocos años, había adquirido enormes dimensiones; contad sus adeptos al día de hoy. ¿Suponéis que si fuese verdadero no habría crecido y absorbido a sus rivales? En semejante caso, el asentimiento numeroso es un índice que no puede engañar. En cuanto a mí, os aseguro que si la doctrina de la cual me hice propagador fuese rechazada de modo unánime; si en vez de su crecimiento hubiese visto que declinaba; si otra teoría más racional hubiese conquistado mayores simpatizantes, demostrando perentoriamente el error del espiritismo, yo consideraría como una orgullosa puerilidad el hecho de aferrarme a una

idea falsa, dado que, ante todo, la verdad no puede ser una cuestión personal ni de amor propio; de modo que yo sería el primero en decirlo: *Hermanos míos, ahí está la luz; seguidla; os doy mi propio ejemplo.*

Por lo demás, el error a menudo lleva implícito su propio remedio, y su reinado no puede ser eterno. Tarde o temprano, deslumbrado por unos pocos éxitos efímeros, es víctima de una especie de vértigo, y se inclina ante las aberraciones que precipitan su caída. Esto es verdadero del principio al fin. Vosotros deploráis las excentricidades de ciertos escritos, que son publicados en nombre del espiritismo. Por el contrario, deberíais bendecirlos, porque gracias a tales excesos el error fracasa. ¿Qué es lo que os impresiona en esos escritos? ¿Qué hay en ellos, que para vosotros constituye una causa de rechazo y que, muchas veces, os impide leerlos hasta el final? Lo que os choca violentamente es la falta de buen sentido. Si la falsedad de las ideas no fuese tan evidente, tan chocante, tal vez no la habríais notado, o tal vez os dejaríais seducir por ella, mientras que de este modo sois impresionados por los errores manifiestos, que se convierten en su antídoto.

Esos errores provienen casi siempre de Espíritus livianos, sistemáticos o pseudocientíficos, que se complacen en hacer que sus delirios y utopías sean editados por hombres a los cuales consiguieron engañar a tal punto que los han hecho aceptar con los ojos cerrados todo aquello que les sugirieron valiéndose de unos pocos granos de calidad en medio de la cizaña. Pero como esos Espíritus no poseen el verdadero saber ni la verdadera sabiduría, no pueden sostener durante mucho tiempo su rol, y su ignorancia los delata. Dios permite que afloren de sus comunicaciones errores tan groseros, cosas tan absurdas e incluso tan ridículas, ideas cuya falsedad es demos-

trada con tanta claridad por las más vulgares nociones de la ciencia, que acaban por arruinar el sistema y el libro.

No cabe la menor duda de que sería preferible que solo se publicaran buenos libros. Sin embargo, dado que no es así, no temáis por la influencia que esas obras ejercerán en el futuro. Ellas pueden encender momentáneamente un fuego de paja, pero cuando no se apoyan en una lógica rigurosa, ved en qué se transforman al cabo de algunos años, e incluso después de unos pocos meses. En tal caso, los libreros son un termómetro infalible.

Esto me lleva a deciros algunas palabras acerca de la publicación de las comunicaciones mediúmnicas.

La publicación tanto puede ser útil, si se hace con discernimiento, como perniciosa, en el caso contrario. Entre esas comunicaciones existen las que, por buenas que sean, solo interesan a aquellos que las obtienen, pues no ofrecen a los lectores ajenos más que banalidades. Otras apenas resultan de interés por las circunstancias en que fueron transmitidas, sin cuyo conocimiento son insignificantes. Esto solo traería inconvenientes para el bolsillo del editor. No obstante, más allá de eso, hay algunas que son evidentemente malas, tanto por el contenido como por el estilo, y que, con la firma de nombres respetables y apócrifos, contienen ideas absurdas o triviales, lo que por lógica se presta al ridículo y le proporciona armas a la crítica. Es peor aun cuando, al amparo de esos mismos nombres, formulan sistemas excéntricos, o groseras herejías científicas. No habría ningún inconveniente en publicar esa clase de comunicaciones, toda vez que estuvieran acompañadas de comentarios, ya sea para refutar los errores, o para recordar que son la expresión de una opinión individual, de la cual no se asume la responsabilidad. Podrían, incluso, tener un lado

instructivo, al poner en evidencia las aberrantes ideas a que se entregan ciertos Espíritus. No obstante, publicarlas pura y simplemente, equivaldría a presentarlas como una expresión de la verdad y a garantizar la autenticidad de las firmas, algo que el buen sentido no puede admitir; ese es el inconveniente. Dado que los Espíritus tienen libre albedrío y una opinión acerca de los hombres y de las cosas, es comprensible que haya comunicaciones a las que la prudencia y la conveniencia recomiendan hacer a un lado. En interés de la doctrina espírita conviene, pues, hacer una selección muy rigurosa en semejante caso, y eliminar con cuidado todo aquello que pueda, por una causa cualquiera, producir una mala impresión. El médium que se adaptara a esta regla podría hacer una compilación muy instructiva, que sería leída con interés, mientras que, si publicara todo lo que obtiene, sin método ni discernimiento, organizaría varios volúmenes detestables, cuyo menor inconveniente sería el de que no fueran leídos.

Es preciso que se sepa que, si bien el espiritismo serio patrocina con satisfacción y esmero toda obra elaborada en buenas condiciones, sin importar de dónde provenga, también repudia todas las publicaciones excéntricas. Aquellos espíritas empeñados en que la doctrina no resulte comprometida deben, pues, apresurarse a condenarlas, tanto más porque, si bien algunas de ellas son obra de la buena fe, otras pueden serlo de los enemigos del espiritismo, con la intención de desacreditarlo y dar motivo a acusaciones en su contra. Por eso, repito, es necesario que se conozca lo que él acepta y lo que rechaza.

VII

Cuando se consideran las sabias enseñanzas que transmiten los Espíritus, así como la gran cantidad de personas que son conducidas a Dios mediante sus consejos, ¿cómo es posible suponer que todo eso sea obra del demonio?

En ese caso, el demonio sería muy torpe, porque, ¿quién mejor que él para captar a los que no creen en Dios, ni en su alma, ni en la vida futura y, por consiguiente, obligarlos a que hagan lo que él quiera? ¿Acaso es posible que alguien esté más al margen de la Iglesia que aquel que no cree en nada, aunque haya sido bautizado? Así pues, el demonio no necesita hacer nada para atraer al incrédulo, y sería muy tonto si él mismo lo condujese a Dios, a la plegaria y a todas las creencias que podrían apartarlo del mal, por el simple placer de hacer que vuelva a caer en él. Esta doctrina brinda una muy desfavorable idea del diablo —al que se representa como un ser tan astuto—, y en realidad lo convierte en alguien muy poco temible. El hombre de la fábula *El pescador y el pececito* nos hace recordar su espíritu. ¿Qué se diría de alguien que dejara en libertad a un pájaro enjaulado, para volver a capturarlo más tarde? Eso no se justifica. Pero hay otra respuesta más seria.

Si solo el demonio puede manifestarse, lo hace tanto con el consentimiento como sin el consentimiento de Dios. Si lo hace sin ese permiso, es más poderoso que Dios. Si cuenta con el permiso, eso significa que Dios no es bueno, puesto que, otorgar al Espíritu del mal —con exclusión de todos los demás— el poder de seducir a los hombres, sin dar lugar a que los Espíritus buenos combatan su influencia, no constituye un acto de bondad ni de justicia. Eso sería peor aún si, de acuerdo con la opinión de esas personas, la suerte de los hom-

bres estuviese fijada irremediablemente después de la muerte, pues en ese caso Dios precipitaría —de modo voluntario y con conocimiento de causa— a sus criaturas en los tormentos eternos, armándoles verdaderas celadas. Como no es posible concebir a Dios sin la infinitud de sus atributos, suprimir o limitar uno solo de ellos sería su negación, pues eso implicaría la posibilidad de que existiera un ser más perfecto. De ese modo, dicha doctrina se refuta a sí misma, razón por la cual goza de muy poco crédito, incluso entre los indiferentes, para merecer alguna consideración. En breve, su época habrá pasado, y quienes la preconizan la abandonarán cuando verifiquen que ella les ocasiona más perjuicios que beneficios.

VIII

¿Qué debemos pensar acerca de la prohibición que Moisés impuso a los hebreos, para que no evoquen las almas de los muertos? ¿Qué consecuencia se podría extraer de ese hecho, en relación con las evocaciones actuales?

La primera consecuencia que puede extraerse de esa prohibición es la de que es posible evocar las almas de los muertos y conversar con ellas, porque la prohibición de hacer una cosa lleva implícita la posibilidad de llevarla a cabo. Por ejemplo, ¿sería necesario que se dictara una ley para prohibir que se vaya hasta la Luna?⁸

8. Es imposible que Allan Kardec, en 1862, previera la llegada del hombre a la Luna, lo que ocurrió recién en 1969. De lo contrario, no se habría valido de ese ejemplo para justificar su punto de vista.

Es realmente curioso ver que los enemigos del espiritismo acudan al pasado para reivindicar lo que consideran que puede serles de utilidad, y rechacen ese mismo pasado cada vez que este no les resulta conveniente. Si invocan la legislación de Moisés en esta circunstancia, ¿por qué no reclaman su aplicación integral? No obstante, dudo que alguno de ellos esté tentado de rescatar su código, sobre todo su código penal draconiano, tan pródigo en penas de muerte. ¿Será que suponen que Moisés tuvo razón en ciertos casos, y que se equivocó en otros? Pero, si así fuera, ¿por qué habría de tener razón precisamente en lo que concierne a las evocaciones? Alegan que Moisés dictó leyes apropiadas a su época y al pueblo ignorante y desobediente que conducía; pero esas leyes, acertadas en aquel tiempo, ya no se corresponden con nuestras costumbres ni con nuestra inteligencia. Eso es exactamente lo que decimos con respecto a la prohibición de las evocaciones. Para hacerlo, Moisés debe de haber tenido un motivo, que exponemos a continuación:

Los hebreos, en el desierto, se lamentaban efusivamente por la pérdida de las delicias de Egipto, y esa fue la causa de las sublevaciones incesantes que Moisés, en muchas ocasiones, solo pudo reprimir mediante el exterminio; de ahí la excesiva severidad de sus leyes. Debido a ese estado de cosas, se vio obligado a hacer que su pueblo rompiera con los usos y las costumbres que pudieran recordarle a Egipto. Ahora bien, una de las costumbres que los hebreos conservaban era la de las evocaciones, practicadas en ese país desde tiempos inmemoriales. Y eso no es todo. Esa costumbre, que aparentemente había sido bien comprendida y puesta en práctica con prudencia por parte de una reducida cantidad de iniciados en los misterios, había degenerado en abusos y supersticiones

entre el pueblo, que veía en ella tan solo un arte de adivinación, sin duda explotado por los charlatanes, como hoy en día lo hacen los decidores de la buenaventura. El pueblo hebreo, ignorante y grosero, de esa costumbre solo adoptó el aspecto abusivo. Por esa razón, al prohibir las invocaciones, Moisés concretó un acto de buena política y de sabiduría. Hoy en día las cosas ya no son de igual manera, y lo que en el pasado podía ser un inconveniente, ya no lo es en el estado actual de la sociedad. Sin embargo, nosotros también nos manifestamos en contra del abuso que se podría cometer en las relaciones de ultratumba, y afirmamos que es un sacrilegio, no por el hecho de que se establezcan relaciones con las almas de los que han vivido en la Tierra, sino por hacerlo con liviandad, de manera irreverente, o por especulación. Esa es la causa por la cual el verdadero espiritismo repudia todo lo que pudiese quitar a esas relaciones su carácter serio y religioso, pues ahí radica la verdadera profanación. Dado que las almas pueden comunicarse, solo lo hacen con el permiso de Dios, y no existe mal alguno en hacer lo que Dios permite. El mal, tanto en esta como en todas las cosas, se encuentra en el abuso y en el empleo indebido.

IX

¿Cómo podemos explicar este pasaje del Evangelio: “Surgirán falsos Cristos y falsos profetas, que harán grandes prodigios y cosas sorprendentes, para engañar incluso a los elegidos”? Los detractores del espiritismo convierten este pasaje en un arma contra los espíritas y los médiums.

Si extrajéramos de los Evangelios todos los pasajes que condenan a los adversarios del espiritismo, con ellos haríamos un volumen. Por lo tanto, es como mínimo imprudente de su parte suscitar una cuestión que podría caerles sobre la cabeza, más aún cuando redundan en provecho del espiritismo.

Ante todo, ni los espíritas ni los médiums se hacen pasar por Cristos ni por profetas. Declaran que no hacen milagros para impresionar los sentidos, y que todos los fenómenos tangibles que se producen por su influencia son efectos que están incluidos en las leyes de la naturaleza, razón por la cual no tienen el carácter de los milagros. Por lo tanto, si hubiesen querido usurpar los privilegios de los profetas, no hubieran tenido el cuidado de privarse del más poderoso prestigio: el don de los milagros. Al dar la explicación de esos fenómenos —que sin ella podrían pasar como sobrenaturales a los ojos del pueblo—, eliminan la falsa ambición que podrían explotar para su beneficio.

Supongamos que un hombre se atribuya la cualidad de profeta. No lo probará haciendo lo que hacen los médiums, y ningún espírita instruido se dejará engañar por eso. Al respecto, si el Sr. Home hubiese sido un charlatán y un ambicioso, podría haberse dado aires de enviado celestial. ¿Cuál es, pues, el carácter del verdadero profeta? El verdadero profeta es un enviado de Dios para advertir o instruir a la humanidad. Ahora bien, un enviado de Dios solo puede ser un Espíritu superior y, como hombre, un hombre de bien. Se lo reconocerá por sus actos, que llevarán el sello de su superioridad, y por las grandes obras que realizará *por el bien y para el bien*, las cuales revelarán su misión, sobre todo a las generaciones futuras, pues conducido muchas veces y sin saberlo por una fuerza superior, a menudo se ignora a sí mismo. No será él, pues, quien

se atribuirá esa cualidad, sino que los hombres lo reconocerán como tal, las más de las veces después de su muerte.

Si, pues, un hombre quisiera hacerse pasar por la encarnación de tal o cual profeta, debería probarlo mediante la excelencia de sus cualidades morales, que *en nada* deberían ser inferiores a las de aquel cuyo nombre se atribuye. Ahora bien, ese rol no es fácil de sostener, como tampoco suele ser muy agradable, dado que impone penosas privaciones y arduos sacrificios, incluso el de la propia vida. En este momento, hay diseminados en el mundo varios supuestos Elías, Jeremías, Ezequiel y otros, que difícilmente se adaptarían a la vida del desierto, y a quienes les resulta muy cómodo vivir a expensas de sus víctimas, gracias a un nombre falso. Hay incluso varios Cristos —así como hubo varios Luis XVII—, a los cuales solo les falta una cosa: la caridad, la abnegación, la humildad, la eminente superioridad moral; en una palabra, todas las virtudes del Cristo. Si, como Él, no tuviesen dónde reposar la cabeza, y si tuvieran apenas una cruz ante los ojos, muy rápidamente abdicarían a una realeza tan poco provechosa en este mundo. Por la obra se reconoce al obrero; así pues, aquellos que quieran colocarse por encima de la humanidad, demuestren que son dignos de eso, en caso de que no quieran tener la suerte del gallo que se adornó con las plumas del pavo real, o la del asno que se cubrió con la piel del león. Un fracaso humillante les aguarda en este mundo, y una decepción más terrible en el otro, pues allí es donde el que se eleva será humillado.

Supongamos ahora que un hombre dotado de una gran potencia mediúmnica o magnética quiera atribuirse el título de profeta, o de Cristo. *Hará prodigios, a tal punto que seducirá incluso a los elegidos*, es decir, a algunos hombres buenos

y de buena fe; podrá tener la apariencia de los elegidos, pero ¿tendrá las *virtudes*? Ahí reside la verdadera piedra de toque.

El espiritismo también dice: *¡Desconfiad de los falsos profetas!*, y viene a arrancarles la máscara. Es preciso que se sepa que la doctrina espírita repudia toda clase de engaño, y no ampara bajo su manto ningún abuso que se cometa en nombre de ella.

X

Sobre la formación de grupos y sociedades espíritas

En varias localidades me han solicitado consejos para la formación de grupos espíritas. Tengo poco para decir al respecto, si tenéis a bien recordar las instrucciones que constan en *El libro de los médiums*, de modo que agregaré solo algunas palabras.

La primera condición es formar un núcleo de personas serias, por más reducido que sea. Cinco o seis miembros instruidos, sinceros, compenetrados de las verdades de la doctrina espírita y unidos por la misma intención, bastarán para que ese grupo valga cien veces más que si incluyera a personas curiosas e indiferentes. A continuación, esos miembros fundadores deberán establecer un reglamento, que se convertirá en ley para los nuevos adherentes.

Ese reglamento es muy simple, y apenas contiene medidas de disciplina interna, pues no requiere los mismos detalles que una sociedad numerosa y regularmente constituida. Cada grupo puede, pues, establecerlo según su parecer. No obstante, para mayor facilidad y uniformidad, daré un modelo, que

podrá ser modificado conforme a las circunstancias y las necesidades de cada localidad. En todos los casos, el objetivo esencial que se proponga debe ser el recogimiento, la preservación del más perfecto orden, así como el alejamiento de toda persona que no esté animada de intenciones serias y que pueda convertirse en una causa de perturbación. Por ese motivo, nunca se sería suficientemente severo en relación con los nuevos elementos que se admitan en el grupo. No temáis que esa severidad perjudique la propagación del espiritismo. Muy por el contrario: las reuniones serias son las que generan más prosélitos. Las reuniones frívolas, aquellas que no son conducidas con orden ni dignidad, en las cuales el primer curioso que aparece puede soltar sus chistes, no inspiran ni atención ni respeto, y de ellas los incrédulos se retiran menos convencidos que al entrar. Estas reuniones son la alegría de los enemigos del espiritismo, mientras que las otras son su pesadilla; y conozco personas que verían de buen grado su multiplicación, con tal que las otras desapareciesen. Afortunadamente, ocurre todo lo contrario. Es preciso, además, estar persuadido de que el deseo de ser admitido en las reuniones serias aumenta con motivo de la dificultad. En cuanto a la propaganda, esta se hace mucho menos a través de la cantidad de los concurrentes —a los cuales una o dos sesiones no llegan a convencer—, que del estudio previo y la conducta de los miembros fuera de las reuniones.

Excluir a las mujeres sería un agravio a su entendimiento, el cual, sea dicho sin halago, a veces aventaja al de ciertos hombres, e incluso al de algunos críticos doctos. Su presencia exige que se observen con más rigor las leyes de urbanidad, e impide el descuido que es habitual en las reuniones integradas exclusivamente por hombres. Además, ¿por qué se las privaría

de la influencia moralizadora del espiritismo? La mujer sinceramente espírita no podría dejar de ser una buena hija, una buena esposa y una buena madre de familia; por su propia condición, muchas veces tiene más necesidad que cualquier otra persona de los sublimes consuelos de la doctrina; será más fuerte y más resignada ante las pruebas de la vida. Por otra parte, ¿no es sabido que los Espíritus solo obtienen el sexo cuando encarnan? Si la igualdad de los derechos de la mujer tiene que ser reconocida en alguna parte, con toda seguridad debe serlo entre los espíritas, y la propagación del espiritismo apresurará indefectiblemente la abolición de los privilegios que el hombre se arrogó mediante el derecho del más fuerte. El advenimiento del espiritismo establecerá la era de la emancipación legal de la mujer.

Tampoco debéis temer la admisión de los jóvenes. La seriedad de la asamblea se reflejará en su carácter; ellos se volverán más serios; pronto extraerán de la enseñanza de los Espíritus buenos esa fe viva en Dios y en el porvenir, ese sentimiento de los deberes de la familia, que hacen que el hombre sea más dócil, más respetuoso, y que modere la efervescencia de las pasiones.

En cuanto a las formalidades legales, no hay en Francia ninguna que cumplir toda vez que las reuniones no excedan de veinte personas. Si se superara esa cantidad, las reuniones regulares y periódicas deben ser autorizadas, más allá de la tolerancia —que no puede ser vista como un derecho— de la que disfruta la mayor parte de los grupos espíritas, debido a su carácter pacífico, exclusivamente moral, y al hecho de que no constituyen asociaciones ni afiliaciones. Cualquiera sea la circunstancia, los espíritas deben ser los primeros en dar el ejemplo de sumisión a las leyes, en caso de que eso se les solicite.

Recientemente se han formado algunos grupos que poseen un carácter especial, y cuya multiplicación nunca dejaríamos de estimular: se trata de los que podríamos denominar *grupos de enseñanza*. En ellos se ocupan poco o nada de las manifestaciones, pero sí de la lectura y la explicación de *El libro de los Espíritus*, de *El libro de los médiums* y de artículos de la *Revista espírita*. Algunas personas abnegadas reúnen, con tal objetivo, a una cierta cantidad de oyentes, a fin de suplirles las dificultades de leer y estudiar por sí mismos. Aplaudimos de todo corazón esa iniciativa, y esperamos que tenga imitadores; a medida que se desarrolle, no dejará de producir los más exitosos resultados. Para eso no es necesario ser orador ni profesor; se trata de una lectura en familia, seguida de algunas explicaciones que no requieren elocuencia, y que están al alcance de todos.

Sin ocuparse exclusivamente de ello, muchos grupos tienen el hábito de dar comienzo a las sesiones con la lectura de algunos pasajes de *El libro de los Espíritus*, o de *El libro de los médiums*. Estaríamos satisfechos si viésemos que todos adoptan esa práctica, cuyo resultado es llamar la atención hacia los principios de la doctrina, los cuales podrían ser comprendidos imperfectamente o pasar desapercibidos. En ese caso, es beneficioso que los dirigentes o presidentes de los grupos preparen con anticipación los pasajes que habrán de ser objeto de la lectura, a fin de adecuar esa elección a las circunstancias.

Nadie puede tomar a mal que yo indique esas obras como base para la enseñanza, dado que son las únicas en las cuales la ciencia espírita está desarrollada en todos sus aspectos y de manera metódica; sin embargo, incurriría en un error quien me considerase exclusivo al punto de rechazar otras obras, muchas de las cuales son, sin duda, merecedoras de

la simpatía de todos los buenos espíritas. Además, en un estudio completo es preciso analizar todo, incluso aquello que sea perjudicial. Así pues, considero muy útil que también se lean las críticas, para hacer resaltar en ellas el vacío y la falta de lógica. Con toda seguridad, no hay entre ellas una sola que sea capaz de quebrantar la fe de un espírita sincero; solo pueden fortalecerla, pues muchas veces ya han hecho que brotara en los incrédulos que se tomaron el trabajo de compararlas. Lo mismo ocurre con ciertas obras que, aunque hayan sido redactadas con un objetivo serio, no dejan de contener errores manifiestos o excentricidades, que deben ser puestos en evidencia.

Hay otro hábito, cuya adopción no es menos útil. Es esencial que cada grupo recoja y pase en limpio las comunicaciones obtenidas, a fin de que recurra a ellas fácilmente en caso de necesidad. Los Espíritus que viesan despreciadas sus instrucciones, se alejarían muy pronto; pero sobre todo es necesario que se haga –aparte– una recopilación especial, precisa y clara, de las comunicaciones más bellas y más instructivas, y que algunas de ellas se vuelvan a leer en cada sesión, para aprovecharlas mejor.

XI

Acerca del uso de señales exteriores de culto en los grupos espíritas

Muchas veces se me ha consultado acerca de si es útil dar comienzo a las sesiones con plegarias y actos exteriores de de-

voción. La respuesta no es solo mía, sino también de los Espíritus eminentes que han tratado esa cuestión.

Sin duda, no solo es útil sino necesario rogar mediante una invocación especial, una especie de plegaria, el concurso de los Espíritus buenos. Además, esa práctica predispone al recogimiento: condición esencial de las reuniones serias. No ocurre lo mismo con las señales exteriores de culto, mediante las cuales ciertos grupos consideran un deber abrir sus sesiones, y que tienen más de un inconveniente, a pesar de la buena intención que lleva a realizarlas.

Todo en las reuniones debe transcurrir religiosamente, es decir, con seriedad, respeto y recogimiento. Pero no debemos olvidar que el espiritismo se dirige a todos los cultos y que, por consiguiente, no debe adoptar las formas de ninguno en especial. Sus enemigos ya están demasiado dispuestos a presentarlo como una secta nueva, a fin de tener un pretexto para combatirlo; no podemos, pues, acreditar esa opinión mediante el uso de fórmulas, de las cuales no dejarían de valerse para afirmar que las reuniones espíritas son asambleas de protestantes, de cismáticos. Tampoco supongáis que esas fórmulas sean capaces de sumar a nuestra causa a ciertos antagonistas. Dado que el espiritismo convoca a los hombres de todas las creencias –para unirlos bajo la bandera de la caridad y de la fraternidad, de modo que se habitúen a mirarse como hermanos, cualquiera sea su modo de adorar a Dios–, no debe contrariar las convicciones de nadie mediante el empleo de las señales exteriores de algún culto. Son pocas las reuniones espíritas, por reducido que sea el número de los participantes, sobre todo en Francia, en las que no haya miembros o concurrentes que pertenezcan a diferentes religiones. Si el espiritismo se colocara abiertamente en el terreno de alguna

religión, alejaría a las otras. En ese caso, como hay espíritas en todas ellas, se formarían grupos espíritas católicos, judíos o protestantes, lo que perpetuaría el antagonismo religioso que el espiritismo tiende a abolir.

Esta es también la razón por la cual es necesario abstenerse, en las reuniones, de discutir acerca de dogmas particulares, lo que indefectiblemente afectaría a ciertas conciencias, mientras que las cuestiones de moral competen a todas las religiones y a todos los países. El espiritismo es un terreno neutro, en el cual todas las opiniones religiosas pueden encontrarse y estrecharse las manos. Ahora bien, la desunión podría nacer de la controversia. No olvidéis que la desunión es uno de los medios a través de los cuales los enemigos del espiritismo pretenden atacarlo. Con ese objetivo, muchas veces ellos incitan a ciertos grupos a que se ocupen de cuestiones irritantes o comprometedoras, con el pretexto engañoso de que no se debe colocar la luz debajo del celemín. No os dejéis atrapar en esa red, y que los dirigentes de grupos apliquen la firmeza para rechazar todas las sugerencias de esta naturaleza, si es que no quieren pasar por cómplices de tales maquinaciones.

El empleo de señales exteriores de culto tendría el mismo resultado: la escisión entre los adeptos. Algunos acabarían por considerar que esas señales no son suficientemente empleadas; otros, que lo son en exceso. Para evitar ese inconveniente, que es muy grave, conviene abstenerse de toda plegaria litúrgica, incluyendo también a la Oración Dominical, por más bella que sea. Como nadie abjura de su religión al participar de una reunión espírita, cada uno, en su interior y mentalmente, puede hacer las plegarias que considere oportunas; consideramos que eso es lo mejor, y lo recomendamos; pero que nada sea ostensivo y, sobre todo, que nada sea oficial. Lo mismo

vale para la señal de la cruz, para la costumbre de ponerse de rodillas, etc.; de lo contrario, no habría motivo para impedir que un musulmán espírita, que perteneciera a un grupo espírita, se prosternase con el rostro en el suelo y recitase en voz alta su fórmula sacramental: *Solo hay un Dios y Mahoma es su profeta.*

No existe inconveniente cuando las plegarias realizadas con determinado fin son independientes de todo culto particular. Así, creo superfluo destacar cuán ridículo sería que se hiciera repetir a todos los presentes, a coro, una plegaria o una fórmula cualquiera, según la práctica que me fuera relatada por quien la presencié.

Se comprende bien que lo que acabo de manifestar se aplica solo a los grupos o las sociedades constituidos por personas extrañas unas a otras, pero de ningún modo a las reuniones íntimas de familia, en las cuales, naturalmente, cada persona es libre de obrar como mejor lo entienda, puesto que allí no se ofende a nadie.

Proyecto de reglamento para uso de los Grupos y de las pequeñas Sociedades Espíritas

*Propuesto por la Sociedad Central de París con el propósito
de conservar la unidad de principios y de acción*⁹

Los abajo firmantes, habiendo resuelto constituir un grupo o sociedad espírita en la ciudad de..., con la denominación de Grupo o Sociedad Espírita "...", adoptaron las siguientes disposiciones, que deberán ser aceptadas por toda persona que quiera formar parte de ella ulteriormente.

1.- El objetivo de la Sociedad es el estudio de la ciencia espírita, principalmente en lo que concierne a su aplicación a la moral y al conocimiento del mundo invisible. Están prohibidas las cuestiones políticas y de economía social, al igual que las controversias religiosas.

2.- La Sociedad declara su adhesión a los principios formulados en *El libro de los Espíritus* y en *El libro de los médiums*, y profesados por la Sociedad espírita central de París.

9. La Sociedad espírita de París agradecerá a los grupos y a las sociedades que tengan a bien comunicarle su formación y mantenerla al tanto de sus progresos. Las sociedades numerosas y regularmente constituidas encontrarán un modelo de reglamento, más completo, en el de la Sociedad de París. Véase *El libro de los médiums*, Cap. XXX. (N. de Allan Kardec)

Se coloca bajo la protección del Espíritu ..., al que elige como su guía y presidente espiritual.

Adopta como divisa:

FUERA DE LA CARIDAD NO HAY SALVACIÓN.
FUERA DE LA CARIDAD NO HAY VERDADEROS
ESPÍRITAS.

3.- La cantidad de miembros titulares de la Sociedad se establece en... (o bien: es ilimitada).

Para ser admitido como miembro de la Sociedad, es preciso haber dado pruebas suficientes de los conocimientos acerca del espiritismo y de la simpatía hacia esa doctrina.

La Sociedad determinará la naturaleza y la magnitud de las pruebas y de las garantías que se deberán ofrecer, así como el modo de presentación y de admisión.

Toda persona que reúna las condiciones exigidas podrá ser admitida, sin distinción de culto ni de nacionalidad.

La Sociedad excluirá a quienes pudieran introducir elementos de perturbación en el seno de las reuniones, o por otra causa cualquiera que le haga perder tiempo en discusiones estériles.

Se llevará una lista exacta de todos los miembros, con la mención de sus domicilios, profesiones y fechas de admisión.

4.- Todos los miembros se deben recíprocamente benevolencia y cortesía. En toda circunstancia deberán colocar el interés general por encima de las cuestiones personales y de amor propio, así como proceder, los unos para con los otros, según los principios de la caridad.

5.- Cuando la Sociedad sea considerada muy numerosa o las circunstancias así lo requieran, podrá fraccionarse en diversos grupos, según las necesidades locales.

Los diversos Grupos o Sociedades de una misma ciudad, constituidos espontáneamente o nacidos de una fuente común, que tengan los mismos principios y se dirijan hacia el mismo objetivo, deben mantener vínculos de simpatía y de fraternidad entre ellos; por consiguiente, es preciso que eviten toda causa de desavenencias.

NOTA: En caso de disidencia, el grupo que crea estar con la razón deberá demostrarlo siendo más caritativo y benevolente. El error estará, evidentemente, con aquel que denigre al otro y le arroje la piedra.

6.- La Sociedad se reunirá los días... a las... horas. Será presidida por quien sea designado a tal efecto, y por el período que se haya establecido.

Las sesiones de los días... a las... horas, serán reservadas exclusivamente para los miembros de la Sociedad, salvo alguna excepción, si la hubiera.

En las demás sesiones se podrá admitir a oyentes extraños, si eso se considerase oportuno. La admisión de extraños estará subordinada a las condiciones que establezca la Sociedad. No obstante, esta rechazará de modo absoluto a toda persona que haya sido atraída solamente por un motivo de curiosidad, o que no tenga alguna noción previa acerca de la doctrina espírita.

7.- Cada oyente o visitante extraño deberá ser presentado por alguno de los miembros, que se hará responsable de él.

Las personas desconocidas que se nieguen a identificarse, serán rigurosamente rechazadas.

Las sesiones nunca serán públicas, es decir que en ningún caso las puertas estarán abiertas a cualquier persona que llegue.

8.- Dado que el espiritismo tiende a la unión fraterna de todas las sectas bajo la bandera de la caridad, y puesto que la Sociedad admite a miembros o concurrentes sin distinción de creencia, quedan prohibidas en las reuniones las fórmulas de plegarias o manifestaciones litúrgicas características de algún culto en especial, de modo que deja a cada uno la libertad de hacer, en particular, aquello que su conciencia le indique.

NOTA: Todo en las sesiones debe hacerse religiosamente, pero nada debe conferirles el carácter de las asambleas de sectas religiosas.

9.- El orden de las tareas en las sesiones se determina a continuación, salvo las modificaciones que las circunstancias requieran:

- 1.º Invocación general, o plegaria, para solicitar el concurso de los Espíritus buenos¹⁰;

10. No existe una fórmula obligatoria. Transcribimos la que es utilizada en la Sociedad de París:

“Rogamos a Dios Todopoderoso que nos envíe Espíritus buenos para asistirnos, aleje a los que podrían inducirnos al error; y nos conceda la lucidez necesaria para que distingamos la verdad de la impostura.

”Apartad también a los Espíritus malévolos, que podrían sembrar la discordia entre nosotros. Si algunos de ellos intentan introducirse aquí, en nombre de Dios les rogamos que se retiren.

”Espíritus buenos, que os dignáis venir a instruirnos, hacednos dóciles a vuestros consejos; desviad de nosotros toda idea de egoísmo, orgullo, envidia y celos; inspiradnos la caridad, la benevolencia para con nuestros

- 2.º Lectura del acta y de las comunicaciones de la última sesión pasadas en limpio;
 - 3.º Lectura y comentario de algunos pasajes de *El libro de los Espíritus* y de *El libro de los Médiums*, o de otras obras relativas al espiritismo;
 - 4.º Lectura de algunas comunicaciones instructivas extraídas del archivo de la Sociedad, u obtenidas fuera de ella;
 - 5.º Relato de acontecimientos diversos de interés para el espiritismo;
 - 6.º Trabajo de los médiums: dictados espontáneos y disertaciones a elección de los Espíritus, o acerca de una cuestión determinada, o en respuesta a preguntas formuladas. Evocaciones particulares.
- Las evocaciones y las preguntas que se formulen deberán, en la medida de lo posible, ser preparadas con anticipación;
- 7.º Agradecimiento a los Espíritus buenos que se manifestaron durante la sesión.

10.- Todas las comunicaciones que se obtengan en la Sociedad serán de su propiedad, y la misma podrá disponer de ellas. Serán transcritas y conservadas, a los efectos de consultarlas en caso de que sea necesario. Los médiums que las hayan recibido podrán guardar una copia de ellas.

semejantes, la humildad, la devoción y la abnegación, y haced que todo sentimiento personal se aparte de nosotros ante la idea del bien general. "Rogamos especialmente al Espíritu ..., nuestro guía y presidente espiritual, que nos asista y vele por nosotros." (Nota de Allan Kardec)

Se organizará una colección especial de las comunicaciones más importantes y más instructivas, cuidadosamente copiadas en un libro particular, a fin de componer una especie de guía o agenda moral de la Sociedad, cuya lectura se efectuará con cierta frecuencia.

11.- El presidente prohibirá la lectura de toda comunicación que trate temas de los cuales la Sociedad no deba ocuparse.

12.- El silencio y el recogimiento deben ser observados durante las sesiones. Quedan prohibidas las preguntas fútiles, de interés personal, de mera curiosidad o planteadas con la intención de someter a los Espíritus a alguna prueba, al igual que todas las que no tengan un propósito instructivo.

También quedan prohibidas las discusiones que se aparten del objetivo especial de las sesiones, o que sean ajenas a los fines de la Sociedad.

Las personas que deseen hacer uso de la palabra deberán solicitarlo previamente al presidente.

13.- La Sociedad podrá, si lo considerase oportuno, dedicar sesiones especiales a la instrucción de personas novatas en materia de espiritismo, ya sea a través de explicaciones verbales o mediante la lectura habitual y ordenada de las obras. Solamente se admitirá a personas animadas por un serio deseo de instruirse, las cuales serán inscriptas con esa finalidad. Esas sesiones, al igual que las demás, no serán abiertas a cualquier persona que llegue, ni a desconocidos.

14.- Toda publicación concerniente al espiritismo, que tenga origen en la Sociedad, será revisada con el mayor cuidado, para eliminar de ella lo que resulte inútil o que pueda producir un resultado perjudicial. Los miembros se comprometerán a no publicar nada sobre esa materia, sin antes conocer la opinión de todos.

15.- La Sociedad invita a los médiums que quieran brindarle su concurso, a que no se molesten con las observaciones y las críticas que sus comunicaciones pudieran generar. La Sociedad prefiere prescindir de aquellos que confían en la infalibilidad y en la identidad absoluta de los Espíritus que se manifiesta por su intermedio.

16.- Los gastos correspondientes a la Sociedad, si los hubiera, serán cubiertos mediante una cotización cuyo monto, empleo y forma de pago fijará ella misma. En tal caso, la Sociedad designará un tesorero.

Queda expresamente establecido que esa cotización será abonada solamente por los miembros propiamente dichos de la Sociedad, y que en ningún caso ni con pretexto alguno se exigirá o solicitará a los oyentes o visitantes eventuales una retribución como derecho de entrada.

17.- La Sociedad podrá mantener una caja de beneficencia o de socorro, por medio de cotizaciones o suscripciones recogidas de quienes deseen participar de ella, sean o no miembros de la Sociedad. El empleo de los fondos de esa caja será controlado por una comisión, que rendirá cuentas a la Sociedad.

18.- Todo miembro que se constituya en una causa habitual de perturbación, y que tienda a sembrar la desunión entre los demás, así como aquel que notoriamente la desmerezca, y cuya conducta o reputación pueda perjudicar la respetabilidad de la Sociedad, podrá ser oficiosamente invitado a solicitar su dimisión. En caso de que se niegue, la Sociedad podrá pronunciarse mediante un voto oficial.

APÉNDICE:
OTROS VIAJES
DE ALLAN KARDEC

VIAJE ESPÍRITA EN 1860



ITINERARIO DEL
VIAJE ESPÍRITA
EN 1860



Banquete ofrecido a Allan Kardec por los espíritas lioneses el 19 de septiembre de 1860

En esta reunión íntima y totalmente familiar, uno de sus miembros, el Sr. Guillaume, tuvo a bien expresar los sentimientos de los espíritas lioneses en el siguiente discurso. Al leerlo, todos comprenderán que tuvimos dudas a la hora de publicarlo en nuestra *Revista*, a pesar del deseo que se nos había manifestado en ese sentido. Así, solamente accedimos después de muchas insistencias, temiendo por otro lado que, si nos rehusáramos a hacerlo, eso pudiera interpretarse como una falta de reconocimiento a los testimonios de simpatía que hemos recibido. Por lo tanto, rogamos a nuestros lectores que hagan abstracción de mi persona, y que solo vean en esas palabras un homenaje a la doctrina espírita.

“Al Sr. Allan Kardec, ¡activo propagador de la doctrina espírita!

”Gracias a su coraje, a sus luces y a su dedicada perseverancia, tenemos la felicidad de estar hoy reunidos en este banquete ameno y fraternal.

”Los espíritas lioneses nunca deben olvidar que la felicidad que sienten por saberse mejores, a pesar de las influencias perniciosas que a menudo desvían al hombre de la senda del bien, se la deben a *El libro de los Espíritus*.

”Si han encontrado alivio en su existencia, si su corazón está más purificado y es más afectuoso, si de él han expulsado la cólera y la venganza, se lo deben a *El libro de los Espíritus*.

”Si en la vida privada soportan con coraje los reveses de la fortuna, si rechazan los medios basados en la artimaña y en la mentira para adquirir los bienes terrenales, se lo deben a *El libro de los Espíritus*, que les ha hecho comprender la prueba y que les ha dado la luz para disipar las tinieblas.

”Si un día, que tal vez no esté lejos, los hombres se vuelven humanitarios, fraternos y consagrados a una misma fe; si para ellos la caridad deja de ser una palabra vana, se lo deberán también a *El libro de los Espíritus*, dictado por los mejores Espíritus al Sr. Allan Kardec, elegido para esparcir la luz.

”¡Brindo por la unión sincera de los espíritas lioneses! ¡Por la Sociedad Espírita Parisiense, cuyo resplandor nos ha iluminado a todos! ¡Por ella, que es la centinela avanzada, encargada de allanar el camino tan difícil del progreso! París es la cabeza del espiritismo, como Lyon merece ser el corazón, por su unión, su trabajo, sus luces y su amor.

”Cuando el corazón y la razón estén unidos en la misma fe para alcanzar el mismo objetivo, muy pronto habrá en Francia hermanos amorosos y devotos. Crezcamos, pues, a través de la unión en el amor, y en poco tiempo nuestros sentimientos y nuestros principios cubrirán el mundo entero. El espiritismo, señoras y señores, es el único medio para alcanzar con prontitud el reino de Dios.

”¡Honor a la Sociedad Espírita Parisiense! ¡Honor al Sr. Allan Kardec, el fundador y el primer eslabón de la gran cadena espírita!”

GUILLAUME

Respuesta de Allan Kardec

Señoras, señores, queridos y buenos hermanos en el espiritismo:

El recibimiento tan amistoso y benévolo que me habéis ofrecido desde mi llegada sería suficiente para llenarme de orgullo, si no comprendiese que tales testimonios están dirigidos menos a mi persona que a la doctrina espírita, de la cual soy apenas uno de sus más humildes obreros; es la consagración de un principio, y me siento doblemente feliz, porque ese principio debe un día garantizar la felicidad del hombre y la paz de la sociedad, cuando sea bien comprendido y, mejor aún, bien practicado. Sus adversarios solo lo combaten porque no lo comprenden. Nos cabe a nosotros, los verdaderos espíritas, los que vemos en el espiritismo algo más que experiencias relativamente curiosas, hacer que sea comprendido y divulgado, predicándolo tanto con el ejemplo como con la palabra. El *libro de los Espíritus* ha dado como resultado hacer que se vea su alcance filosófico. Si ese libro tuviera algún mérito, sería una presunción mía vanagloriarme por eso, porque la doctrina que contiene no es una creación mía. Toda la honra del bien que ha hecho le pertenece a los Espíritus sabios que lo dictaron y que han querido valerse de mí. Puedo, pues, escuchar el elogio sin que mi modestia se vea afectada, y sin que se exalte mi amor propio. Si yo hubiese querido aprovecharme de esto, por cierto habría reivindicado su concepción, en vez de atribuirla a los Espíritus; y si fuera posible dudar de la superioridad de aquellos que han cooperado para escribirlo, sería suficiente con considerar la influencia que ejerció en tan poco tiempo, apenas con el poder de la lógica, sin contar con

ninguno de los medios materiales apropiados para excitar la curiosidad.

Sea como fuere, señores, la cordialidad de vuestro recibimiento será para mí un poderoso estímulo en la tarea ardua que he emprendido, y a la cual convertí en la razón de mi vida, pues me da la certeza consoladora de que los hombres de corazón ya no son tan escasos en este siglo materialista, como algunos se complacen en afirmar. Los sentimientos que hacen nacer en mí esos testimonios benevolentes, son mejor comprendidos que expresados, y lo que les confiere –según mi punto de vista– un valor inestimable, es que no tienen como móvil ninguna consideración personal. Os agradezco desde el fondo del corazón, en nombre del espiritismo y, sobre todo, en nombre de la *Sociedad Parisiense de Estudios Espíritas*, que quedará feliz con las demostraciones de simpatía que habéis tenido a bien dispensarle, y orgullosa de contar en Lyon con una cantidad tan importante de buenos y leales compañeros. Permitidme describir, en pocas palabras, las impresiones que he recogido de mi breve estadía entre vosotros.

Lo primero que me impresionó ha sido la cantidad de adeptos. Bien sabía yo que en Lyon los había en gran número, pero lejos estaba de sospechar que fuese tan considerable, pues son contados de a cientos, y espero que pronto sean incontables. Pero si Lyon se distingue por la cantidad, no lo hace menos por la calidad, lo que es aún mejor. En todas partes solo encontré espíritas sinceros, que comprenden la doctrina desde su verdadero punto de vista.

Hay, señores, tres categorías de adeptos. Los primeros se limitan a creer en la realidad de las manifestaciones y, ante todo, buscan los fenómenos. Para ellos el espiritismo es simplemente una serie de hechos más o menos interesantes.

Los segundos ven en el espiritismo algo más que hechos; comprenden su alcance filosófico; admiran la moral que resulta de él, pero no la practican. Para ellos la caridad cristiana es una hermosa máxima, y eso es todo.

Los terceros, por último, no se contentan con admirar la moral: la practican y aceptan todas sus consecuencias. Plenamente convencidos de que la existencia terrenal constituye una prueba pasajera, tratan de aprovechar esos breves instantes para transitar la senda del progreso que los Espíritus les señalan, esforzándose por hacer el bien y por reprimir sus malas tendencias. Sus relaciones son siempre estables, porque sus convicciones los apartan de cualquier pensamiento malo. En todo, la caridad constituye su regla de conducta. Estos son los *verdaderos espíritas*, o mejor aún, los *espíritas cristianos*.

¡Muy bien, señores! Os digo con satisfacción que todavía no encontré aquí ningún adepto de la primera categoría. En ninguna parte he visto que se ocuparan del espiritismo por mera curiosidad, o que se valieran de las comunicaciones para asuntos fútiles. En todas partes el objetivo es importante, las intenciones son serias, de modo que, creyendo en lo que veo y en lo que me dicen, hay muchos adeptos de la tercera categoría. ¡Honra, pues, a los espíritas lioneses, porque han ingresado tan ampliamente en esa vía de progreso sin la cual el espiritismo no tendría objeto! Ese ejemplo no se perderá; tendrá consecuencias, y no ha sido sin una razón –bien lo veo– que días pasados los Espíritus me respondieron, a través de uno de vuestros médiums más devotos, y además uno de los más humildes, cuando les expresé mi sorpresa: *¿Por qué te sorprendes? Lyon ha sido la ciudad de los mártires; la fe aquí es ardiente; ella dará apóstoles al espiritismo. Si París es la cabeza, Lyon será el corazón.* La coincidencia de esta respuesta con la

que se os dio precedentemente, y a la cual el Sr. Guillaume acaba de recordar en su discurso, es algo muy significativo.

La rapidez con que la doctrina espírita se ha propagado en los últimos tiempos, pese a la oposición que aún encuentra, o tal vez por eso mismo, permite que se prevea su futuro. Seamos prudentes y evitemos, pues, todo aquello que pueda producir una impresión desagradable, para retardar —no digo perder— el desarrollo de una causa que ya está garantizada. Sigamos en esto los consejos de los Espíritus sabios, y no olvidemos que, en este mundo, muchos éxitos quedaron comprometidos por exceso de precipitación. Tampoco olvidemos que nuestros enemigos del otro mundo, al igual que los de este, pueden tratar de arrastrarnos hacia un camino peligroso.

Habéis tenido a bien solicitarme algunos consejos, y para mí es un placer daros aquellos que la experiencia me sugiera. No será más que una opinión personal, que os invito a evaluar con vuestra sabiduría, y de la cual haréis el uso que os parezca conveniente, pues no tengo la pretensión de imponerme como árbitro absoluto.

Era vuestra intención formar una gran sociedad. Al respecto ya os he manifestado mi modo de pensar, de modo que me limito a resumirlo aquí.

Es sabido que las mejores comunicaciones se obtienen en reuniones poco numerosas¹¹, sobre todo en aquellas en las que reinan la armonía y la comunión de sentimientos. Ahora bien, cuanto más numerosas sean, más difícil será conseguir esa homogeneidad. Como es imposible que al comienzo de una ciencia, tan nueva aún, no surjan algunas divergencias en

11. Véase *El libro de los médiums*, Segunda parte, Cap. XXIX, especialmente el § 332.

la manera de apreciar ciertas cosas, de esa divergencia nacería infaliblemente un malestar, que podría conducir a la desunión. Por el contrario, los grupos pequeños serán siempre más homogéneos; en ellos las personas se conocen mejor, están más en familia, y es posible admitir mejor a las que se considera aptas para integrarlo. Y como, en definitiva, todos tienden hacia un mismo objetivo, pueden entenderse perfectamente, y llegarán a entenderse tanto mejor mientras no haya aquel antagonismo incesante, que es incompatible con el recogimiento y la concentración de espíritu. Los Espíritus malos, que buscan incesantemente sembrar la discordia, hiriendo susceptibilidades, tendrán siempre menos ascendiente en esos grupos que en un ambiente numeroso y heterogéneo. En una palabra, la unidad de miras y de sentimientos será más fácil de instalar en los grupos pequeños.

La multiplicidad de los grupos tiene otra ventaja: la de obtener una variedad mucho mayor de comunicaciones, por la diversidad de aptitudes de los médiums. Que esas reuniones parciales se comuniquen unas a otras lo que cada una obtenga por su lado, de modo que todas aprovechen sus mutuos trabajos. Por otra parte, llegará el momento en que la cantidad de adherentes ya no permitirá una única reunión, que deberá fraccionarse por la fuerza de las circunstancias. Por eso es preferible que hagáis inmediatamente aquello que estaríais obligados a hacer más tarde.

Desde el punto de vista de la propaganda, también es un hecho cierto que los neófitos no pueden tomar elementos de convicción en las grandes reuniones, sino en la intimidad. Existe, pues, un doble motivo para preferir los pequeños grupos, que pueden multiplicarse hasta lo infinito. Ahora bien, veinte grupos de diez personas, por ejemplo, indiscutible-

mente obtendrán mejores resultados y harán más prosélitos que una asamblea única de doscientos miembros.

Hace un momento me referí a las divergencias que pueden surgir, y manifesté que estas no debían crear obstáculos para el perfecto entendimiento entre los diferentes centros. En efecto, tales divergencias solo pueden producirse en los detalles, pero no en el fondo. El objetivo es el mismo: el mejoramiento moral; el medio es el mismo: las enseñanzas de los Espíritus. Si esas enseñanzas fueran contradictorias; si, evidentemente, unas fueran falsas y otras verdaderas, tened muy en cuenta que esto no podría modificar el objetivo, que es conducir al hombre hacia el bien, para su mayor felicidad presente y futura. Dicho esto, dado que el bien no podría tener dos pesos ni dos medidas diferentes, desde el punto de vista científico, o dogmático, resulta útil —o al menos interesante— saber quién está en lo cierto y quién se equivoca. ¡Pues bien! Tenéis un criterio infalible para apreciarlo, ya se trate de simples detalles o de sistemas radicalmente divergentes; y esto se aplica no solamente a los sistemas espíritas, sino a todos los sistemas filosóficos.

Analizad, en primer lugar, cuál es el más lógico, cuál se corresponde mejor con vuestras aspiraciones, cuál de ellos puede alcanzar mejor el objetivo. El más auténtico será, evidentemente, aquel que dé mejores explicaciones y que sea más racional en todo. Si se pudiera oponer a un sistema un único hecho que esté en contradicción con su teoría, eso indicaría que la teoría es falsa o está incompleta. Luego, analizad los resultados prácticos de cada sistema; la verdad debe estar del lado del que produce mayor suma de bien, o ejerce una influencia más saludable, o produce más hombres buenos y virtuosos, del que impulsa al bien por los motivos más puros y

más racionales. El objetivo constante al que aspira el hombre es la felicidad. La verdad estará del lado del sistema que proporcione mayor suma de satisfacción moral; en una palabra, del que haga más feliz al hombre.

Dado que la enseñanza proviene de los Espíritus, los diversos grupos —al igual que los individuos— se encuentran bajo la influencia de ciertos Espíritus que presiden sus trabajos, o los orientan moralmente. Si esos Espíritus no coinciden, la cuestión es saber cuál merece más confianza. Es evidente que será aquel cuya teoría no suscite ninguna objeción seria; en una palabra, aquel que en todos los puntos dé más pruebas de su superioridad. Si en esa enseñanza todo es bueno y racional, poco importará el nombre que adopte el Espíritu; y, en este sentido, la cuestión de la identidad será absolutamente secundaria. Si la enseñanza lleva la firma de un nombre respetable, pero falla en las cualidades esenciales, sin temor podréis concluir que el nombre es apócrifo y que el autor es un Espíritu impostor, o que se divierte. Regla general: el nombre jamás es una garantía; la única, la verdadera garantía de superioridad es el pensamiento y el modo mediante el cual este es expresado. Los Espíritus embusteros son capaces de imitar todo, todo, excepto el verdadero saber y el verdadero sentimiento.

No tengo la intención, señores, de daros aquí un curso de espiritismo, y tal vez esté abusando de vuestra paciencia con todos esos detalles. No obstante, no puedo dejar de agregar algunas palabras más.

Ocurre muchas veces que los Espíritus, para conseguir que ciertas utopías sean adoptadas, hacen alarde de un falso saber y tratan de imponerlas sacando del arsenal de palabras técnicas todo aquello que pueda fascinar a aquel que cree muy fácilmente. Disponen, además, de un recurso más efectivo:

el de aparentar virtudes. Apoyados en palabras trascendentes, como *caridad, fraternidad y humildad*, esperan conseguir que sean aceptados los más groseros absurdos. Y eso ocurre con mucha frecuencia, cuando no se está prevenido. Es preciso, pues, no dejarse llevar por las apariencias, tanto en relación con los Espíritus como con los hombres. Ahora bien, reconozco que esa es una de las mayores dificultades; pero nunca se ha dicho que el espiritismo fuese una ciencia sencilla: tiene sus escollos, que solo pueden ser evitados mediante la experiencia. A fin de no caer en la trampa es necesario, primero, abstenerse del entusiasmo que ciega, y del orgullo que lleva a ciertos médiums a considerarse los únicos intérpretes de la verdad. También es necesario analizar todo fríamente, sopesar todo con madurez, controlar todo; y si se desconfía del propio juicio —lo que a menudo es lo más prudente—, será necesario apelar a otros, de acuerdo con el proverbio según el cual cuatro ojos ven más que dos. Un falso amor propio o una obsesión pueden, por sí solos, hacer que perdure una idea notoriamente falsa, a la cual el buen sentido de cada uno rechaza.

No ignoro, señores, que aquí tengo muchos enemigos. Esto os sorprende; sin embargo, nada es más cierto. En efecto, aquí están los que me escuchan con ira; pero no digo que eso ocurra entre vosotros —¡gracias a Dios!—, donde solo espero tener amigos. Me refiero a los Espíritus embusteros, que no quieren que os comunique cuáles son los medios para desmascararlos, porque develo sus astucias y porque, al ponerlos en guardia, los privo del dominio que podrían ejercer sobre vosotros. Al respecto, señores, os diré que sería un error suponer que ellos ejercen ese dominio solamente entre los médiums. Tened la certeza de que, como están en todas partes,

los Espíritus actúan incesantemente sobre nosotros, sin que lo sepamos, seamos o no espíritas o médiums. La mediumnidad no los atrae; al contrario, porque os brinda los medios para conocer al enemigo, que *siempre* se descubre; *siempre*, escuchad bien, y solo engaña a los que se lo permiten.

Esto, señores, me lleva a completar mi pensamiento sobre lo que acabo de deciros con respecto a las disidencias que podrían surgir entre los diferentes grupos a consecuencia de la diversidad de las enseñanzas. Os he manifestado que, pese a algunas divergencias, los grupos podrían entenderse, y deben hacerlo, siempre que sus miembros sean verdaderos espíritas. Os he transmitido el modo de controlar el valor de las comunicaciones; y ahora os transmitiré el de apreciar la naturaleza de las influencias que los Espíritus ejercen sobre cada uno. Puesto que toda influencia buena proviene de un Espíritu bueno; que todo lo que es malo proviene de una fuente mala; que los Espíritus malos son enemigos de la unión y de la concordia, el grupo que sea asistido por el Espíritu del mal será aquel que arroje la piedra sobre el otro, en lugar de tenderle la mano. En cuanto a mí, señores, os considero a todos como hermanos, ya sea que estéis con la verdad o con el error. Pero os manifiesto, abiertamente, que estaré con toda el alma y de corazón junto a aquellos que muestren más caridad, más abnegación. Dios no lo permita, pero si hubiese algunos que alimentaran sentimientos de odio, envidia, celos, me compadecería de ellos, porque estarían bajo una mala influencia; y preferiré suponer que esos malos pensamientos provienen de algún Espíritu extraño y no de su propio corazón. Pero esto solo tornaría sospechosa la veracidad de las comunicaciones que pudieran recibir, en virtud del principio según el cual un Espíritu verdaderamente bueno solo puede sugerir buenos sentimientos.

Concluiré, señores, este discurso, que por cierto ya se ha extendido mucho, con algunas consideraciones acerca de las causas que deben garantizar el futuro del espiritismo.

Todos comprendéis, por lo que podéis observar y por lo que sentís en vosotros mismos, que llegará el día en que el espiritismo habrá de ejercer una gran influencia en la estructura social. Con todo, no cabe duda de que el día en que esa influencia se haya generalizado está lejos aún. Son necesarias generaciones para que los hombres se despojen del hombre viejo. No obstante, a partir de ahora, aunque el bien no sea general, ya es individual, y puesto que ese bien es efectivo, la doctrina que lo proporciona es aceptada por muchos con gran facilidad, diré incluso con gran entusiasmo. En efecto, dejando de lado su racionalidad, ¿qué filosofía es más capaz de liberar el pensamiento del hombre de los lazos terrenales, de elevar su alma hacia lo infinito? ¿Cuál es la que le da una idea más precisa, más lógica, y basada en las pruebas más evidentes acerca de su naturaleza y su destino? Que sus adversarios la reemplacen, pues, por algo mejor, por una doctrina más consoladora, que esté más de acuerdo con la razón, que sustituya la alegría inefable de saber que los seres a quienes hemos amado en la Tierra están junto a nosotros, que nos ven, que nos oyen, nos hablan y nos aconsejan; que dé un motivo más legítimo para la resignación; que haga temer menos a la muerte; que proporcione más calma en las pruebas de la vida; que, finalmente, sustituya esa dulce serenidad que se experimenta cuando es posible decir: *me siento mejor*. Ante una doctrina que ofrezca algo mejor que todo esto, el espiritismo depondrá las armas.

El espiritismo hace que el hombre sea sumamente feliz. Con las ideas espíritas no hay más aislamiento ni desesperación; ya han evitado muchas faltas, han impedido varios crí-

menes, han llevado la paz a numerosas familias, han corregido muchos defectos. Entonces, ¿cómo serán los hombres cuando estén alimentados por esas ideas? Al comprender mediante la razón, se fortificarán y ya no renegarán del alma. En efecto, el espiritismo hace feliz, y eso le confiere un poder irresistible y le garantiza su triunfo futuro. Los hombres anhelan la felicidad; dado que el espiritismo la ofrece, ellos se arrojarán en sus brazos. ¿Desean aniquilarlo? Entonces denle al hombre una fuente mayor de felicidad y de esperanza. Esto en cuanto a los individuos.

Otras dos fuerzas parecen haber temido la aparición del espiritismo: la autoridad civil y la autoridad religiosa. ¿Por qué? Porque no lo conocen. Actualmente, la Iglesia comienza a notar que en él encontrará un arma poderosa para combatir la incredulidad, la solución lógica de diversos dogmas embarazosos y, por último, que ya conduce hacia sus deberes de cristianos a una buena cantidad de ovejas descarriadas. Por su lado, el poder civil comienza a tener pruebas de la benéfica influencia que la doctrina ejerce sobre la moralidad de las clases trabajadoras, a las cuales inculca, *por medio de la convicción*, ideas de orden y de respeto a la propiedad, y hace que se comprenda la imposibilidad de las utopías. Ese poder es testigo de metamorfosis morales casi milagrosas, y pronto vislumbrará, mediante la difusión de las ideas espíritas, un alimento más útil para el pensamiento que las alegrías del cabaré o el tumulto de la plaza pública y, en consecuencia, una salvaguarda para la sociedad. De ese modo, pueblo, Iglesia y poder, cuando vean que el espiritismo es un dique contra la brutalidad de las pasiones, una garantía del orden y de la tranquilidad, un retorno a las ideas religiosas que se extinguen, ya no estarán interesados en ponerle obstáculos. Por el contrario, cada uno

buscará en el espiritismo un apoyo. Por otra parte, ¿quién podría detener el curso de ese torrente de ideas, que ya vierte sus aguas benéficas en los cinco continentes?

Tales son, mis queridos compañeros, las consideraciones que deseaba someter a vosotros. Concluyo agradeciendo nuevamente vuestro bondadoso recibimiento, cuyo recuerdo estará siempre presente en mi memoria. Agradezco igualmente a los Espíritus buenos, por las satisfacciones que me han proporcionado durante mi viaje, porque en todas partes donde me detuve, también encontré espíritas buenos y sinceros, y pude constatar con mis propios ojos el inmenso desarrollo de estas ideas, así como la facilidad con que han echado raíces. En todas partes hallé personas felices, afligidos que han sido consolados, angustias sosegadas, odios apaciguados; en todas partes la confianza y la esperanza suceden a las angustias de la duda y de la incertidumbre. Una vez más, el espiritismo es la llave de la auténtica felicidad, y ahí reside el secreto de su poder irresistible. Entonces, una doctrina que realiza tales prodigios, ¿es una utopía? Que Dios, en su bondad, amigos míos, se digne enviarnos Espíritus buenos para que os asistan en vuestras comunicaciones, a fin de que seáis instruidos acerca de las verdades que estáis encargados de divulgar. Llegará el día en que cosecharéis centuplicados los frutos del buen grano que hayáis sembrado.

¡Muy amados hermanos míos, que este banquete de amigos, como los ágapes de otrora, sea la garantía de la unión entre los verdaderos espíritas!

Brindo por los espíritas lioneses, tanto en mi nombre como en el de la Sociedad Parisiense de Estudios Espíritas.

(*Revista espírita - Periódico de estudios psicológicos*, Año III, N.º 10, octubre de 1860.)

VIAJE ESPÍRITA
EN 1861



ITINERARIO DEL
VIAJE ESPÍRITA
EN 1861



El espiritismo en Lyon

Ante las reiteradas invitaciones que nos han hecho los espíritas de Lyon, este año hemos ido nuevamente a esa ciudad. Si bien teníamos conocimiento —a través de la correspondencia— de los progresos que allí ha realizado el espiritismo, el resultado del viaje superó en mucho nuestra expectativa. Por cierto, los lectores nos agradecerán que les demos algunas informaciones al respecto; a través de ellas tendrán un indicio de la marcha continua de la doctrina espírita y una prueba evidente de sus consecuencias morales.

Sin embargo, antes de referirnos a los espíritas de Lyon, no debemos omitir a los de Sens y de Mâcon, a los que visitamos de paso, y agradecerles el afectuoso recibimiento. También allí hemos podido constatar un notable progreso, tanto en la cantidad de los adeptos como en la opinión que se tiene acerca del espiritismo en general. En todas partes las filas de los burlones se dispersan, e incluso aquellos que aún no creen, guardan una prudente reserva, dictada por el carácter y por la posición social de aquellos que hoy ya no temen confesar públicamente que son partidarios y propagadores de las nuevas ideas. Ante la opinión que se pronuncia y se generaliza, los incrédulos manifiestan que tal vez haya algo de cierto en ellas, y que en definitiva, cada uno es libre en sus creencias. Por lo menos, antes de hablar, quieren saber de qué se trata, mientras que antes hablaban primero, sin saber de qué. Ahora bien, no se puede negar que para muchas personas, eso no

implica un verdadero progreso. Más adelante volveremos a esos dos centros, todavía nuevos, numéricamente hablando, mientras que Lyon ya alcanzó la plenitud.

En efecto, los espíritas de esa ciudad ya no se cuentan de a cientos, como hace un año, sino de a miles; o mejor dicho, ya no se los cuenta, y se calcula que si siguen en la misma progresión, dentro de uno o dos años serán más de treinta mil. El espiritismo los recluta en todas las clases, pero es sobre todo en la clase obrera donde se propagó más rápidamente, lo que no es de sorprender. Dado que esta clase es la que más sufre, se orienta hacia el lado donde encuentra más consolaciones. ¡Vosotros, que levantáis la voz contra el espiritismo, dad a los obreros algo mejor! Ellos se orientarían hacia vosotros; pero, en vez de eso, pretendéis quitarles aquello que los ayuda a cargar el fardo de sus miserias. Es el medio más seguro de privaros de su simpatía y de engrosar las filas de los que se os oponen. Aquello que hemos visto personalmente es de tal modo característico, y encierra una enseñanza tan grande, que hemos considerado un deber consagrar a los trabajadores la mayor parte de nuestro relato.

El año pasado había un único centro de reunión, el de Brotteaux, dirigido por el Sr. Dijoud, jefe de taller, y su mujer. Después se formaron otros, en diferentes puntos de la ciudad, en Guillotière, en Perrache, en Croix-Rousse, en Vaise, en Saint-Just, etc., sin contar una gran cantidad de reuniones particulares. En total había apenas dos o tres médiums, bastante novatos, mientras que ahora los hay en todos los grupos, y varios son de primera categoría; incluso, en uno de los grupos hemos visto cinco que escribían simultáneamente. También hemos visto a una joven, excelente médium vidente,

en quien pudimos comprobar esa facultad desarrollada en un alto grado.

Hemos traído una colección de dibujos extraordinarios, de un médium dibujante que no sabe dibujar. Tanto por la ejecución como por la complejidad, rivalizan con los dibujos de Júpiter¹², aunque pertenezcan a otra clase. No debemos olvidar a un médium curador, tan recomendable por su devoción como por la potencia de su facultad.

No cabe duda de que los adeptos se multiplican; pero lo que vale más aún que la cantidad, es la calidad. ¡Pues bien! Declaramos abiertamente que no hemos visto, en ninguna parte, reuniones espíritas más edificantes que las de los obreros lionneses, en lo que atañe al orden, al recogimiento y al cuidado con que reciben las instrucciones de sus guías espirituales. Allí hay hombres, mujeres, ancianos, jóvenes, incluso niños cuya actitud respetuosa y de recogimiento contrasta con su edad; jamás han perturbado, ni por un instante, el silencio de nuestras reuniones, por lo general muy prolongadas; parecían estar casi tan ávidos como sus padres de recibir nuestras palabras. Esto no es todo; la cantidad de las metamorfosis morales, en los obreros, es casi tan grande como la de los adeptos: hábitos viciosos reformados, pasiones que se sosiegan, odios apaciguados, inclinaciones pacificadas, en suma, las virtudes más cristianas desarrolladas, y esto mediante la confianza, a partir de entonces inconvencible, que las comunicaciones espíritas les confieren sobre un porvenir en el cual no creían. Para ellos es una felicidad concurrir a esas reuniones instructivas, de las cuales salen reconfortados pese a la adversidad; también los hay que recorren más de una legua en cualquier estación, sea

12. Véase la *Revista Espírita*, Año I, N.º 8, agosto de 1858 (N. del T.)

invierno o verano, y que afrontan todo para no perder una sesión; porque en ellos no hay una fe vulgar, sino una fe basada en una convicción profunda, razonada, que no es ciega.

Los Espíritus que los instruyen saben ponerse admirablemente al alcance de sus oyentes. Sus dictados no son piezas de elocuencia, sino útiles instrucciones familiares, sencillas, que por eso mismo llegan al corazón. Las conversaciones con los parientes y los amigos muertos representan allí un importante rol, de donde salen a menudo útiles lecciones. Con frecuencia se reúne una familia entera, y la noche transcurre en una amena expansión con los que se han marchado; quieren tener noticias de los tíos, las tías, los primos y las primas; saber si son felices. A ninguno se lo olvida; cada uno quiere que el abuelo le diga algo, y a cada uno este le da un consejo. —Y a mí, abuelo —preguntaba en cierta ocasión un adolescente—, ¿no me dirás nada? —Sí, hijo mío, a ti te diré una cosa: no estoy contento contigo; días atrás discutiste durante el camino por una tontería, en vez de ir directo al trabajo; eso no es bueno. —¿Cómo te has enterado de eso, abuelo? —Sin duda lo sé. ¿Acaso nosotros, los Espíritus, no vemos todo lo que hacéis, dado que estamos al lado vuestro? —Perdón, abuelo; te prometo que no volveré a hacerlo.

¿Acaso no hay algo conmovedor en esta comunicación de los muertos con los vivos? Ahí está la vida futura, que palpita ante los ojos; ya no la muerte, ya no la eterna separación, ya no la nada; el Cielo está más cerca de la Tierra, y se lo comprende mejor. Si esto es una superstición, ¡plazca a Dios que jamás hubiese habido otras!

Un hecho digno de mencionar, que hemos comprobado, es la facilidad con que esos hombres —en su mayoría analfabetos y endurecidos por los más arduos trabajos— comprenden

el alcance de la doctrina; se puede decir que solo le ven el lado serio. En las instrucciones que dimos en los diferentes grupos, en vano procuramos excitar su curiosidad mediante el relato acerca de las manifestaciones físicas, pese a que ni uno solo de ellos había visto una mesa en movimiento; en cambio, todo lo atinente a las apreciaciones morales cautivaba su interés en el más alto grado.

El discurso siguiente se nos dirigió en ocasión de nuestra visita al grupo de Saint-Just. Lo publicamos, no para dar satisfacción a una tonta y pueril vanidad, sino como prueba de los sentimientos que predominan en los talleres de trabajo donde ha penetrado el espiritismo, y porque sabemos que agrada a quienes han querido darnos ese testimonio de simpatía. Lo transcribimos textualmente, pues tendríamos escrúpulo de agregarle una sola palabra; solo ha sido enmendada la ortografía.

“Señor Allan Kardec, discípulo de Jesús, intérprete del Espíritu de Verdad, sois nuestro hermano en Dios. Estamos reunidos todos con el mismo corazón, con la protección de san Juan Bautista, protector de la humanidad y precursor del gran Maestro Jesús, nuestro Salvador.

“Nosotros os rogamos, querido maestro, que sumerjáis vuestra mirada en lo profundo de nuestros corazones, a fin de que podáis daros cuenta de las simpatías que tenemos por vos. Somos humildes trabajadores, sin artificios; una densa cortina, desde nuestra infancia, fue extendida sobre nosotros para amortiguar nuestra inteligencia; pero vos, querido maestro, por la voluntad del Todopoderoso, rasgáis la cortina. Esa cortina a la que consideraban impenetrable, no ha podido resistir a vuestro digno coraje. ¡Oh! Por cierto, hermano

nuestro, tomasteis el pesado pico para descubrir la semilla del espiritismo, que habían enterrado en un suelo de granito, y ahora la sembráis en los cuatro rincones del globo, incluso en los humildes barrios de los ignorantes, que comienzan a saborear el pan de la vida.

”Todos lo decimos desde el fondo del corazón; estamos animados por el mismo fuego y repetimos todos: ¡Gloria a Allan Kardec y a los Espíritus buenos que lo han inspirado! Y vosotros, buenos hermanos, Sr. y Sra. Dijoud, los bendecidos por Dios, Jesús y María, estáis grabados en nuestros corazones para jamás salir de allí, porque por nosotros habéis sacrificado vuestros intereses y vuestros placeres materiales. Dios lo sabe, y nosotros le agradecemos que os haya escogido para esta misión, y agradecemos también a nuestro protector superior, san Juan Bautista.

”Gracias, Sr. Allan Kardec; mil veces gracias, en nombre del grupo de Saint-Just, por haber venido hasta nosotros, simples obreros y aún muy imperfectos en materia de espiritismo; vuestra presencia nos causa una gran alegría en medio de nuestras tribulaciones, que son grandes en este momento de crisis comercial; vos nos traéis el bálsamo bienhechor que se llama esperanza, que calma los odios y reanima en el corazón del hombre el amor y la caridad. Nosotros nos aplicaremos, querido maestro, a seguir vuestros buenos consejos, al igual que los de los Espíritus Superiores que han tenido la bondad de ayudarnos e instruirnos, a fin de que nos convirtamos en verdaderos y buenos espíritas. Querido maestro, tened la certeza de que lleváis con vos la simpatía de nuestros corazones para toda la eternidad; nosotros lo prometemos. Somos y seremos siempre vuestros adeptos sinceros y sumisos. Permitid, a mí y al médium, que os demos el ósculo del amor fraterno,

en nombre de los hermanos y las hermanas aquí presentes. Quedaríamos muy felices, también, si quisierais hacer un brindis con nosotros.”

Habíamos llegado desde lejos, y subimos hasta las alturas de Saint-Just con un calor sofocante. Habían preparado algunos refrescos, en medio de las herramientas de trabajo: pan, queso, algunas frutas, una copa de vino; un verdadero ágape ofrecido con la sencillez antigua y con un corazón sincero. ¡Un copa de vino! ¡ah! En nuestro honor, porque esa buena gente no bebe todos los días; pero era un festejo para ellos: se iba a hablar de espiritismo. ¡Oh! Con toda el alma brindamos con ellos, y su lunch modesto tenía, para nosotros, cien veces más valor que los más espléndidos banquetes. Tengan ellos aquí la certeza de esto.

Alguien nos había dicho en Lyon: *El espiritismo penetra en los obreros a través del razonamiento; ¿no habrá llegado la época de hacer que penetre a través del corazón?* Por cierto, esa persona no conoce a los obreros: sería de desear que en todo el mundo se encontrase tanto corazón como en ellos. Si ese discurso no fue inspirado por el corazón; si el corazón nada significa para quien encuentra en el espiritismo la fuerza para vencer a sus malas inclinaciones, para luchar con resignación contra la miseria, para sofocar sus rencores y animosidades; para quien comparte su trozo de pan con alguien más desventurado, entonces es preciso confesar que no sabemos dónde está el corazón.

(*Revista espírita - Periódico de estudios psicológicos*, Año IV, n.º 10, octubre de 1861.)



Discurso de Allan Kardec con motivo del banquete que se le ofreció en Lyon

Señoras y Señores, queridos y buenos hermanos en el espiritismo:

Hay circunstancias en las que se puede lamentar la insuficiencia de nuestro pobre lenguaje humano, y una de ellas es cuando se trata de expresar ciertos sentimientos; tal es mi situación en este instante. Experimento al mismo tiempo: una sorpresa muy agradable, cuando veo el terreno inmenso que la doctrina espírita ha conquistado entre vosotros en el último año, lo que me hace admirar a la Providencia; una alegría inefable, en vista del bien que esa doctrina produce aquí, de los consuelos que distribuye sobre tantos dolores, ostensibles u ocultos, a partir de lo cual puedo deducir el futuro que le aguarda; una felicidad indescriptible, al encontrarme en medio de esta familia, que en poco tiempo se ha vuelto tan numerosa, y que crece cada día; por último, y por encima de todo, una profunda y sincera gratitud por los conmovedores testimonios de simpatía que recibo de todos vosotros.

Esta reunión tiene un carácter particular. Gracias a Dios, aquí todos somos buenos espíritas, lo suficiente –supongo yo– para que no veamos más que el placer de hallarnos juntos, y no el de encontrarnos sentados a la mesa. Creo incluso, y dígame de paso, que un festín de espíritas sería una contradicción. Presumo, también, que al convidarme tan generosamente y con tanta insistencia para que viniera a vuestro ámbito, no imaginasteis que la cuestión del banquete fuera para mí un motivo de atracción. Eso fue lo que me apresuré a escribirles a mis buenos amigos Rey y Dijoud, cuando se dis-

culparon por la sencillez de la recepción. Estad convencidos de que lo que más me honra en esta circunstancia, aquello de lo que puedo, con razón, estar orgulloso, es la cordialidad y la sinceridad de vuestro recibimiento, lo que muy raramente se encuentra en las recepciones ostentosas, pues aquí los rostros no están enmascarados.

Si algo pudiera atenuar la felicidad que experimento de hallarme entre vosotros, sería el hecho de no poder permanecer aquí más que por un breve tiempo. Me habría resultado muy agradable prolongar mi estadía en uno de los centros más numerosos y más activos del espiritismo; no obstante, puesto que deseasteis recibir algunas instrucciones de mi parte, estoy seguro de que no tomaréis a mal que, a fin de aprovechar cada momento, me aparte un poco de las banalidades tan habituales en circunstancias similares, y que mi discurso agregue cierta seriedad a la seriedad propia del motivo que nos ha convocado. Por cierto, si estuviésemos en un banquete de bodas o de bautismo, sería inoportuno hablar de almas, de la muerte y de la vida futura; pero, reitero, aquí estamos para instruirnos antes que para comer; y en todo caso, jamás para divertirnos.

No penséis, señores, que la espontaneidad que os condujo a reuniros aquí sea un hecho puramente personal. No os quepa duda de que esta reunión tiene un carácter especial y providencial; una voluntad superior la ha producido; manos invisibles os impulsaron sin que lo supierais, y tal vez un día sea destacada en los anales del espiritismo. Puedan nuestros hermanos del futuro evocar este día memorable, en que los espíritas lioneses, dando un ejemplo de unión y concordia, colocaron con estos ágapes el primer hito de la alianza que debe reinar entre los espíritas de todos los países del mundo;

porque el espiritismo, al restituir al Espíritu su verdadero rol en la Creación, al constatar la superioridad de la inteligencia sobre la materia, hace que desaparezcan naturalmente todas las distinciones establecidas entre los hombres en cuanto a las ventajas corporales y mundanas, sobre las cuales tan solo el orgullo instaló las castas y los estúpidos prejuicios de color. Dado que amplía el círculo de la familia a través de la pluralidad de las existencias, el espiritismo establece entre los hombres una fraternidad más racional que aquella que solo tiene como base los frágiles lazos de la materia, porque esos lazos son perecederos, mientras que los del Espíritu son eternos. Cuando lleguen a ser debidamente comprendidos, esos lazos influirán, por la propia fuerza de las circunstancias, en las relaciones sociales y, más tarde, en la legislación social, que adoptará como base las leyes inmutables del amor y de la caridad. Se verá, entonces, que desaparecen esas anomalías que chocan a los hombres de buen sentido, como las leyes de la Edad Media lo hacen a los hombres de hoy. Pero esto es obra del tiempo. Dejemos a Dios el cuidado de hacer que cada cosa llegue a su tiempo; esperemos todo de su sabiduría y agradezcámosle el habernos permitido asistir a la aurora que despunta para la humanidad, y por habernos escogido como los pioneros de la gran obra que se prepara. Que Él se digne esparcir su bendición sobre esta asamblea, la primera en que los adeptos del espiritismo están reunidos en tan importante cantidad, con un sentimiento de auténtica fraternidad.

Digo de auténtica fraternidad, porque tengo la íntima convicción de que todos vosotros, aquí presentes, no sois portadores de ninguna otra. Pero no os quepa duda de que numerosas legiones de Espíritus están entre nosotros; de que nos escuchan en este momento, observan todas nuestras acciones

y sondean los pensamientos de cada uno, evaluando su potencia o su debilidad moral. Los sentimientos que los animan son muy diversos: si bien algunos están felices de esta unión, creedme que otros padecen una envidia horrorosa. Cuando salgan de aquí, intentarán sembrar la discordia y la desunión; os cabe a vosotros, buenos y sinceros espíritas, demostrarles que pierden el tiempo y que se equivocan al suponer que hallarán aquí corazones accesibles a sus pérfidas sugerencias. Invocad, pues, con fervor, la asistencia de vuestros ángeles de la guarda, a fin de que alejen de vosotros todo pensamiento que no sea para el bien. Dado que el mal no puede originarse en el bien, el simple buen sentido nos dice que los pensamientos malos no pueden emanar de un Espíritu bueno; y un pensamiento es necesariamente malo cuando es contrario a la ley de amor y de caridad, cuando sus móviles son la envidia o los celos, el orgullo herido, o incluso una pueril susceptibilidad del amor propio contrariado, hermano gemelo del orgullo, que induciría a mirar a sus hermanos con desdén. *Amor y caridad para con todos*, dice el espiritismo; *Amarás al prójimo como a ti mismo*, dijo el Cristo; ¿acaso no son sinónimos?

Amigos míos, os he felicitado por los progresos que el espiritismo ha hecho entre vosotros, y no podría sentirme más feliz de constatarlo. Felicitaos, por vuestra parte, porque ese progreso es el mismo en cualquier lugar. En efecto, este último año ha visto que el espiritismo creció en todos los países, en una proporción que superó todas las expectativas; está en el aire, en las aspiraciones de todos, y por todas partes encuentra ecos, bocas que repiten: *Esto es lo que estaba esperando, lo que una voz secreta me hacía presentir*. Pero el progreso se manifiesta también bajo una nueva fase: la del coraje de opinar, que hasta hace muy poco no existía aún. Solo se hablaba de

espiritismo en secreto, a escondidas; hoy la gente se declara espírita tan abiertamente como se declara católica, judía o protestante. Se afronta la burla, y tal osadía se impone a los bromistas, los cuales se comportan como esos perritos falderos que persiguen a los que les temen, pero escapan cuando se les hace frente. La burla da coraje a los tímidos, y en muchas localidades revela la existencia de numerosos espíritas que no se conocían entre ellos. ¿Puede tal movimiento pararse? ¿Podrán detenerlo? Digo con toda claridad: ¡No! Para lograrlo han echado mano de todos los recursos: sarcasmo, burlas, conocimientos, imprecaciones; el espiritismo todo lo superó sin aminorar su avance ni un segundo. Ciego sería, pues, quien en esto no viese la mano de Dios. Podrán ponerle obstáculos; pero detenerlo, jamás, porque si no escapara por la derecha, huiría por la izquierda.

Al observar los beneficios morales que el espiritismo proporciona, los consuelos que prodiga, incluso los crímenes que ha impedido, nos preguntamos: ¿Quién podría tener interés en combatirlo? En primer lugar, tiene en contra suya a los incrédulos, que lo ridiculizan: estos no son para temer, pues se ha visto que sus afiladas flechas se quebraban contra su coraza. En segundo lugar, los ignorantes, que lo combaten sin conocerlo: ellos son los más numerosos; no obstante, combatida por la ignorancia, la verdad espírita jamás ha tenido algo que temer, pues los ignorantes se refutan a ellos mismos sin quererlo, según el testimonio del Sr. Louis Figuier en su *Historia de lo maravilloso*. La tercera categoría de adversarios es más peligrosa, por su tenacidad y perfidia; la componen todos aquellos a los que el espiritismo puede llegar a contrariar en cuanto a sus intereses materiales; combaten en la oscuridad, y los dardos envenenados de la calumnia no les faltan.

Esos son los verdaderos enemigos del espiritismo, como en todas las épocas lo han sido de todas las ideas de progreso; los encontraréis en todos los niveles, en todas las clases sociales. ¿Triunfarán? No, puesto que no es dado al hombre oponerse a la marcha de la naturaleza, y el espiritismo forma parte de las cosas naturales. Así pues, más temprano o más tarde, tendrán que tomar partido y aceptar lo que ha sido aceptado por todos. ¡No! No triunfarán: serán derrotados.

Un nuevo elemento viene a sumarse a la legión de los espíritas: el de las clases trabajadoras. Notad en esto la sabiduría de la Providencia. El espiritismo se propagó al principio en las clases instruidas, en lo más elevado de la sociedad. Eso era necesario: en primer lugar, para conferirle más crédito; luego, para que fuese elaborado y expurgado de las ideas supersticiosas que la falta de instrucción podría introducir en él, y con las cuales lo habrían confundido. Apenas constituido, si así puede decirse de una ciencia tan nueva, el espiritismo toma contacto con la clase obrera, y entre ella se propaga rápidamente. ¡Ah! Eso se debe a que hay entre los trabajadores tanta necesidad de consuelo, tantos ánimos para levantar, tantas lágrimas que enjugar, tanta resignación para inspirar, que ellos han recibido al espiritismo como un ancla de salvación, como un escudo contra las terribles tentaciones de la pobreza. En todas partes donde lo he visto penetrar en los hogares humildes, percibí que en ellos había producido sus beneficiosos efectos moralizadores. Regocijaos, pues, obreros lioneses que me escucháis, porque en otras ciudades, como Sens, Lille, Burdeos, tenéis hermanos espíritas que, como vosotros, han renunciado a las culpables esperanzas de desorden y a los criminales deseos de venganza. Continuad, a través del ejemplo, demostrando los beneficiosos resultados de esta doctrina. A quienes pregunten

para qué puede esta servir, respondedles: *En mi desesperación, quería matarme; pero el espiritismo me detuvo, porque me enseñó lo que cuesta abreviar voluntariamente las pruebas que Dios tuvo a bien enviar a los hombres. Para aturdirme, me embriagaba; pero comprendí cuán despreciable era por quitarme voluntariamente la razón, privándome de ese modo de ganar mi pan y el de mis hijos. Me había apartado de todos los sentimientos religiosos; pero hoy ruego a Dios y deposito las esperanzas en su misericordia. Solo creía en la nada, como el supremo remedio para mis miserias; pero mi padre fallecido se comunicó conmigo y me dijo: ¡Hijo mío, coraje! Dios te tiene en cuenta; ¡un esfuerzo más y estarás a salvo! Me arrodillé ante Dios y le pedí perdón. Al ver a los ricos y a los pobres, a personas que lo tienen todo y a otras que no tienen nada, acusaba a la Providencia; ahora sé que Dios todo lo pesa en la balanza de la justicia, y aguardo su juicio; si estuviera en sus decretos que yo deba sucumbir trabajando, entonces lo haré, pero con la conciencia pura y sin llevar el remordimiento de haber robado un óbolo a quien me podía salvar la vida.* Decidles: *Para esto sirve el espiritismo, esta locura, esta quimera, como lo denomináis.* En efecto, amigos míos, continuad predicando con el ejemplo; haced que comprendan el espiritismo con sus consecuencias saludables, pues cuando lo hagan ya no se asustarán; por el contrario, será aceptado como garantía del orden social, y hasta los incrédulos se verán obligados a hablar de él con respeto.

Me he referido a los progresos del espiritismo. Sucede que, en efecto, no existen ejemplos de alguna doctrina –cualquiera sea– que haya avanzado con tanta rapidez, sin exceptuar al propio cristianismo. ¿Acaso esto significa que sea superior a él, que deba suplantarlo? No; pero es este el lugar para establecer su verdadero carácter, a fin de destruir una prevención por demás difundida entre aquellos que no lo conocen.

En su origen, el cristianismo tuvo que luchar contra una potencia peligrosa: el paganismo, que por entonces estaba universalmente difundido. Entre ellos no había alianza posible, como no la hay entre la luz y las tinieblas; en una palabra, el cristianismo no podía propagarse sin destruir lo que había. De ese modo, la lucha fue prolongada y terrible, y las persecuciones son una prueba de ello. El espiritismo, por el contrario, no tiene que destruir nada, porque se afirma en las bases del propio cristianismo: en el Evangelio, del cual no es más que la aplicación. ¿Concebís la ventaja, no de su superioridad, sino de su posición? No es, pues, como algunos pretenden —porque todavía no lo conocen—, una religión nueva, una secta que se forma a costa de sus antecesoras; es una doctrina puramente moral, que no se ocupa en absoluto de los dogmas y deja a cada uno la absoluta libertad de sus creencias, pues no impone ninguna. La prueba de esto es que tiene adherentes en todas, entre los más fervorosos católicos, como entre los protestantes, los judíos y los musulmanes. El espiritismo se basa en la posibilidad de comunicarse con el mundo invisible, es decir, con las almas. Ahora bien, dado que los judíos, los protestantes y los musulmanes tienen alma como nosotros, de ahí se sigue que esas almas pueden comunicarse tanto con ellos como con nosotros y, por consiguiente, pueden ser espíritas como nosotros.

Así como no se trata de una secta religiosa, tampoco es una secta política; es la constatación de un hecho que no pertenece a partido alguno, como lo son la electricidad o el ferrocarril; insisto en que es una doctrina moral, y la moral está en todas las religiones, en todos los partidos.

¿Es buena o mala la moral que el espiritismo enseña? ¿Es subversiva? Esa es toda la cuestión. Que lo estudien, y sabrán

a qué atenerse. Ahora bien, dado que se trata de la moral del Evangelio, desarrollada y aplicada, condenarla sería condenar el Evangelio.

El espiritismo, ¿ha hecho el bien o el mal? Estudiadlo una vez más, y veréis. ¿Qué ha logrado? Ha impedido innumerables suicidios; restableció la paz y la concordia en una gran cantidad de familias; convirtió en mansos y pacientes a hombres violentos y coléricos; confirió resignación a quienes no la tenían, y consuelo a los afligidos; condujo hacia Dios a quienes no lo conocían, demoliendo sus ideas materialistas: una verdadera llaga social que aniquila la responsabilidad moral del hombre. Eso es lo que ha hecho, lo que hace día tras día, y lo que hará cada vez más, a medida que se generalice. ¿Será este el resultado de una doctrina perjudicial? No me consta que alguien haya atacado la moral del espiritismo; apenas dicen que la religión también puede producir todo eso. Concuero plenamente; pero, en ese caso, ¿por qué no lo produce siempre? Porque no todos la comprenden. Ahora bien, al tornar claro e inteligible para todos aquello que no lo es, y evidente lo que es dudoso, el espiritismo conduce a la aplicación, mientras que jamás se siente necesidad de aquello que no se comprende. El espiritismo, por lo tanto, lejos de ser el antagonista de la religión, es su auxiliar; y la prueba está en que conduce a las ideas religiosas a aquellos que las habían rechazado. En resumen, el espiritismo nunca aconsejó a nadie que cambie de religión, ni que sacrifique sus creencias; no pertenece particularmente a ninguna religión, o mejor dicho, está en todas ellas.

Por favor, señores, permítanme algunas palabras más acerca de una cuestión práctica. La creciente cantidad de espíritas en Lyon es una muestra de la utilidad del consejo que os di el

año pasado, relacionado con la formación de los grupos. Reunir a todos los adeptos en una sola sociedad, hoy ya sería algo materialmente imposible, y lo será más aún dentro de algún tiempo. Además de la cantidad, las distancias a recorrer debido a la extensión de la ciudad, y las diferencias de hábitos conforme a las posiciones sociales, aumentan esa imposibilidad. Por esos motivos y por muchos otros, que serían extensos para desarrollarlos aquí, una sola sociedad es una quimera impracticable. Multiplicad los grupos tanto como os sea posible; que haya diez, que haya cien, si fuera preciso, y tened la certeza de que llegaréis a la meta más deprisa y con mayor seguridad.

Habría cosas muy importantes para decir aquí sobre la cuestión de la unidad de principios, y sobre la divergencia que podría existir entre los grupos en cuanto a algunos puntos. Pero me detengo, a fin de no abusar de vuestra paciencia al escucharme, paciencia a la que ya he sometido a una prueba muy extensa. Si lo desearais, haré de esto el tema de una instrucción especial, que os enviaré a la brevedad.

Concluyo este discurso, señores, al que me dejé arrastrar por las escasas ocasiones en que tengo la felicidad de estar en vuestro medio. Tened la certeza de que me llevaré de vuestro benévolo recibimiento un recuerdo que no se borrará jamás.

Una vez más, amigos míos, os agradezco desde el fondo del corazón por las demostraciones de simpatía con que me distinguís; gracias por las bondadosas palabras que me dirigisteis por medio de vuestros intérpretes, de las cuales solo acepto el deber que ellas me imponen en cuanto a lo que me queda por hacer, y no los elogios. ¡Pueda este acto solemne ser una garantía de la unión que debe existir entre todos los verdaderos espíritas!

Brindo por los espíritas lyoneses y por todos los que entre ellos se distinguen por su esmero, su devoción, su abnegación, a los cuales vosotros mismos nombráis, sin que yo precise hacerlo.

¡Por los espíritas lyoneses, sin distinción de opiniones, estén o no presentes!

Señores, los Espíritus también quieren participar de esta fiesta de familia y expresar algunas palabras. Erasto, al que conocéis por las notables disertaciones publicadas en la *Revista*, dictó espontáneamente antes de mi partida, dedicada a vosotros, la epístola siguiente, que me encargó leerles en nombre de él. Con todo gusto cumplo ese encargo. Tendréis así la prueba de que los Espíritus que se comunican directamente con vosotros no son los únicos que se ocupan de vosotros y de aquello que os incumbe. Esta certeza no puede menos que consolidar vuestra fe y vuestra confianza, al ver que la mirada vigilante de los Espíritus superiores se extiende sobre todos y que, sin lugar a dudas, también sois objeto de su solicitud.

*Epístola de Erasto a los espíritas lyoneses,
leída en el banquete del 19 de septiembre de 1861.*

Os escribo con la más grata emoción, queridos espíritas del grupo lionés. Me siento pleno de afecto y de ternura en un ámbito como el vuestro, donde todas las condiciones sociales se dan las manos, y feliz de poderos anunciar que todos nosotros, los Espíritus iniciadores del espiritismo en Francia, asistiremos con la más viva alegría a vuestros ágapes fraternales, a los cuales hemos sido invitados por *Juan e Ireneo*, vuestros eminentes guías espirituales. ¡Ah! ¡Esos ágapes despiertan

en mi corazón el recuerdo de aquellos en los que todos nos reuníamos, mil ochocientos años atrás, cuando combatíamos las costumbres disolutas del *paganismo romano*, y ya comentábamos las enseñanzas y las parábolas del Hijo del Hombre, que murió, a consecuencia de la propagación de una idea sagrada, sobre el madero de la infamia! Si el Altísimo, amigos míos, por efecto de su infinita misericordia, permitiese que el recuerdo del pasado pudiera resplandecer por un instante en vuestras memorias entorpecidas, recordaríais esa época, ilustrada por los santos mártires de la pléyade lionesa: *Sanc-tus, Alexandre, Attale, Episode*, la dulce y valerosa *Blandina; Ireneo*, el intrépido obispo, de quienes muchos de vosotros formabais el cortejo, aplaudiendo su heroísmo y entonando loores al Señor. También os acordaríais de que varios de los que me escuchan regaron con su sangre la tierra lionesa, esta tierra fecunda a la que Eucher y Gregorio de Tours llamaron la patria de los mártires. No os los mencionaré, mas podéis tener en cuenta a los que en vuestros grupos desempeñan una misión, un apostolado, quienes ya han sido mártires de la propagación de la idea igualitaria, ¡enseñada desde lo alto del Gólgota por nuestro Cristo bienamado! Hoy, queridos discípulos, aquel que fue consagrado por san Pablo viene a deciros que vuestra misión sigue siendo la misma, porque el *paganismo romano*, siempre en pie, siempre vigoroso, aún aprisiona al mundo, como la hiedra al roble. Debéis, pues, difundir entre vuestros hermanos desventurados, sean esclavos de sus propias pasiones o de las pasiones ajenas, la sana y consoladora doctrina que mis amigos y yo hemos venido a revelarlos a través de nuestros médiums de todos los países. No obstante, constatamos que las épocas han progresado, que las costumbres ya no son las mismas y la humanidad ha crecido, porque

si hoy fueseis objeto de persecución, esta ya no provendría de un poder tiránico y envidioso —como en el tiempo de la iglesia primitiva—, sino de intereses que se han aliado contra la idea y contra vosotros, los apóstoles de la idea.

Acabo de pronunciar la palabra *igualitaria*. Juzgo útil detenerme un poco en ella, porque de ningún modo hemos venido a predicar en vuestro ámbito utopías impracticables y, también, porque rechazamos con energía todo lo que parezca estar vinculado a las prescripciones de un comunismo antisocial. Somos, ante todo, esencialmente propagadores de la libertad individual, indispensable para el desenvolvimiento de los encarnados; por consiguiente, somos enemigos declarados de todo aquello que se aproxime a esas legislaciones convencionales que aniquilan brutalmente a los individuos. Aunque me dirija a un auditorio compuesto en parte por artesanos y proletarios, sé que sus conciencias, iluminadas por las irradiaciones de la verdad espírita, ya han rechazado la comunión con las teorías antisociales enunciadas en apoyo a la palabra *igualdad*. Sea como fuere, considero que es mi deber restituirle a esa palabra su significación cristiana, tal como la explicó aquel que dijo: *Dad al César lo que es del César*. ¡Pues bien, espíritas! La igualdad proclamada por el Cristo, que nosotros mismos profesamos en vuestros grupos amados, es la igualdad ante la justicia de Dios, es decir, nuestro derecho, de conformidad con nuestro deber cumplido, de ascender en la jerarquía de los Espíritus y un día acceder a los mundos avanzados, donde reina la perfecta felicidad. Para eso, no son tomados en cuenta ni el nacimiento ni la fortuna: el pobre y el débil la alcanzan tanto como el rico y el poderoso, porque los unos no aportan, materialmente, más que los otros; y como allá ninguno compra su lugar ni su perdón con dinero, los derechos

son iguales para todos. Igualdad ante Dios: he aquí la verdadera igualdad. No se os preguntará qué poseáis, sino qué hicisteis con lo que poseáis. Ahora bien, cuanto más poseáis, más prolongadas y más difíciles serán las cuentas que deberéis rendir de vuestra gestión. Así pues, de conformidad con vuestras existencias misioneras, de pruebas o de castigos en los parajes terrenales, cada uno de vosotros, según las buenas o las malas obras, progresará en la escala de los seres o volverá a comenzar —más temprano o más tarde— su existencia, en caso de que se haya desviado. Por consiguiente —os lo repito—, al proclamar el dogma sagrado de la igualdad, no hemos venido a enseñar que aquí, en la Tierra, debéis ser todos iguales en riqueza, en saber y en felicidad, sino que todos accederéis, cuando sea el momento y de conformidad con vuestros méritos, a la felicidad de los elegidos, que compartiréis con las almas selectas que han dado cumplimiento a sus deberes. Mis queridos espíritas, he aquí la igualdad a la cual tenéis derecho, a la cual el espiritismo emancipador os conducirá, y a la que os invito con todas mis fuerzas. Para alcanzarla, ¿qué debéis hacer? Obedecer a estas dos sublimes palabras: amor y caridad, que resumen admirablemente la Ley y los profetas. ¡Amor y caridad! ¡Ah! Aquél que según su conciencia cumpla las prescripciones de esta máxima divina, tendrá la certeza de subir rápidamente la escalera de Jacob, y pronto alcanzará las esferas elevadas, donde podrá adorar, contemplar y comprender la majestad del Eterno.

No os imagináis cuán enternecedor y agradable nos resulta presidir vuestro banquete, donde el rico y el artesano se encuentran codo a codo brindando por la fraternidad; donde el judío, el católico y el protestante pueden sentarse para la misma comunión pascual. No os imagináis cuán orgulloso

me siento de distribuir a cada uno de vosotros los elogios y el coraje que el *Espíritu de Verdad*, nuestro bienamado Maestro, me ordenó que transmitiera a vuestros piadosos grupos. A ti, Dijoud, y a tu digna compañera, a todos vosotros, devotos misioneros que difundís los beneficios del espiritismo, gracias por vuestra contribución y vuestro fervor. Pero la nobleza obliga, amigos míos, sobre todo la del corazón, y seríais muy culpables, muy delincuentes si faltaseis, en el futuro, a vuestras sagradas misiones. No fallareis; tengo como garantía el bien que habéis realizado, y el que os queda por hacer. Pero es a vosotros, mis muy amados hermanos de la labor cotidiana, a quienes reservo mis más sinceras felicitaciones porque, bien lo sé, subís penosamente vuestro Gólgota, cargando —como el Cristo— vuestra cruz dolorosa. ¿Podría deciros algo más elogioso que mencionar el valor y la resignación con que soportáis los desastres inauditos que la lucha fratricida —aunque necesaria— de las dos Américas engendra en vuestro ámbito? ¡Ah! Ya nadie puede negar que se hace sentir la benéfica influencia del espiritismo; esta penetró, junto con la esperanza y la fe, en el ambiente de los talleres; y debemos agradecer a Dios la nueva revelación, cuando comparamos esta época con la del último reinado, en la que debido a la falta de trabajo los obreros descendían desde la *Croix-Rousse* hacia los *Terreaux*, en grupos tumultuosos que presagiaban motines, cuya represión sería terrible. Es cierto que, según esta imagen vulgar, de la que los obreros se sirven en su lenguaje pintoresco, muchas veces se ven obligados a *bailar delante de la mesa bien servida*; entonces dicen, ajustándose el cinturón: ¡Bah! ¡¡¡Mañana comeremos!!! Bien sé que la caridad pública, al igual que la privada, está activa y hace lo que le es posible; pero no es allí donde está el verdadero remedio. La humanidad precisa algo mejor, razón

por la cual, si bien el cristianismo preconizó la igualdad y las leyes igualitarias, el espiritismo encierra en sus flancos a la fraternidad junto con sus leyes, obra grandiosa y perpetua, que los siglos futuros van a bendecir. Recordad, amigos míos, que el Cristo escogió sus apóstoles entre los últimos hombres, y que estos, más poderosos que los césares, han conquistado el mundo para la idea cristiana. A vosotros, pues, os incumbe la obra sagrada de esclarecer a vuestros compañeros de taller y propagar nuestra sublime doctrina, que torna a los hombres tan fuertes en la adversidad, a fin de que el Espíritu del mal y de la rebeldía no llegue a suscitar el odio ni la venganza en el corazón de aquellos hermanos vuestros que aún no han sido tocados por la gracia espírita. Esta obra os pertenece por completo, mis queridos amigos; sé que la realizaréis con el mismo esmero y el mismo ardor dictados por la conciencia de un deber que cumplir. Un día la Historia, reconocida, escribirá en sus anales que los obreros de Lyon, iluminados por el espiritismo, a mucho se han hecho merecedores, de parte de la patria, en 1861 y en 1862, por el coraje y la resignación con que soportaron las penosas consecuencias de las luchas esclavistas entre los *Estados desunidos* de América. ¡Qué importa! Esos tiempos de luchas y de pruebas, hijos míos, son bendecidos por Dios, son enviados para desarrollar el coraje, la paciencia y la energía; para apresurar la elevación y el perfeccionamiento del orbe terrestre y de los Espíritus aprisionados en los lazos carnales de la materia. ¡Avanzad! Ahora la trinchera está abierta en el Viejo Mundo, y sobre sus ruinas aclamaréis la era espírita de la fraternidad, que os señala el objetivo y la finalidad de las miserias humanas, para consuelo y fortalecimiento de vuestros corazones contra la lucha y la adversidad. Confundiréis a los incrédulos y a los impíos, y agradeceréis a

Dios la porción de vuestros infortunios y vuestras pruebas, porque estos os aproximan a la eterna felicidad.

Aún me resta daros algunos consejos, aunque vuestros guías muchas veces os los hayan dado, pero mi posición personal y la actual circunstancia me aconsejan recordároslos nuevamente. Mis buenos amigos, aquí me dirijo a todos los espíritas, a todos los grupos, a fin de que no surjan entre vosotros escisiones, disidencias, ni cismas, sino por el contrario, que una creencia solidaria os anime y os reúna a todos, pues esto es necesario para el desarrollo de nuestra doctrina bienhechora. Siento una especie de voluntad que me impulsa a predicaros la concordia y la unión, pues en esto –como en todo– la unión hace la fuerza, y vosotros tenéis necesidad de ser fuertes y de estar unidos, a fin de que podáis hacer frente a las tempestades que se aproximan. Y no solo tenéis necesidad de estar unidos entre vosotros, sino también con vuestros hermanos de todos los países. Por eso os convoco a seguir el ejemplo que os han dado los espíritas de Burdeos, cuyos grupos particulares constituyen los satélites de un grupo central, que ha solicitado entrar en comunión con la Sociedad iniciadora de París, la primera en recibir los elementos de un cuerpo de doctrina y asentar las bases efectivas para el estudio del espiritismo, que todos nosotros, espíritas, profesamos en el mundo entero.

Sé que cuanto os digo aquí no va a perderse; además, me refiero por completo a los consejos que ya habéis recibido, ya que aún recibiréis de vuestros excelentes guías espirituales, quienes os conducirán por esta vía saludable, pues es necesario que la luz se irradie desde el centro hacia la periferia y desde esta hacia el centro, a fin de que todos aprovechen y se beneficien con los trabajos de cada uno. Por otra parte, es

indiscutible que, si se sometieran al crisol de la razón y de la lógica todos los datos y todas las comunicaciones de los Espíritus, fácil sería rechazar el absurdo y el error. Un médium puede ser fascinado; un grupo, engañado; sin embargo, el control severo de los otros grupos, el conocimiento adquirido y la autoridad moral de los jefes de grupos, así como las comunicaciones de los principales médiums, que reciben un sello de lógica y de autenticidad de nuestros mejores Espíritus, rápidamente harán justicia a los dictados falsos y astutos emanados de una turba de Espíritus engañadores, imperfectos o malos. Rechazad sin consideraciones a todos esos Espíritus que se presentan como consejeros exclusivos, predicando la división y el aislamiento. Casi siempre son Espíritus vanidosos y mediocres, que tienden a imponerse a los hombres débiles y crédulos, a quienes prodigan loores exagerados, a fin de fascinarlos y mantenerlos bajo su dominio. Generalmente son Espíritus sedientos de poder, que fueron déspotas —en público o en privado— cuando estuvieron vivos, y que aún quieren tener víctimas sobre las cuales ejercer su tiranía después de la muerte. Amigos, desconfiad en general de las comunicaciones que tienen un carácter de misticismo o de extrañeza, o que prescriben ceremonias y actos bizarros; en tales casos existe siempre un motivo de legítima sospecha. Por otro lado, tened la certeza de que cuando una verdad debe ser revelada a la humanidad es, por así decirlo, inmediatamente comunicada en todos los grupos serios, que poseen médiums serios.

Por último, considero que es oportuno repetiros aquí que nadie es un médium perfecto si está obsedido; la obsesión es uno de los mayores escollos, y existe una obsesión manifiesta cuando un médium solamente es apto para recibir

comunicaciones de un Espíritu en especial, por más alto que este procure ubicarse a sí mismo. Por consiguiente, todos los médiums, todos los grupos que se consideren privilegiados por comunicaciones que solo ellos pueden recibir, o que estén sometidos a prácticas cercanas a la superstición, se hallan indudablemente bajo el dominio de una obsesión muy bien caracterizada. Os digo todo esto, amigos míos, porque en el mundo existen médiums fascinados por Espíritus pérfidos. Desenmascarad sin piedad a esos Espíritus, si osaran, además, profanar nombres venerados, de los cuales se apoderan como ladrones, y con los que se atavían orgullosamente, como lo hacen los lacayos con las ropas de sus patrones; delatadlos sin miramientos, en caso de que persistan en desviar del camino del bien a los cristianos honestos, a los espíritas diligentes, cuya buena fe han defraudado. En una palabra, permitidme que repita lo que ya he aconsejado a los espíritas parisienses: es mejor rechazar diez verdades durante cierto tiempo, que aceptar una sola mentira, una sola teoría falsa, porque sobre esa teoría, sobre esa mentira, podríais edificar todo un sistema que se desmoronaría al primer soplo de la verdad, como si fuera un monumento edificado sobre arena movediza; mientras que si hoy rechazáis ciertas verdades, ciertos principios, porque no os son demostrados mediante la lógica, en breve un hecho impetuoso o una demostración irrefutable vendrá a confirmaros su autenticidad.

A Juan, a Ireneo, a Blandina, así como a todos vuestros Espíritus protectores, incumbe la tarea de preveniros, de ahora en adelante, contra los falsos profetas de la erraticidad. El gran Espíritu emancipador que preside nuestros trabajos, bajo la mirada del Todopoderoso, providenciará eso, podéis creerme. En lo que a mí respecta, aunque esté particularmente vincu-

lado a los grupos parisienses, vendré en algunas ocasiones a ocuparme de vosotros, y acompañaré, siempre con interés, vuestros trabajos particulares.

Esperamos mucho de la provincia lionesa, y sabemos que no faltaréis, ni unos ni otros, a vuestras respectivas misiones. Tened presente que el cristianismo, que fue traído por las legiones cesarianas, arrojó hace casi dos mil años las primeras semillas de la renovación cristiana en Vienne y en Lyon, desde donde se propagaron rápidamente a la Galia del Norte. En la actualidad, el progreso debe realizarse en una radiación diferente, es decir, de Norte a Sur. ¡A la obra, pues, lioneses! Es necesario que la verdad triunfe, y no es sin una legítima impaciencia que aguardamos la hora en que sonará la trompeta de plata, para anunciarnos vuestro primer combate y vuestra primera victoria.

Permitidme, ahora, que os agradezca el recogimiento con que me escuchasteis, así como la amena recepción que nos habéis dispensado. Que Dios Todopoderoso, Señor de todos nosotros, os conceda su benevolencia, derramando sobre vosotros y sobre su muy humilde servidor los tesoros de su infinita misericordia. ¡Adiós, lioneses; os bendigo!

ERASTO

(*Revista espírita - Periódico de estudios psicológicos*, Año IV, N.º 10, octubre de 1861.)



El espiritismo en Burdeos

Si bien Lyon hizo lo que podría denominarse su *pronunciamento* en materia de espiritismo, Burdeos no se quedó atrás, porque también quiere ocupar uno de los primeros lugares en la gran familia espírita. Eso se puede juzgar por el relato de nuestra visita a los espíritas de esa ciudad, a raíz de una invitación que nos cursaron. No ha sido a lo largo de varios años, sino de algunos meses, que la doctrina espírita adquirió allí proporciones grandiosas en todas las clases de la sociedad. Para comenzar, hemos constatado un hecho de suma importancia: en Burdeos, al igual que en Lyon y en muchas otras ciudades que visitamos, la doctrina se enfoca desde el más serio punto de vista y en sus aplicaciones morales; allí, como en otros lugares, hemos visto innumerables transformaciones, verdaderas metamorfosis, de caracteres a los que ya no se reconoce; personas que no creían en nada, conducidas a las ideas religiosas por la certeza de un porvenir que se volvió palpable para ellas. Esto da una idea del ánimo que impera en las reuniones espíritas, que mucho se han multiplicado. En todas las reuniones a las que asistimos, hemos constatado el más edificante recogimiento, un clima de mutua benevolencia entre los concurrentes; por nuestra parte, nos hemos sentido en un ámbito ameno, que inspira confianza.

Los obreros de Burdeos no les van en zaga a los de Lyon; allí cuentan con numerosos y fervientes adeptos, cuya cantidad aumenta a diario. Nos sentimos felices de decir que hemos salido de esas reuniones edificados por el piadoso sentimiento que las preside, así como por el tacto con el cual saben ponerse en guardia contra la intrusión de los Espíritus embusteros. Hemos comprobado con placer el hecho de que

algunos hombres, que se hallan en una prominente posición social, suelen unirse a los grupos plebeyos con la más fraterna cordialidad, dejando los títulos en la puerta de entrada, y que simples trabajadores son recibidos con igual benevolencia en los grupos de otra índole. En todas partes, el rico y el obrero se estrechan las manos cordialmente. Nos han dicho que ese acercamiento de los dos extremos de la escala social se ha instalado en las costumbres de la región, y nos congratulamos por eso. Con todo, reconocemos que el espiritismo ha venido a dar a ese estado de cosas una razón de ser y una sanción moral, al mostrar en qué consiste la verdadera fraternidad.

Hemos encontrado en Burdeos numerosos y excelentes médiums, en todas las clases, de todos los sexos y edades. Muchos escriben con gran facilidad y obtienen comunicaciones de elevado alcance, lo que —por lo demás— los Espíritus nos habían informado antes de nuestra visita. Asimismo, no se puede más que loarlos por el esmero con que prestan su colaboración en las reuniones. No obstante, mejor aún es la abnegación de todo amor propio respecto de las comunicaciones; nadie se considera privilegiado ni intérprete *exclusivo* de la verdad; nadie procura imponerse, ni imponer a los Espíritus que lo asisten; todos presentan con simplicidad lo que obtienen, para que sea evaluado por la asamblea, y nadie se ofende ni se incomoda con las críticas; aquel que recibe falsas comunicaciones se consuela aprovechando las buenas que otros obtienen, de quienes no tienen celos. ¿Ocurre lo mismo en todas partes? Lo ignoramos. Apenas dejamos constancia de lo que hemos visto. Dejamos constancia, también, de que los espíritas se han compenetrado del principio según el cual todo médium orgulloso, celoso y susceptible, no puede ser asistido por Espíritus buenos, y que en él esos defectos son motivo de

sospecha. Lejos están, pues, de buscar esa clase de médiums, pese a que sus facultades sean excelentes, porque en caso de que se los encontrara serían rechazados por todos los grupos serios que, ante todo, desean obtener comunicaciones serias, en vez de poner la mira en los efectos.

Entre los médiums que hemos visto, hay uno que merece una mención especial. Se trata de una joven de diecinueve años, que a la facultad de médium escritora le suma la de médium dibujante y músico. Ella registró *mecánicamente*, según el dictado de un Espíritu que dijo ser Mozart, un fragmento de música que este no desaprobaba. Lo firmó, y varias personas que vieron los autógrafos del compositor dieron testimonio de la perfecta concordancia de la firma. Pero el trabajo más notable es, sin discusión, el dibujo; se trata de un cuadro, de cuatro metros cuadrados de superficie, que representa un sistema planetario, de un efecto tan original y tan singular que nos sería imposible dar una idea de él mediante su descripción. Ha sido realizado con lápiz negro, con pastel de diversos colores y esfumado. Ese cuadro, comenzado hace algunos meses, aún no ha sido concluido; el Espíritu lo destinó a la Sociedad Espírita de París. Hemos visto a la médium dedicada a la obra, y quedamos maravillados con la rapidez, así como con la precisión del trabajo. Al principio, y a modo de entrenamiento, el Espíritu le hizo trazar, a mano alzada y de una sola vez, círculos y espirales de cerca de un metro de diámetro, de modo tan regular que fue posible encontrar el centro geométrico con exactitud. Aún no podemos decir nada acerca del valor científico de ese cuadro; sin embargo, aunque se admitiera que es una fantasía, no deja de ser, como ejecución mediúmnica, un trabajo realmente notable. Dado que el

original debe ser enviado a París, el Espíritu aconsejó que se hiciesen varias copias fotográficas.

Un hecho que debemos mencionar es que el padre de la médium es artista plástico. En tal carácter, consideraba que el Espíritu procedía contrariando las reglas del arte, de modo que pretendía dar consejos. A eso se debió que el Espíritu le prohibiera presenciar el trabajo, a fin de que la médium no sufriera su influencia.

Hasta poco tiempo antes, la médium no había leído nuestras obras. El Espíritu le dictó, para que nos lo entregara a nuestra llegada —que aún no había sido anunciada—, un breve tratado de espiritismo, que en todos los puntos se corresponde con *El libro de los Espíritus*.

Sería mucha presunción de nuestra parte hacer referencia a los testimonios de simpatía que recibimos, a las atenciones y cortesías de las que fuimos objeto; por cierto, habríamos tenido razones para encender nuestro orgullo si no hubiésemos comprendido que se trataba de un homenaje tributado a la doctrina espírita mucho más que a nuestra persona. Por el mismo motivo, habíamos dudado en publicar algunos discursos que fueron pronunciados y que realmente nos conmovieron. Con todo, luego de que sometimos nuestras prevenciones a algunos amigos y a varios miembros de la Sociedad, se nos dijo que tales discursos eran un indicador del estado de la doctrina y que, desde ese punto de vista, resultaba instructivo para todos los espíritas tener conocimiento de ellos; además, puesto que esas palabras eran la expresión de un sentimiento sincero, probablemente quienes las habían pronunciado lamentarían que, por un exceso de modestia, nos abstuviéramos de reproducirlas, o podrían ver en ello indiferencia de nuestra parte. Fue sobre todo esta última consideración la que nos

decidió. Esperamos que los lectores nos juzguen un espírita suficientemente bueno para no desmentir a los principios que profesamos, haciendo de este relato una cuestión de amor propio.

Dado que nos referimos a esos diversos discursos, no queremos omitir, como rasgo característico, la breve alocución que nos recitó, con una gracia encantadora e ingenua solitud, un niño de cinco años y medio, hijo del Sr. Sabò, en ocasión de nuestra llegada al seno de esa familia verdaderamente patriarcal, y sobre la cual el espiritismo derramó a manos llenas sus benéficas consolaciones. Si cada generación que surge estuviese compenetrada de tales sentimientos, estaría permitido vislumbrar como muy cercano el cambio que debe producirse en las costumbres sociales, cambio que los Espíritus están anunciando en todas partes. No supongáis que aquel niño haya recitado su breve saludo como un papagayo. No, pues le captó muy bien el sentido. El espiritismo, en el cual, por así decirlo, fue acunado, ya es para su joven inteligencia un freno que él comprende perfectamente, y cuya razón, al desarrollarse, no rechazará.

Este es el breve discurso de nuestro joven amigo Joseph Sabò, quien se habría enfadado mucho si no lo hubiéramos publicado:

Sr. Allan Kardec, permitid al más joven de vuestros niños espíritas que venga hoy, un día que quedará grabado para siempre en nuestros corazones, a expresaros la alegría que causa vuestra presencia entre nosotros. Aún estoy en la infancia, pero mi padre ya me ha enseñado qué son los Espíritus que se nos manifiestan, la docilidad con que debemos seguir sus consejos, las penas y las recompensas que les son otorgadas.

En algunos años, si Dios lo juzgara conveniente, yo también quiero, con vuestros auspicios, convertirme en un digno y fervoroso apóstol del espiritismo, siempre sumiso a vuestro saber y a vuestra experiencia. En recompensa por estas breves palabras, dictadas por mi corazoncito, ¿me concederíais un beso, que no me atrevo a pedirlos?

(*Revista espírita - Periódico de estudios psicológicos*, Año IV, N.º 11, noviembre de 1861.)



Discurso de Allan Kardec a los espíritas de Burdeos

Señoras y señores:

He accedido dichoso a la invitación que habéis tenido a bien enviarme, y el afectuoso recibimiento que me ofrecéis es una de esas satisfacciones morales que dejan en el corazón una impronta profunda e imborrable. Si me siento dichoso con esta cordial bienvenida, se debe a que en ella veo un homenaje a la doctrina que profesamos y a los Espíritus buenos que nos la enseñan, mucho más que a mí personalmente, pues apenas soy un instrumento en las manos de la Providencia. Convencido de la verdad de esta doctrina, así como del bien que ella está llamada a producir, he intentado coordinar sus elementos; me esforcé en que fuera clara e inteligible para todos. Esa es la parte que me cabe, por eso jamás me presenté como su creador: el honor pertenece por completo a los Espíritus. Solamente a ellos, pues, deben dirigirse los testimonios de vues-

tra gratitud, y no acepto vuestros elogios más que como un estímulo para continuar mi labor con perseverancia.

En las tareas que he realizado para alcanzar el objetivo que me propuse, no cabe duda de que me han ayudado los Espíritus, como ellos mismos me lo manifestaron en varias ocasiones, pero sin el menor indicio exterior de mediumnidad. Así pues, no soy médium, en el sentido vulgar de la palabra, y hoy comprendo que es una felicidad para mí que así sea. Con una mediumnidad efectiva, yo solo habría escrito bajo una misma influencia; habría sido inducido a no aceptar como verdad más que lo que se me hubiera transmitido, y tal vez injustamente, mientras que, debido a mi posición, era conveniente que yo disfrutase de una libertad absoluta para tomar lo bueno, dondequiera que se encontrase y de donde proviniera. He logrado, pues, hacer una selección de las diversas enseñanzas, sin prevención y con absoluta imparcialidad. Vi, estudié y observé mucho, pero siempre con la mirada impassible. No ambiciono nada, excepto ver puesta al servicio de los otros la experiencia que adquirí; de modo que me siento feliz de ayudarlos a evitar los escollos inherentes a todo noviciado.

Si bien trabajé mucho, como hasta el día de hoy, me encuentro ampliamente recompensado por la marcha tan veloz de la doctrina espírita, cuyos progresos superan cuanto sería permitido esperar, por los resultados morales que esta produce; y me siento feliz al ver que la ciudad de Burdeos no solo no se queda en la retaguardia de este movimiento, sino que está dispuesta a marchar en la vanguardia, por la cantidad y por la calidad de sus adeptos. Si se considera que el espiritismo debe su propagación a sus propias fuerzas, pues no cuenta con el apoyo de ninguno de los medios auxiliares que por lo común generan los éxitos, y pese a los esfuerzos de una oposición sis-

temática —o más bien a causa de tales esfuerzos—, no podemos dejar de ver en eso la mano de Dios. Si sus enemigos, aunque poderosos, no han conseguido paralizar su expansión, es preciso admitir que el espiritismo es más poderoso que ellos, y que, como la serpiente de la fábula, en vano usan sus dientes contra una lima de acero.

Hemos dicho que el secreto de su poder reside en la voluntad de Dios, de modo que los que no creen en Dios se burlan. También hay algunas personas que no niegan a Dios, pero se consideran más fuertes que Él; esos no se ríen: oponen barreras a las que suponen infranqueables, y a pesar de ello el espiritismo las supera todos los días y ante su vista. En efecto, eso se debe a que él extrae de su naturaleza, de su propia esencia, una fuerza irresistible. ¿Cuál es, entonces, el secreto de esa fuerza? ¿Tendremos que ocultarla por temor a que, cuando se la conozca, como sucedió a Sansón, sus enemigos aprovechen para derribarlo? De ningún modo. En el espiritismo no hay misterios; todo se hace a la luz del día, y podemos revelarlo sin temor, abiertamente. Aunque ya lo he dicho, tal vez no sea fuera de propósito repetirlo aquí, a fin de que se sepa que si entregamos a los adversarios el secreto de nuestras fuerzas, se debe a que también conocemos su lado débil.

La fuerza del espiritismo tiene dos causas preponderantes: la primera es que hace felices a quienes lo conocen, lo comprenden y lo practican. Ahora bien, como hay muchas personas desdichadas, él recluta un ejército cuantioso entre los que sufren. ¿Sus adversarios quieren quitarle ese elemento de propagación? Que hagan a los hombres de tal modo felices, moral y materialmente, que no tengan nada más que desear, ni en este mundo ni en el otro. No pediremos más, mientras alcancen ese objetivo. La segunda causa es que el

espiritismo no se apoya en la cabeza de un hombre, al que se podría eliminar; no tiene un foco único, al que se podría extinguir; su foco está en todas partes, porque en todas partes hay médiums que pueden comunicarse con los Espíritus; no hay familia que no los posea en su seno, haciendo realidad estas palabras del Cristo: *Vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán, y tendrán visiones*; porque, finalmente, el espiritismo es una idea, y no existen barreras que las ideas no puedan superar, ni suficientemente altas para que estas no puedan traspasarlas. Mataron al Cristo, mataron a sus apóstoles y a sus discípulos; pero el Cristo había arrojado al mundo la idea cristiana, y esta idea triunfó pese a la persecución de los Césares omnipotentes. ¿Por qué, entonces, el espiritismo, que no es más que el desarrollo y la aplicación de la idea cristiana, no iba a triunfar ante algunos burlones y antagonistas que, hasta el presente, a pesar de sus esfuerzos, solo han logrado oponerle una negación estéril? ¿Habría en esto una pretensión quimérica? ¿Un sueño reformador? Ahí están los hechos para responder: el espiritismo, pese a todo y contra todo, penetra en todas partes; como el polen fecundante de las flores, es transportado por los vientos y echa raíces en los cuatro rincones del mundo, porque en cada lugar encuentra una tierra fecunda en sufrimientos, sobre la cual derrama el bálsamo del consuelo. Suponed, pues, el Estado más absoluto que la imaginación pueda soñar, que reclute todas las huestes de sus esbirros para detener la idea espírita a su paso: ¿podrá impedir que los Espíritus entren en él y se manifiesten espontáneamente? ¿Impedirá que los médiums se formen en la intimidad de las familias? Supongámoslo suficientemente poderoso para impedir la escritura, para prohibir la lectura de los libros, ¿podrá impedir que se oiga, dado que hay médiums auditivos?

¿Impedirá que el padre reciba consuelo de parte del hijo al que perdió? Veis, pues, que eso es imposible, y que yo tenía razón al decir que el espiritismo puede, sin temor, entregar a los enemigos el secreto de sus fuerzas.

Habrán quienes digan: *Estamos de acuerdo en que, cuando algo es inevitable, hay que aceptarlo. Pero si fuera una idea falsa o perjudicial, ¿no sería razonable ponerle obstáculos?* En primer lugar, si la idea espírita fuera falsa, sería preciso demostrarlo. Ahora bien, hasta el presente, ¿qué oponen sus adversarios? Burlas y negaciones que, según la lógica, jamás tendrán la validez de argumentos. Pero una refutación seria, sólida; una demostración categórica, evidente, ¿dónde la encontraréis? En ninguna parte; ni en las críticas de la ciencia ni fuera de ella. Por otro lado, cuando una idea se propaga con la rapidez del relámpago, cuando encuentra innumerables ecos en las clases más instruidas de la sociedad; cuando sus raíces están en todos los pueblos, desde que hay hombres en la Tierra; cuando los más grandes filósofos sagrados y profanos la han proclamado, es ilógico suponer que se apoya en la mentira y en la ilusión. Todo hombre sensato, al que ni la pasión ni el interés personal hayan cegado, dirá que en ella debe haber algo de cierto; y el hombre prudente, por lo menos, suspenderá el juicio antes de negarla.

En segundo lugar, la idea espírita, ¿es perjudicial? Si es verdadera, si no es más que una aplicación de las leyes de la naturaleza, parece difícil que pueda ser perjudicial, a menos que se admita que Dios hizo mal lo que hizo. ¿Cómo podría ser perjudicial una doctrina que hace mejores a quienes la profesan, consuela a los afligidos, concede resignación en la desdicha, restablece la paz en las familias, calma la efervescencia de las pasiones e impide el suicidio? Hay quienes alegan

que el espiritismo es contrario a la religión. Esa es la gran frase con la cual tratan de asustar a los tímidos y a quienes no lo conocen. ¿De qué modo una doctrina que hace mejores a sus adeptos, que enseña la moral evangélica, que solo predica la caridad, el olvido de las ofensas, la sumisión a la voluntad de Dios, sería contraria a la religión? Eso sería un absurdo. Afir-mar semejante cosa implica acusar a la propia religión. Por eso digo que aquellos que hablan así no conocen al espiritismo. Si el resultado fuera ese, ¿por qué la doctrina conduciría hacia las ideas religiosas a aquellos que no creen en nada? ¿Por qué haría que oren aquellos que se habían olvidado de hacerlo desde la infancia?

Además, hay otra respuesta, también perentoria: el espiritismo es ajeno a toda cuestión dogmática. A los materialistas les demuestra la existencia del alma; a los que solo creen en la nada, les demuestra la vida eterna; a los que piensan que Dios no se ocupa de las acciones de los hombres, les da pruebas de las penas y las recompensas futuras; al destruir el materialismo, destruye la mayor llaga de la sociedad. Ese es su objetivo. En cuanto a las creencias especiales, no se ocupa de ellas, y deja a cada uno en absoluta libertad. El materialismo es el mayor enemigo de la religión, pero como el espiritismo lo conduce hacia el espiritualismo, hace que recorra las tres cuartas partes del camino para que vuelva al seno de la Iglesia. Le corresponde a la Iglesia hacer el resto. Pero si la comunidad con la cual tendría que unirse lo rechaza, sería de temer que se orientase hacia otra.

Cuando digo esto, señores, hablo inútilmente; lo sabéis tan bien como yo. Pero hay otro punto, sobre el cual es oportuno decir algunas palabras.

Si bien los enemigos externos nada pueden contra el espiritismo, no ocurre lo mismo con los de adentro. Me refiero a quienes son más espíritas de nombre que de hecho, sin mencionar a aquellos que del espiritismo solo tienen la máscara. El más bello aspecto del espiritismo es el moral. Por sus consecuencias morales va a triunfar, pues ahí reside su poder, ahí es invulnerable. El espiritismo inscribe en su bandera: *Amor y caridad*; y ante ese paladión, más poderoso que el de Minerva —porque proviene de Cristo—, hasta la incredulidad se inclina. ¿Qué se puede oponer a una doctrina que induce a los hombres a amarse como hermanos? Si no se admite la causa, por lo menos se respetará el efecto. Ahora bien, el mejor modo de probar la realidad del efecto es aplicarlo uno mismo; es mostrar a los enemigos de la doctrina, mediante el propio ejemplo, que ésta realmente vuelve mejores a los hombres. Pero ¿cómo hacer que crean que un instrumento puede producir armonía si emite sonidos discordantes? Del mismo modo, ¿cómo persuadirlos de que el espiritismo debe conducir a la concordia, si los que lo profesan, o supuestamente lo profesan —lo que para los adversarios da lo mismo—, se arrojan piedras? ¿Si basta con una simple susceptibilidad del amor propio, de la preeminencia, para dividirlos? ¿No es ese el modo de rechazar su propio argumento? Los enemigos más peligrosos del espiritismo son, pues, los que lo desmienten al no practicar la fe que ellos mismos proclaman. Sería pueril crear una disidencia por los matices de opinión; habría evidente malevolencia, olvido del primer deber del verdadero espírita, en dividirse por una cuestión personal, puesto que el sentimiento de personalidad es fruto del orgullo y del egoísmo.

No hay que olvidar, señores, que los enemigos del espiritismo son de dos categorías: de un lado, tenéis a los burlones

y a los incrédulos. Estos reciben a diario el desmentido a través de los hechos; vosotros no les teméis, y tenéis razón. Sin proponérselo, ellos sirven a nuestra causa, y debemos agradecerles por eso. Del otro lado están las personas interesadas en combatir la doctrina; no esperéis atraerlas mediante la persuasión, pues no buscan la luz. En vano exhibiréis ante sus ojos la evidencia del sol: son ciegos porque no quieren ver. No os atacan porque estáis equivocados, sino porque estáis con la verdad y, con o sin razón, creen que el espiritismo es perjudicial para sus intereses materiales. Si estuviesen convencidos de que es una quimera, lo dejarían en paz. Por eso, su furia crece a medida que la doctrina progresa, de tal suerte que se puede medir su importancia por la violencia de los ataques que recibe. Mientras no vieron en el espiritismo más que un entretenimiento de mesas giratorias, no dijeron nada, confiados en que se trataba de un capricho de la moda; pero hoy, que a despecho de su mala voluntad ven que la burla es insuficiente, emplean otros medios. Sean estos cuales fueren, hemos demostrado su impotencia. No obstante, si no pueden acallar esa voz que se eleva en todas partes del mundo, si no pueden detener ese torrente que los invade por todos lados, harán todo para crear obstáculos; y si pudieran retrasar el progreso por un solo día, dirían también que fue un día ganado.

Aguardad, por lo tanto, que disputen el terreno palmo a palmo, pues el interés material es, de todos, el más tenaz; para él, los más sagrados derechos de la humanidad no son nada; tenéis la prueba de ello en la lucha americana. *¡Perezca la unión que constituía nuestra gloria, antes que nuestros intereses!*—manifiestan los esclavistas. De ese modo se expresan los adversarios del espiritismo, pues la cuestión humanitaria es la menor de sus preocupaciones. ¿Qué se les opone? Una bandera que los

hace empalidecer, pues saben que es portadora de palabras que han salido de la boca del Cristo: *Amor y caridad*, y que estas palabras son su sentencia. Reúnanse en torno de esta bandera todos los verdaderos espíritas, y serán fuertes, porque la unión hace la fuerza. Reconoced, pues, a los verdaderos defensores de vuestra causa, no por las palabras vanas —que no cuestan nada—, sino por la práctica de la ley de amor y caridad, por la abnegación de la personalidad; el mejor soldado no es el que levanta más alto el sable, sino el que sacrifica valerosamente su propia vida. Encarad, pues, como si hicieran causa común con vuestros enemigos, a todos los que tiendan a arrojar entre vosotros el fermento de la discordia, porque voluntaria o involuntariamente proporcionan armas en contra de vosotros. En todo caso, no contéis con ellos más que con esos malos soldados, que huyen al primer tiro de fusil.

Pero —preguntaréis— si las opiniones están divididas acerca de algunos puntos de la doctrina, ¿cómo reconoceremos de qué lado está la verdad? Es muy sencillo saberlo. Primero, tened como peso vuestro juicio y como medida la lógica, sana e inflexible. Luego, tendréis el consentimiento de la mayoría, porque no os quepa duda de que la cantidad creciente o decreciente de los partidarios de una idea da la medida de su valor; si la idea es falsa, no podrá obtener más votos que la verdad: Dios no lo permitiría; Él puede dejar que el error se muestre aquí y allá, para que veamos su aspecto y aprendamos a reconocerlo. Sin esto, si no tuviésemos que hacer una elección, ¿dónde estaría nuestro mérito? ¿Queréis otro criterio de la verdad? He aquí uno que es infalible. Puesto que la divisa del espiritismo es *Amor y caridad*, reconoceréis la verdad en quienes practican esta máxima, y tendréis como cierto que aquel que arroja una piedra a otro no puede tener la verdad en absoluto.

En cuanto a mí, señores, habéis oído mi profesión de fe. Dios no lo permita, pero si surgieran disidencias entre vosotros —y lo digo con pesar—, me alejaría abiertamente de aquellos que se apartaran de la bandera de la fraternidad, porque, desde mi punto de vista, no se los podría considerar verdaderos espíritas.

De cualquier manera, no os inquietéis en absoluto con algunas disidencias pasajeras; pronto tendréis la prueba de que ellas no tienen consecuencias graves. Son pruebas para vuestra fe y para vuestro juicio; muchas veces, también, son medios que Dios y los Espíritus buenos permiten para darnos la medida de la sinceridad, y hacer que se conozcan aquellos con los cuales realmente podremos contar si es preciso, evitando así que los pongamos en evidencia. Son pequeñas piedras sembradas en vuestro camino, a fin de que os habituéis a ver en qué os apoyáis.

Me resta hablar aún, señores, de la organización de la Sociedad. Dado que me habéis pedido consejo, os diré lo que dije el año pasado en Lyon. Los mismos motivos me llevan a disuadiros, con todas mis fuerzas, del proyecto de formar una Sociedad única, que incluya a todos los espíritas de la ciudad, lo que sería absolutamente impracticable, debido al número creciente de adeptos. No tardaríais en quedar paralizados por los obstáculos materiales y por las dificultades morales, aún mayores, que os mostrarían su imposibilidad. Es preferible, pues, que no emprendáis algo a lo que seríais obligados a renunciar. Todas las consideraciones en apoyo a esta opinión están por completo desarrolladas en la nueva edición de *El libro de los médiums*, a la cual os invito a que os remitáis. Solo agregaré unas pocas palabras.

Aquello que es difícil de obtener en una reunión numerosa, lo es mucho menos en los grupos particulares. Estos se

forman por afinidad de gustos, de sentimientos y de hábitos. Dos grupos separados pueden tener una manera de ver diferente acerca de algunos detalles, y no por eso dejan de marchar de acuerdo, mientras que si estuviesen reunidos, las divergencias de opiniones traerían inevitables perturbaciones.

El sistema de la multiplicación de los grupos tiene también como resultado la interrupción brusca de las rivalidades de supremacía y de dirección. Cada grupo, naturalmente, es presidido por el dueño de la casa o por quien sea designado, y todo transcurre en familia. Si la máxima dirección del espiritismo, en una ciudad, le incumbe a alguien, este será convocado por la fuerza de las circunstancias, y un consentimiento tácito lo designará naturalmente, en virtud de su mérito personal, de sus cualidades conciliadoras, del esmero y la devoción de que hubiera dado pruebas, de los verdaderos servicios que haya prestado a la causa. De ese modo habrá adquirido, sin proponérselo, una fuerza moral que nadie pensará en cuestionarle, porque todos la reconocerán, mientras que aquel que por su autoridad privada procurase imponerse, o fuese conducido por una camarilla, encontraría oposición de parte de todos aquellos que no reconociesen en él las cualidades morales necesarias, y de ahí una causa inevitable de divisiones.

Otorgar a alguien la suprema dirección de la doctrina es algo serio. Antes de hacerlo, es preciso estar muy seguro de esa persona, en todos los aspectos, porque con ideas erróneas podría arrastrar a la Sociedad por una pendiente nefasta y, tal vez, a su ruina. En los grupos particulares, cada uno puede dar prueba de su habilidad y ser designado, más tarde, por los sufragios de los colegas, si fuera el caso. Pero nadie puede pretender ser general antes de haber sido soldado. Así como se reconoce al buen general por su coraje y por sus talentos,

al verdadero espírita se lo reconoce por sus cualidades. Ahora bien, la primera de la que debe dar pruebas es la abnegación de la personalidad; lo reconoceremos, pues, por sus actos más que por sus palabras. Para tal dirección se necesita un verdadero espírita, y el verdadero espírita no se deja llevar por la ambición ni por el amor propio. Al respecto, señores, llamo vuestra atención hacia las diversas categorías de espíritas, cuyos caracteres distintivos están claramente definidos en *El libro de los médiums* (§ 28).

Por lo demás, cualquiera sea la naturaleza de la reunión, numerosa o no, los requisitos que debe cumplir para conseguir su objetivo son los mismos. Para esto debemos concentrar todos nuestros cuidados, y aquellos que los satisfagan serán fuertes, porque tendrán, necesariamente, el apoyo de los Espíritus buenos. Tales requisitos están descriptos en *El libro de los médiums* (§ 341).

Un error muy frecuente entre algunos neófitos es el de considerarse maestros al cabo de algunos meses de estudio. Como sabéis, el espiritismo es una ciencia inmensa, cuya experiencia solo se puede adquirir con el tiempo, como en todas las cosas. Hay en esa pretensión de no necesitar más consejos y de considerarse por encima de todos, una prueba de incompetencia, pues no se toma en cuenta uno de los primeros preceptos de la doctrina: la modestia y la humildad. Cuando los Espíritus malos encuentran semejantes disposiciones en un individuo, no dejan de excitarlas especialmente y de mantenerlas, persuadiéndolo de que solo él posee la verdad. Es uno de los escollos que se pueden encontrar, y contra el cual he juzgado un deber preveniros, añadiendo que ya no basta con decirse espírita, como no basta con decirse cristiano: es preciso demostrarlo con la práctica.

Si bien mediante la formación de los grupos evitamos la rivalidad de los individuos, esa rivalidad, ¿no podría existir entre los propios grupos, los cuales, avanzando por vías algo divergentes, podrían producir cismas, mientras que una sola Sociedad conservaría la unidad de principios? A esto respondo que el inconveniente señalado no podría evitarse, puesto que aquellos que no adoptasen los principios de la Sociedad se separarían de ella, y nada les impediría formar un grupo aparte. Los grupos son otras tantas pequeñas Sociedades, que transitarán forzosamente el mismo camino si todas adoptan la misma bandera y las bases de la ciencia, consagradas por la experiencia. Al respecto, llamo también vuestra atención hacia el § 348 de *El libro de los médiums*. Nada impide, por otra parte, que un grupo central esté formado por delegados de los diversos grupos particulares, que de tal modo tendrían un punto de reunión y un correspondiente directo con la Sociedad de París. Más tarde, anualmente, una asamblea general podría reunir a todos los adeptos y se convertiría, de ese modo, en una verdadera fiesta del espiritismo. Además, prepararé una instrucción detallada acerca de esos diversos puntos, que tendré la honra de transmitir posteriormente, tanto sobre la organización como sobre el orden de los trabajos. Aquellos que la adopten se mantendrán espontáneamente dentro de la unidad de principios.

Tales son, señores, los consejos que he juzgado conveniente transmitir, ya que quisisteis conformaros con mi opinión. Me siento feliz al agregar que en Burdeos encontré elementos excelentes, y un progreso mucho mayor del que esperaba. Aquí encontré una gran cantidad de verdaderos y sinceros espíritas, y me llevo de esta visita la firme esperanza de que nuestra doctrina se desarrollará sobre las más amplias bases y

en excelentes condiciones. Creed que mi asistencia jamás os faltará, en aquello que esté a mi alcance hacer, para secundar los esfuerzos de quienes están sincera y conscientemente dedicados de corazón a esta noble causa, que es la causa de la Humanidad. Señores, el Espíritu Erasto, al que ya conocéis por las notables disertaciones que de él habéis leído, también quiere traeros el tributo de sus consejos. Antes de mi partida de París, él dictó —a través de su médium habitual— la comunicación siguiente, cuya lectura tendré el honor de hacer.

PRIMERA EPÍSTOLA A LOS ESPÍRITAS DE BURDEOS,
POR ERASTO, HUMILDE SERVIDOR DE DIOS

¡Que la paz del Señor esté con vosotros, mis buenos amigos, a fin de que nada perturbe la buena armonía que debe reinar en un centro de espíritas sinceros! Sé cuán profunda es vuestra fe en Dios, y cuán fervorosos adeptos de la nueva revelación sois. Por eso os digo, con toda la efusión de mi ternura hacia vosotros, que me afligiría mucho, o mejor dicho, que todos nos afligiríamos mucho —nosotros, los que bajo la dirección del *Espíritu de Verdad* somos los iniciadores del spiritismo en Francia— si la concordia, de la cual habéis dado pruebas brillantes hasta hoy, llegara a desaparecer de vuestro ámbito. Si por acaso no hubieseis dado el ejemplo de una sólida fraternidad; si, en fin, no fueseis un centro serio e importante de la gran comunidad espírita francesa, yo habría dejado esta cuestión en la sombra. Pero si la levante es porque tengo razones plausibles para invitaros a conservar la unión, la paz y la unidad doctrinaria entre vuestros diversos grupos. En efecto, mis queridos discípulos, aprovecho diligentemente esta ocasión, que nosotros mismos hemos preparado, para mostraros cuán

funesta sería para el desarrollo del espiritismo, y qué escándalo ocasionaría entre vuestros hermanos de otras tierras, la noticia de una escisión en el centro que nos encantó mencionar hasta ahora, por su espíritu de fraternidad hacia todos los otros grupos, constituidos o en formación. No ignoro, como tampoco debéis ignorar, que recurrirán a todos los medios para sembrar la división entre vosotros; que os armarán celadas; que sembrarán emboscadas de toda suerte en vuestro camino; que os pondrán en oposición a unos contra otros, a fin de fomentar la división y conduciros a una ruptura, que en todos los aspectos sería lamentable. No obstante, podréis evitar todo esto llevando a la práctica los sublimes preceptos de la ley de amor y de caridad, en primer lugar para con vosotros mismos y, a continuación, para con todos. No; estoy convencido de que no daréis a los enemigos de nuestra sagrada causa la satisfacción de que digan: ¡Ved a esos espíritas de *Burdeos*, a los que nos mostraban como si estuvieran avanzando en la vanguardia de los nuevos creyentes! ¡Ni siquiera saben estar de acuerdo entre ellos! Es ahí, mis queridos amigos, donde os esperan y donde nos esperan a todos. Vuestros excelentes guías ya os lo han dicho: Deberéis luchar no solo contra los orgullosos, los egoístas, los materialistas y todos esos desventurados que se encuentran imbuidos del espíritu del siglo, sino además y principalmente contra la turba de los Espíritus engañadores que, habiendo encontrado en vuestro ámbito una poco frecuente reunión de médiums, pues en tal aspecto sois los más favorecidos, de inmediato vendrán a asaltaros: unos, con disertaciones sabiamente elaboradas, en las cuales, gracias a algunos párrafos piadosos, insinuarán la herejía o algún principio destructivo; otros, con comunicaciones abiertamente hostiles a las enseñanzas suministradas por los verdaderos mi-

sioneros del Espíritu de Verdad. ¡Ah! Creedme, nunca temáis desenmascarar a los bribones que, como nuevos Tartufos, se introducirían entre vosotros con la máscara de la religión; sed igualmente despiadados para con los lobos devoradores, que se ocultarían bajo pieles de cordero. Con la ayuda de Dios, al que jamás invocáis en vano, y con la asistencia de los Espíritus buenos que os protegen, permaneceréis inquebrantables en vuestra fe; los Espíritus malignos os hallarán invulnerables y, cuando vean que sus ataques pierden fuerza ante el amor y la caridad que animan a vuestro corazón, se retirarán confundidos de un campo donde no habrán cosechado más que la impotencia y la vergüenza. Si encaráis como subversiva toda doctrina contraria a la moral del Evangelio y a las prescripciones generales del Decálogo, que se resumen en esta concisa ley: *Amad a Dios por sobre todas las cosas y al prójimo como a vosotros mismos*, permaneceréis siempre unidos. Asimismo, en todo es preciso saber someterse a la ley común: a nadie le cabe sustraerse ni querer imponer su opinión o su sentimiento cuando estos no fueran aceptados por los otros miembros de una misma familia espírita; y en esto os invito encarecidamente a que os adaptéis a los usos y reglamentos de la Sociedad de Estudios Espíritas de París, donde nadie, cualquiera sea su posición, su edad, los servicios prestados o la autoridad conquistada, puede sustituir con su iniciativa personal la iniciativa de la Sociedad de la cual forma parte y, *a fortiori*, comprometerla con resoluciones que ella no aprobó. Dicho esto, es indiscutible que los adeptos de un mismo grupo deben tener una cabal deferencia para con la sabiduría y la experiencia adquiridas. La experiencia no es un atributo del más anciano ni del más sabio, sino de aquel que se ocupó, por más tiempo y con mayor provecho para todos, de nuestra

consoladora filosofía. En cuanto a la sabiduría, cabe a vosotros analizar a aquellos que, entre vosotros, siguen y practican mejor los preceptos y las leyes. No obstante, amigos míos, antes de seguir vuestras propias inspiraciones, no os olvidéis de que tenéis consejeros y protectores etéreos a quienes consultar, y que ellos jamás os faltarán cuando los llaméis con fervor y con un objetivo de interés general. Para eso, necesitáis buenos médiums, y aquí los hay excelentes, en medio de los cuales solo tenéis que elegir. Por cierto, sé perfectamente que tanto la señora como la señorita Cazemajoux, y algunos otros, poseen cualidades mediúmnicas en el más alto grado, y a ese respecto ninguna región —os lo reitero aquí— está mejor favorecida que Burdeos.

He tenido que haceros oír una voz algo más severa, bien amados míos, acerca de cuánto más espera de vosotros el Espíritu de Verdad, maestro de todos nosotros. Tened presente que formáis parte de la vanguardia espírita, y que de tal modo, como el estado mayor, la vanguardia debe dar a todos el ejemplo de una sumisión absoluta a la disciplina establecida. ¡Ah! Vuestra tarea no es sencilla, pues a vosotros os incumbe llevar el hacha, con mano vigorosa, a los sombríos bosques del materialismo, y perseguir hasta sus últimas trincheras a los intereses materiales aliados. Semejantes a nuevos *Jasones*, marcháis a la conquista del verdadero vellocino de oro, es decir, de esas ideas nuevas y fecundas que deben regenerar al mundo; pero ya no marcháis por vuestro propio interés, ni tan solo por el interés de la generación actual, sino, sobre todo, por el interés de las generaciones futuras, para las cuales preparáis los caminos. Hay en esta obra un sello de abnegación y de grandeza que afectará con admiración y reconocimiento a los siglos futuros, por lo que Dios —creedme— sabrá tomaros

en cuenta. He tenido que hablar como lo hice, porque me dirijo a personas que se atienen a la razón; a hombres que persiguen seriamente un fin eminentemente útil: el mejoramiento y la emancipación de la raza humana; en definitiva, porque me dirijo a espíritas que enseñan y predicán mediante el ejemplo, ya que el mejor modo para llegar hasta allí radica en la práctica de las verdaderas virtudes cristianas. Tuve que hablaros de tal manera, porque era preciso preveniros contra un peligro; era mi deber mostrároslo, de modo que he venido a cumplir con ese deber. Así, puedo ahora encarar el futuro sin inquietud, porque estoy convencido de que mis palabras serán provechosas para todos y cada uno; y que el egoísmo, el amor propio y la vanidad no tendrán, en adelante, ningún poder sobre corazones en los cuales la verdadera fraternidad reina por completo.

Vosotros tendréis presente, espíritas de Burdeos, que vuestra unión constituye el verdadero camino que conduce hacia la unión y la fraternidad universal. En ese sentido, me siento feliz, muy feliz, de poder constatar claramente que el espiritismo os ha hecho dar un paso al frente. Recibid, pues, nuestras felicitaciones —aquí os hablo en nombre de todos los Espíritus que presiden la gran obra de la regeneración humana—, porque se os ha abierto, gracias a vuestra iniciativa, un nuevo campo de exploración y una nueva causa de certeza en los estudios de los fenómenos relativos al Más Allá; también por vuestro pedido de afiliación, ya no como individuos aislados, sino como un grupo compacto, a la Sociedad iniciadora de París. Por la importancia de tal decisión, reconozco la elevada sabiduría de vuestros guías principales, y agradezco al bondadoso Fenelón y a sus fieles auxiliares Georges y Marius, que junto con él presiden vuestras piadosas reuniones de estudio.

Asimismo, aprovecho esta circunstancia para rendir un brillante homenaje a los Espíritus Ferdinand y Felicia, a quienes todos vosotros conocéis. Pese a que esos dignos colaboradores hayan hecho el bien por el bien mismo, es oportuno que sepáis que a esos modestos pioneros, secundados por el humilde Marcelin, nuestra sagrada doctrina les debe el haber prosperado tan rápidamente en Burdeos y en el sudoeste de Francia.

En efecto, mis fieles creyentes, vuestra admirable iniciativa será seguida, bien lo sé, por todos los grupos espíritas que se han constituido seriamente. Se trata, pues, de un paso inmenso hacia adelante. Habéis comprendido, y todos vuestros hermanos comprenderán tanto como vosotros, cuántas ventajas, cuántos progresos, cuánta propaganda resultará de la adopción de un programa uniforme para las tareas y los estudios de la doctrina que os hemos revelado. Quede debidamente entendido, con todo, que cada grupo conservará su originalidad y su iniciativa particular; no obstante, además de sus tareas específicas, deberá ocuparse de diversas cuestiones de interés general, sometidas a su examen por la Sociedad central, y resolver algunas dificultades cuya solución hasta ahora no ha sido posible obtener a través de los Espíritus, por razones que sería inútil desarrollar aquí. Temería ofenderos si insistiera acerca de las consecuencias que derivarán de las tareas conjuntas; ¿quién osará, entonces, discutir una verdad, cuando esta sea confirmada por unanimidad o por la mayoría de las respuestas mediúmnicas obtenidas simultáneamente en Lyon, Burdeos, Constantinopla, Metz, Bruselas, Sens, México, Carlsruhe, Marsella, Toulouse, Mâcon, Sétif, Argel, Orán, Cracovia, Moscú, San Petersburgo, al igual que en París?

Me he dirigido a vosotros con la áspera franqueza de la que me sirvo para conversar con vuestros hermanos de París.

Sin embargo, no os dejaré sin haber testimoniado mis simpatías, legítimamente conquistadas, para con esta familia patriarcal, donde los excelentes Espíritus encargados de vuestra orientación espiritual han comenzado a hacer oír sus elocuentes palabras. He hecho mención a la familia *Sabò* que, con una constancia y una piedad inalterables, supo atravesar las dolorosas pruebas con las que Dios la afligió con el propósito de elevarla y tornarla apta para su misión actual. Tampoco debo olvidar la colaboración devota de todos aquellos que, en sus respectivas esferas, han contribuido a la propagación de nuestra consoladora doctrina. Continúad todos, amigos míos, avanzando decididamente en el camino trazado, pues os conducirá con seguridad a las esferas etéreas de la perfecta felicidad, donde me encontraré con vosotros. En nombre del *Esíritu de Verdad*, que os ama, ¡os bendigo, espíritas de Burdeos!

ERASTO

(*Revista espírita - Periódico de estudios psicológicos*, Año IV, N.º 11, noviembre de 1861.)

VIAJE ESPÍRITA EN 1864



ITINERARIO DEL
VIAJE ESPÍRITA EN 1864



El espiritismo en Bélgica

Ante las reiteradas invitaciones de nuestros hermanos espíritas de Bruselas y de Amberes, consentimos en hacerles una breve visita este año, y tenemos la satisfacción de manifestar que hemos traído la más favorable impresión acerca del desarrollo de la doctrina espírita en ese país. Allí encontramos una mayor cantidad de adeptos de la que esperábamos, sinceros, devotos e instruidos. El afectuoso recibimiento que nos dispensaron en ambas ciudades nos ha dejado un recuerdo imborrable, y los momentos que allí pasamos se cuentan entre los más satisfactorios para nosotros. Dado que no podemos enviar nuestros agradecimientos a cada uno en particular, les rogamos que tengan a bien recibirlos aquí de modo colectivo.

Al retornar a París, hallamos una carta de los miembros de la Sociedad Espírita de Bruselas, la cual nos emocionó profundamente. La conservamos como un precioso testimonio de su simpatía, pero ellos comprenderán fácilmente los motivos que nos impiden publicarla en nuestra *Revista*. No obstante, hay en esa carta una frase que nos impone el deber de ponerla en conocimiento de nuestros lectores, porque el hecho expuesto en ella dice más que extensos párrafos acerca de la manera mediante la cual ciertas personas comprenden el objetivo del espiritismo. Está redactada de la siguiente manera:

En conmemoración de vuestro viaje a Bélgica, nuestro grupo ha decidido fundar una sala para niños expósitos en la guardería infantil de Saint-Josse-Ten-Noode.

Para nosotros, nada podía ser más halagador que semejante testimonio. La fundación de una obra de beneficencia, en conmemoración de nuestra visita, es una prueba de gran estima, que nos honra mucho más que las más brillantes recepciones que pudiesen halagar el amor propio de su destinatario, pero que no son provechosas para nadie, ni dejan tampoco algún ejemplo que resulte útil.

Amberes se distingue por una mayor cantidad de adeptos y de grupos. Pero allí, al igual que en Bruselas y, además, en todas partes, quienes participan de reuniones en cierto modo oficiales y regularmente constituidas, son una minoría. Las relaciones sociales y las opiniones emitidas en las conversaciones prueban que las simpatías por la doctrina espírita se extienden mucho más allá de los grupos propiamente dichos. Si bien no todos los habitantes son espíritas, allí la idea no encuentra una oposición sistemática; de ella se habla como de algo completamente natural, y no se burlan. Dado que los adeptos, en general, pertenecen a la clase de los grandes comerciantes, nuestra llegada fue una novedad en la Bolsa y monopolizó la conversación, con la misma importancia de la que se atribuye a la llegada de un cargamento.

Varios grupos están compuestos por una cantidad limitada de miembros, y se designan con un título especial y característico: uno de ellos se denomina *La Fraternidad*, otro *Amor y Caridad*, etc. Agreguemos que esos títulos no son para ellos insignias banales, sino divisas que se esfuerzan por justificar.

El grupo *Amor y Caridad*, por ejemplo, tiene como objetivo específico la caridad material, sin perjuicio de las instrucciones de los Espíritus, que en cierto modo constituyen una parte accesoria. Su organización es muy simple y da excelentes resultados. Uno de los miembros tiene el título de *limosnero*, denominación que se corresponde perfectamente con sus funciones de distribuir ayuda a domicilio; en varias ocasiones los Espíritus han indicado los nombres y las direcciones de las personas necesitadas. El nombre *limosnero* ha recuperado así su significado primitivo, del cual se había singularmente desviado.

Ese grupo cuenta con un médium tiptólogo excepcional, de modo que escribiremos acerca de él un artículo especial.

Aquí no hacemos más que reconocer los muy buenos elementos que constituyen un buen presagio del espiritismo en ese país, donde echó raíces hace poco, lo que no quiere decir que ciertos grupos de allí no hayan tenido, como en otros lugares, desavenencias y decepciones inevitables, pues se trata de la instalación de una idea nueva. En el comienzo de una doctrina, sobre todo tan importante como el espiritismo, es imposible que todos aquellos que se declaran sus partidarios comprendan el alcance, la seriedad y las consecuencias de la misma. Habrá que esperar, pues, el surgimiento de obstáculos puestos en el camino por personas que solo ven la superficie de la doctrina, así como sus ambiciones personales, y para las cuales el espiritismo es más un medio que una sincera convicción, sin aludir a la gente que adopta todas las máscaras para insinuarse con miras a servir a los intereses de los adversarios; porque así como el hábito no hace al monje, el nombre de espírita no hace al verdadero espírita. Más temprano o más tarde, esos espíritas fracasados, cuyo orgullo quedó activo,

causan en los grupos roces lamentables y suscitan obstáculos, que siempre son superados con perseverancia y firmeza. Se trata de pruebas para la fe de los espíritas sinceros.

La homogeneidad, la comunión de pensamientos y de sentimientos son, para los grupos espíritas, como para cualesquiera otras reuniones, la condición *sine qua non* de estabilidad y de vitalidad. Hacia dicho objetivo deben tender todos los esfuerzos, y se comprende que será tanto más fácil alcanzarlo cuanto menos numerosas sean las reuniones. En las grandes reuniones es casi imposible evitar la intromisión de elementos heterogéneos que, más temprano o más tarde, siembran allí la cizaña. En las reuniones reducidas, donde todos se conocen y se estiman, donde se está como en familia, el recogimiento es mayor, y la intrusión de los malintencionados es más difícil. La diversidad de los elementos que componen las grandes reuniones hace que estas se vuelvan, por eso mismo, más vulnerables a la intriga subrepticia de los adversarios.

Es preferible, pues, que haya en una ciudad cien grupos de entre diez y veinte adeptos, entre los cuales ninguno se atribuya la supremacía sobre los otros, a una sola sociedad que los reúna a todos. Ese fraccionamiento en nada perjudicará la unidad de los principios, puesto que la bandera es una sola y todos marchan hacia el mismo objetivo. Eso es lo que han comprendido perfectamente nuestros hermanos de Amberes y de Bruselas.

En síntesis, nuestro viaje a Bélgica fue fértil en enseñanzas para el interés del espiritismo; y los documentos que recogimos serán aprovechados oportunamente.

No olvidemos una de las más honrosas menciones para el grupo espírita de Douai, al que visitamos de paso, y un particular testimonio de gratitud por el recibimiento que allí nos

dispensaron. Se trata de un grupo familiar, donde la doctrina espírita evangélica es practicada en toda su pureza. En él reinan la más perfecta armonía, la benevolencia recíproca, la caridad en los pensamientos, en las palabras y en las acciones; y se respira una atmósfera de fraternidad patriarcal, exenta de efluvios dañinos, donde los Espíritus buenos se complacen tanto como los hombres; por eso, las comunicaciones reflejan la influencia de ese ambiente ameno. Gracias a la homogeneidad, así como a los escrupulosos cuidados en las admisiones, ese grupo jamás ha sido perturbado por disensiones ni desavenencias, que otros han padecido. Eso se debe a que todos los que forman parte de él son espíritas de corazón, y nadie procura hacer que prevalezca su personalidad. Los médiums son allí relativamente muy numerosos; todos se consideran simples instrumentos de la Providencia, exentos de orgullo, sin pretensiones personales, de modo que se someten, humildemente y sin ofenderse, al juicio emitido acerca de las comunicaciones que reciben, dispuestos a descartarlas en caso de que se las considere perjudiciales.

Un poema encantador se obtuvo en nuestra intención y con posterioridad a nuestra partida. Agradecemos al Espíritu que lo dictó y a su intérprete. Lo conservaremos como un valioso recuerdo, aunque se trata de esos documentos que no podemos dar a publicidad, y que solo aceptamos a modo de estímulo.

Tenemos la satisfacción de decir que ese grupo no es el único en tales condiciones favorables, y de haber podido constatar que las reuniones verdaderamente serias —aquellas en las que cada uno procura ser mejor, de donde la curiosidad ha sido eliminada—, las únicas que merecen la calificación de *espíritas*, se multiplican a diario. Ofrecen en pequeña escala

lo que podrá llegar a ser la sociedad cuando el espiritismo, bien comprendido y universalizado, constituya la base de las relaciones mutuas. Entonces, los hombres ya no tendrán nada que temer unos de otros; la caridad hará que reine entre ellos la paz y la justicia. Tal será el resultado de la transformación que se está produciendo, cuyos efectos la generación futura comenzará a sentir.

(*Revista espírita - Periódico de estudios psicológicos*, Año VII, N.º 10, octubre de 1864.)



El espiritismo es una ciencia positiva

Discurso de Allan Kardec a los espíritas
de Bruselas y de Amberes

Publicamos este discurso a pedido de una gran cantidad de personas que nos manifestaron el deseo de conservarlo, y porque tiende a hacer que el espiritismo sea considerado desde un aspecto en cierto modo nuevo. La *Revista Espírita* de Amberes lo reprodujo integralmente.

Señores y queridos hermanos espíritas:

Me complace daros este título porque, si bien no tengo el privilegio de conocer a todas las personas que se han hecho presentes en esta reunión, quiero creer que aquí estamos en familia, en comunión de pensamientos y de sentimientos. Y aunque admitiera que no todos los presentes fuesen simpati-

zantes de nuestras ideas, no dejaría de integrarlos en el sentimiento fraternal que debe animar a los verdaderos espíritas para con todos los hombres, sin distinción de opiniones.

No obstante, me dirijo más especialmente a nuestros hermanos de creencia, para expresarles la satisfacción que siento de encontrarme entre vosotros, así como para ofrecerles, en nombre de la Sociedad de París, un saludo de confraternidad espírita.

Ya había obtenido la prueba de que el espiritismo cuenta, en esta ciudad, con numerosos adeptos serios, devotos e instruidos, que comprenden perfectamente el objetivo moral y filosófico de la doctrina espírita; sabía que aquí encontraría corazones simpáticos, y este ha sido un motivo determinante para que yo correspondiese a la insistente y gentil invitación que se me hizo a través de varios de vosotros, a fin de que realizara una breve visita este año. La recepción tan amable y cordial que recibí hará que me lleve de mi estadía el más agradable recuerdo.

Por cierto, tendría el derecho de vanagloriarme por la recepción que se me dispensa en los diferentes centros que visito, si no supiese que esos testimonios están dirigidos mucho menos al hombre que a la doctrina espírita, de la cual soy apenas un humilde representante, y deben ser considerados como una profesión de fe, una adhesión a nuestros principios. Así los recibo, en lo que me concierne personalmente.

Por lo demás, si los viajes que hago de tanto en tanto a los centros espíritas, solo debiesen tener como resultado una satisfacción personal, los consideraría inútiles y me abstendría de ellos. Con todo, además de que contribuyen a estrechar los lazos de fraternidad entre los adeptos, también tienen la ventaja de proporcionarme elementos de observación y de es-

tudio, siempre valiosos para la doctrina espírita. Independientemente de los hechos que pudieran servir para el progreso de esa ciencia, ahí reúno los materiales de la historia futura del espiritismo, los documentos auténticos sobre el movimiento de la idea espírita, los elementos más o menos favorables o contrarios que esta encuentra según las localidades, la fuerza o la debilidad y las maniobras de sus adversarios, los medios de combatir a estos últimos, el esmero y la dedicación de sus auténticos defensores.

Entre estos últimos, deben colocarse en posición destacada todos los que militan por la causa espírita con coraje, perseverancia, abnegación y desinterés, sin una segunda intención personal, pues buscan el triunfo de la doctrina por la doctrina misma, y no por la satisfacción de su amor propio; así como todos aquellos que, mediante su ejemplo, demuestran que la moral espírita no es una palabra vana, y se esfuerzan por justificar esta notable afirmación de un incrédulo: *Con una doctrina así, no se puede ser espírita si no se es hombre de bien.*

No hay un centro espírita donde yo no haya encontrado una cantidad más o menos considerable de esos pioneros de la obra, de esos roturadores de terreno, de esos luchadores infatigables que, sustentados por una fe sincera y esclarecida, así como por la conciencia de cumplir un deber, no se desaniman ante ninguna dificultad y consideran su dedicación como una deuda de reconocimiento por los beneficios morales que han recibido del espiritismo. ¿Es justo que queden perdidos para nuestros descendientes los nombres de aquellos con los cuales la doctrina se honra, y que un día no puedan ser inscriptos en el monumento a los espíritas?

Lamentablemente, al lado de estos, en algunas ocasiones se encuentran los rebeldes de la causa, los impacientes, que,

por no calcular el alcance de sus palabras y de sus actos, pueden comprometerla; los que, incitados por un celo irreflexivo, por ideas intempestivas y prematuras, sin proponérselo dan armas a nuestros adversarios. Después vienen aquellos que, como no consideran al espiritismo más que por la superficie, *sin que sean tocados en el corazón*, con su propio ejemplo dan una falsa opinión acerca de sus resultados y de sus tendencias morales.

Ese es, indiscutiblemente, el mayor escollo con que se encuentran los sinceros propagadores de la doctrina espírita, pues muchas veces ven la obra, que con tanto esfuerzo iniciaron, destrozada por aquellos mismos que deberían secundarlos. Está demostrado que al espiritismo le ponen más obstáculos aquellos que lo comprenden mal que quienes no lo comprenden en absoluto, e incluso más que sus enemigos declarados. Y es de destacar que aquellos que lo comprenden mal tienen, por lo general, la pretensión de comprenderlo mejor que los otros; de modo que no es raro ver a neófitos que, al cabo de algunos meses, pretenden dar lecciones a quienes han adquirido experiencia mediante estudios serios. Tal pretensión, que revela orgullo, es de por sí una prueba evidente de su ignorancia acerca de los verdaderos principios de la doctrina espírita.

No obstante, los espíritas sinceros no deben desanimarse, pues estamos ante las consecuencias de una etapa de transición. Las ideas nuevas no pueden instalarse de repente y sin dificultades. Como necesitan arrasar las ideas antiguas, forzosamente encuentran adversarios que las combaten y las rechazan, sin contar a las personas que las adoptan en sentido contrario, que las exageran o pretenden adaptarlas a sus gustos y opiniones personales. Con todo, llega un momento

en que las ideas contradictorias caen por sí mismas, cuando los verdaderos principios son conocidos y comprendidos por la mayoría. Ya veis lo que ha sucedido con los sistemas aislados que surgieron en el origen del espiritismo: todos cayeron ante la observación más rigurosa de los fenómenos, o apenas encuentran a algunos de esos partidarios tenaces, que en todo se aferran a sus ideas primitivas, sin dar un paso hacia adelante. La unidad se consolidó en la creencia espírita con mucha mayor rapidez de la que se esperaba. Eso se debe a que los Espíritus, en todos los puntos, han venido a confirmar los principios verdaderos; de modo que hoy, entre los adeptos del mundo, existe una opinión predominante que, si bien no goza aún de unanimidad absoluta, es sin dudas la de la inmensa mayoría. De ahí se deduce que aquel que pretenda marchar en sentido contrario a esta opinión, al encontrar escaso o ningún eco, se condenará al aislamiento. Ahí está la experiencia para demostrarlo.

A fin de remediar el inconveniente que acabo de mencionar, es decir, para prevenir las consecuencias de la ignorancia y de las falsas interpretaciones, es preciso un mayor empeño en la divulgación de las ideas correctas, así como en la formación de adeptos instruidos, cuya cantidad creciente neutralizará la influencia de las ideas erróneas.

El objetivo principal de mis visitas a los centros espíritas es, naturalmente, auxiliar en sus tareas a nuestros hermanos en creencia. De ese modo, aprovecho para transmitirles, tanto como me es posible hacerlo, las instrucciones que pudieran necesitar en lo que respecta al desarrollo teórico y a la aplicación práctica de la doctrina espírita. Dado que la finalidad de esas visitas es seria, y exclusivamente en función del espiritismo, no voy en busca de ovaciones, que no son de mi gusto

ni se corresponden con mi carácter. Mi mayor satisfacción es encontrarme con amigos sinceros, devotos, con los cuales podemos conversar sin coacciones, e instruirnos mutuamente a través de una discusión amistosa, a la que cada uno contribuye con sus propias observaciones.

En esos viajes no voy a predicar a los incrédulos; nunca convoco al público para catequizarlo; en una palabra, no voy a hacer propaganda. Solo concurre a las reuniones de adeptos en las cuales mis consejos son apreciados y pueden resultar de utilidad; los doy de buen grado a quienes creen que los necesitan, y me abstengo ante los que se juzgan suficientemente instruidos para prescindir de ellos. Solo me dirijo a los hombres de buena voluntad.

Si en esas reuniones se introdujeran, excepcionalmente, personas atraídas apenas por la curiosidad, quedarían decepcionadas, porque allí no encontrarían nada que pudiera satisfacerlas; y en caso de que estuviesen animadas de algún sentimiento hostil o denigrativo, el carácter eminentemente serio, sincero y moral de la asamblea, así como de los asuntos tratados en ella, les quitaría todo pretexto admisible para su malevolencia. Tales son los pensamientos que expreso en las diversas reuniones a las cuales soy invitado a concurrir, a fin de que nadie se equivoque acerca de mis intenciones.

Manifesté, al comienzo, que yo no era más que el representante de la doctrina espírita. Algunas de las explicaciones acerca de su verdadero carácter, naturalmente llamarán vuestra atención en torno a un punto esencial, que hasta ahora no ha sido considerado suficientemente. En verdad, al ver la rapidez de los progresos de esta doctrina, habría más gloria para mí si me declarara su creador; mi amor propio encontraría allí su remuneración. Pero no debo hacer que mi parte sea más im-

portante de lo que es; lejos de lamentarlo, me felicito, porque de lo contrario el espiritismo sería solamente una concepción individual, que podría ser más o menos correcta, más o menos ingeniosa, pero que por eso mismo perdería su autoridad. Podría tener partidarios, tal vez hiciese escuela, como muchas otras, pero con toda seguridad no habría adquirido en unos pocos años el carácter de universalidad que lo distingue.

Ese es un hecho fundamental, señores, que debe ser proclamado bien alto. No, el espiritismo no es una concepción individual, un producto de la imaginación; no es una teoría, un sistema inventado para la necesidad de una causa. Su fuente se halla en los fenómenos de la propia naturaleza, en hechos positivos, que se producen a cada instante ante nuestros ojos, pero cuyo origen no se sospechaba. Es, pues, el resultado de la observación. En una palabra, el espiritismo es una ciencia: la ciencia de las relaciones entre el mundo visible y el mundo invisible; ciencia aún imperfecta, pero que se completa todos los días mediante nuevos estudios y que, tened la certeza, ocupará su lugar al lado de las ciencias *positivas*. Digo *positivas*, porque toda ciencia que se basa en fenómenos es una ciencia positiva, y no puramente especulativa.

El espiritismo no ha inventado nada, porque no es posible inventar lo que está en la naturaleza. Newton no inventó la ley de la gravitación: esa ley universal existía antes de él. Cada uno la aplicaba y sentía sus efectos, aunque no se la conociera.

El espiritismo, por su parte, viene a mostrar una nueva ley, una nueva fuerza de la naturaleza: la que reside en la acción del Espíritu sobre la materia; una ley tan universal como la de la gravitación o la de la electricidad, pese a que todavía es ignorada y negada por ciertas personas, como lo han sido las otras leyes en la época en que fueron descubiertas. Sucede

que los hombres tienen generalmente dificultad para renunciar a sus ideas preconcebidas y, por amor propio, les cuesta reconocer que estaban equivocados, o que otros hayan podido encontrar lo que ellos mismos no habían encontrado.

Pero como, en definitiva, esta ley se basa en hechos, y contra los hechos no hay negación que pueda prevalecer, deberán rendirse ante la evidencia, así como los más recalcitrantes lo hicieron en cuanto al movimiento de la Tierra, a la formación del planeta y a los efectos del vapor. Por más que acusen de ridículos a los fenómenos, no pueden impedir la existencia de aquello que es.

Así pues, el espiritismo buscó la explicación de los fenómenos de un cierto orden que, en todas las épocas, se han producido de modo espontáneo. Pero, sobre todo, lo que lo favoreció en esas investigaciones es que le ha sido dado, hasta cierto punto, el poder de producirlos y de provocarlos. Encontró en los médiums instrumentos adecuados a tal efecto, como el físico encontró en la pila y en la máquina eléctrica los medios para reproducir los efectos del rayo. Se comprende que esto es apenas una comparación; no pretendo establecer una analogía.

No obstante, cabe aquí una consideración de suma importancia: en sus investigaciones, el espiritismo no procedió por medio de hipótesis, conforme se lo acusa. No supuso la existencia del mundo espiritual para explicar los fenómenos que tenía ante su vista, sino que procedió por medio del análisis y de la observación: *de los hechos se remontó hasta la causa, y el elemento espiritual se le presentó como una fuerza activa; solo lo proclamó después de haberlo constatado.*

De ese modo, la acción del elemento espiritual, como potencia y como ley de la naturaleza, abre nuevos horizontes

a la ciencia, proporcionándole la clave de una infinidad de problemas que no eran comprendidos. Con todo, si bien el descubrimiento de leyes puramente materiales produjo en el mundo revoluciones materiales, el descubrimiento del elemento espiritual prepara en el mundo una revolución moral, pues cambia completamente el curso de las ideas y de las creencias más arraigadas; muestra la vida desde otro aspecto; acaba con la superstición y el fanatismo; engrandece el pensamiento. Así, el hombre, en vez de arrastrarse en la materia y de circunscribir su vida entre el nacimiento y la muerte, se eleva a lo infinito; sabe de dónde viene y hacia dónde va; ve un objetivo para su trabajo, para sus esfuerzos, así como una razón de ser para el bien; sabe que no perderá nada de lo que adquiera en la Tierra, en cuanto a saber y moralidad, y que su progreso continúa indefinidamente más allá de la tumba; sabe que hay siempre un porvenir para él, sean cuales fueren la insuficiencia y la brevedad de la existencia presente, mientras que la idea materialista, al circunscribir la vida a la existencia actual, le da como perspectiva la nada, que no es compensada siquiera por la duración, que nadie puede aumentar a voluntad, ya que podemos caer mañana, dentro de una hora, y entonces el fruto de nuestras labores, de nuestras vigilias, de los conocimientos adquiridos, estará perdido para nosotros de modo definitivo, muchas veces sin que hayamos tenido tiempo de disfrutarlo.

El espiritismo —reitero—, al demostrar, no mediante hipótesis, sino con hechos, la existencia del mundo invisible y el porvenir que nos aguarda, modifica por completo el curso de las ideas; confiere al hombre la fuerza moral, el coraje y la resignación, porque este ya no trabaja solo por el presente sino para el porvenir, y sabe que si no goza hoy, lo hará mañana.

Asimismo, al demostrar la acción del elemento espiritual sobre el mundo material, el espiritismo amplía el dominio de la ciencia y, por eso mismo, abre una nueva vía para el progreso material. Entonces, el hombre tendrá una base sólida para la instalación del orden moral en la Tierra; comprenderá mejor la solidaridad que existe entre los seres de este mundo, ya que esa solidaridad se perpetúa indefinidamente. La fraternidad deja de ser una palabra vana; aniquila al egoísmo en vez de ser aniquilada por él. Así, de manera completamente natural, el hombre imbuido de estas ideas adaptará a ellas sus leyes y sus instituciones sociales.

El espiritismo conduce inevitablemente a esta reforma. De tal modo, por la fuerza de las circunstancias, se realizará la revolución moral que debe transformar a la humanidad y cambiar la faz del mundo, y eso simplemente por el conocimiento de una nueva ley de la naturaleza, que da otro curso a las ideas, una finalidad a esta vida, un objetivo a las aspiraciones del porvenir, y hace que las cosas sean consideradas desde otro punto de vista.

Si los detractores del espiritismo —me refiero a los que militan por el progreso social, a los escritores que predicán la emancipación de los pueblos, la libertad, la fraternidad y la reforma de los abusos— conociesen las verdaderas tendencias del espiritismo, su alcance y sus resultados inevitables, en vez de ridiculizarlo como lo hacen, de poner sin cesar obstáculos en su camino, verían en él la más poderosa palanca para llegar a la destrucción de los abusos que combaten, y en vez de serle hostiles, lo aclamarían como un socorro providencial. Lamentablemente, la mayoría de ellos confían más en sí mismos que en la Providencia. Pero esa palanca actúa sin ellos y a pesar de ellos, y la fuerza irresistible del espiritismo será

tanto mejor constatada cuanto más tenga él que combatir. Un día se dirá de esos detractores —y no será para su gloria— lo que ellos mismos dicen de los que han combatido el movimiento de la Tierra, o de los que negaron la potencia del vapor. Todas las negaciones, todas las persecuciones, no han impedido que estas leyes naturales siguieran su curso. De igual modo, todos los sarcasmos de la incredulidad no impedirán la acción del elemento espiritual, que también es una ley de la naturaleza.

Considerado de esta manera, el espiritismo pierde el carácter de misticismo que le reprochan sus detractores, por lo menos aquellos que no lo conocen. Ya no es la ciencia de lo maravilloso y de lo sobrenatural resucitada, sino el dominio de la naturaleza enriquecida con una ley nueva y fecunda, una prueba más del poder y la sabiduría del Creador. El espiritismo constituye, pues, la superación de los límites del conocimiento humano.

Tal es, señores, en resumen, el punto de vista desde el cual se debe considerar el espiritismo. En esta circunstancia, ¿cuál ha sido mi rol? Ni el de inventor ni el de creador. Vi, observé, estudié los fenómenos con cuidado y perseverancia; los coordiné y deduje sus consecuencias: esa es toda la parte que me cabe. Aquello que hice, otro podría haberlo hecho en mi lugar. En todo esto he sido un simple instrumento de los designios de la Providencia, y doy gracias a Dios y a los Espíritus buenos porque se dignaron servirse de mí. Se trata de una tarea que acepté con alegría, y de la cual me esforcé por hacerme digno, rogándole a Dios que me diese las fuerzas necesarias para llevarla a cabo según su sagrada voluntad. No obstante, la tarea es pesada, más pesada de lo que puedan imaginarse; y si hay para mí algún mérito, es que tengo la conciencia de no haber retrocedido ante ningún obstáculo ni ningún sacrificio. Será

la obra de mi vida hasta el último día, porque en presencia de un objetivo tan importante, todos los intereses materiales y personales se diluyen como puntos ante lo infinito.

Concluyo esta breve conferencia, señores, dirigiendo sinceras felicitaciones a nuestros hermanos de Bélgica, presentes o ausentes, cuyo esmero, abnegación y perseverancia han contribuido a la implantación del espiritismo en este país. Estoy convencido de que las semillas que han depositado en los grandes centros de población, como Bruselas, Amberes, etc., no han sido arrojadas en un suelo estéril.

(*Revista espírita - Periódico de estudios psicológicos*, Año VII, N.º 11, noviembre de 1864.)

VIAJE ESPÍRITA
EN 1867



ITINERARIO DEL
VIAJE ESPÍRITA
EN 1867



Breve excursión espírita

La Sociedad de Burdeos, reconstituida, como hemos dicho en nuestro número precedente, se reunió este año, al igual que el año pasado, en un banquete el día de Pentecostés; un banquete sencillo –digámoslo de inmediato–, como conviene en semejante circunstancia, y acorde a personas cuyo objetivo principal es hallar una ocasión para reunirse y estrechar lazos de confraternidad; de modo que la afectación y el lujo serían allí una insensatez. Pese a las ocupaciones que nos retenían en París, pudimos corresponder a la amable e insistente invitación que se nos hizo para participar de dicho banquete. El del año pasado, que fue el primero, apenas reunió treinta comensales; en el de este año había cuatro veces más, varios de los cuales llegaron desde lejos. Las ciudades de Toulouse, Marmande, Villeneuve, Libourne, Niort, Blaye, e incluso Carcassonne, que queda a ochenta leguas, tenían allí sus representantes. Todas las clases sociales estaban reunidas en una comunión de sentimientos; allí se encontraban el artesano, el agricultor al lado del burgués, del comerciante, del médico, de los empleados públicos, de los abogados, de los científicos, etc.

Sería superfluo agregar que todo transcurrió como era debido, entre personas cuya divisa es *Fuera de la caridad no hay salvación*, y que profesan la tolerancia hacia todas las opiniones y todas las convicciones. Por eso, en los discursos circunstanciales que se pronunciaron, ni una palabra se dijo que

pudiese afectar a la más recelosa susceptibilidad. Si nuestros mayores adversarios hubieran estado allí, no habrían escuchado ni una palabra, ni una alusión dirigida a ellos.

La autoridad mostró bastante benevolencia y cortesía en relación con esa junta, lo que debemos agradecerle. Ignoramos si estaba representada de manera oculta, pero con certeza pudo tener el convencimiento, como siempre, de que las doctrinas profesadas por los espíritas, lejos de ser subversivas, son una garantía de paz y de tranquilidad; que el orden público nada tiene que temer de personas cuyos principios contemplan el respeto a las leyes, y que en ninguna circunstancia cedieron a las insinuaciones de los agentes provocadores que buscaban comprometerlas. Siempre se las ha visto retirarse y abstenerse de toda manifestación ostensiva, cada vez que temieron ser utilizadas como motivo de escándalo.

¿Acaso esa actitud expresa una debilidad de los espíritas? No, por cierto. Al contrario, la conciencia del poder de sus principios los vuelve serenos, así como la certeza que tienen de la inutilidad de los esfuerzos tendientes a sofocarlos. Cuando se abstienen, no es para colocarse a resguardo, sino para evitar lo que pudiese repercutir de modo perjudicial sobre la doctrina espírita. Saben que ella no necesita demostraciones exteriores para triunfar. Ven que sus ideas prosperan en todas partes, que se extienden con una potencia irresistible; ¿por qué precisarían hacer alboroto? Dejan ese encargo a sus antagonistas, que con sus clamores ayudan a la propagación. Incluso las persecuciones constituyen el bautismo necesario de todas las ideas nuevas y de cierta importancia; en vez de perjudicarlas, las fortalecen. Se mide esa importancia por la obstinación con que las combaten. Las ideas que solo se adoptan a fuerza de reclamos y exhibiciones tienen apenas una vitalidad ficticia y

de corta duración; las que se propagan por sí mismas y por la fuerza de las circunstancias tienen vida propia y son las únicas que perduran. En este caso se encuentra el espiritismo.

La fiesta concluyó con una colecta a beneficio de los desventurados, sin distinción de creencias, y con una cordura cuya moderación solo merece loores. A los efectos de conceder plena libertad a los presentes, de no humillar a nadie ni tampoco estimular la vanidad de quienes darían más que los otros, las cosas fueron dispuestas de manera que nadie, ni siquiera los recaudadores, supiesen lo que cada uno había dado. El producto fue de ochenta y cinco francos, y de inmediato se designaron comisionados para darle una aplicación.

Pese a la brevedad de nuestra estadía en Burdeos, hemos concurrido a dos sesiones de la sociedad espírita: una de ellas dedicada al tratamiento de los enfermos; y la otra, a estudios filosóficos. De ese modo, nosotros mismos pudimos constatar los buenos resultados que siempre son el fruto de la perseverancia y la buena voluntad. En el relato que publicamos en nuestro número precedente, acerca de la sociedad bordelesa, nos ha sido posible —con conocimiento de causa— agregar nuestras felicitaciones personales. Pero no se debe ocultar que cuanto más prospere, tanto más estará expuesta a los ataques de nuestros adversarios; que desconfíe, sobre todo, de las maniobras ocultas que contra ella pudieran urdir, así como de las manzanas de la discordia que, con la apariencia de un cuidado exagerado, podrían arrojar en su seno.

Ya que fue limitado el período de nuestra ausencia de París, por la obligación de estar allí de retorno un día determinado, no hemos podido, para nuestro gran pesar, concurrir a los diversos centros a los cuales habíamos sido invitados. Apenas nos detuvimos algunos instantes en Tours y en Orleans, que

estaban en nuestro camino. Allí también hemos constatado el ascendiente que la doctrina espírita adquiere día a día en la opinión pública, así como sus felices resultados, que si bien son individuales, no dejan por eso de ser menos satisfactorios.

En Tours la reunión debía contar con cerca de ciento cincuenta personas, tanto de la ciudad como de las cercanías, pero a causa de la precipitación con que se hizo la convocatoria, solo pudieron estar presentes los dos tercios. Una circunstancia imprevista no permitió aprovechar la sala que había sido elegida, de modo que nos reunimos, en una noche magnífica, en el jardín de uno de los miembros de la sociedad espírita. En Orleans los espíritas son menos numerosos, pero no por eso deja de contar con muchos adeptos sinceros y devotos, cuyas manos tuvimos el placer de estrechar.

Un fenómeno constante y característico, que debe considerarse como un gran progreso, es la disminución gradual y en cierto modo general de las prevenciones contra las ideas espíritas, incluso entre quienes no las comparten. Actualmente se reconoce a cada uno el derecho de ser espírita, como el de ser juez o protestante; eso ya es algo. Las localidades tales como Illiers, en el Departamento de Eure-et-Loire, donde se alborota a los muchachos para que persigan a los espíritas a pedradas, son excepciones cada vez más raras.

Otra señal de progreso no menos característica es la escasa importancia que, por todas partes, incluso en las clases menos instruidas, los adeptos conceden a los fenómenos de manifestaciones extraordinarias. Si efectos de ese tipo se producen espontáneamente, las personas los comprueban pero no se conmueven, no los buscan, y menos aún se empeñan en provocarlos. Dan poca importancia a algo que apenas satisface a los ojos y a la curiosidad. El objetivo serio de la doc-

trina espírita, sus consecuencias morales, los recursos que ella puede dispensar para el alivio del sufrimiento, la felicidad de volver a encontrar a los parientes y amigos que fallecieron, de conversar con ellos y escuchar los consejos que vienen a dar, constituyen el objeto exclusivo y preferido de las reuniones espíritas. Incluso en el campo y entre los artesanos, un poderoso médium de efectos físicos sería menos apreciado que un buen médium escribiente que trasmitiese, a través de comunicaciones racionales, consuelo y esperanza. Lo que se busca en la doctrina es, ante todo, lo que atañe al corazón. Es algo notable la facilidad con que las personas, incluso las menos ilustres, comprenden y asimilan los principios de esta filosofía, pues no es necesario ser sabio para tener corazón y entendimiento. ¡Ah! —dicen ellas— ¡Si siempre nos hubiesen hablado de ese modo, jamás habríamos dudado de Dios ni de su bondad, incluso en las mayores miserias!

No cabe duda de que creer ya es algo, porque se trata de un pie colocado en el camino del bien; pero la creencia sin la práctica es letra muerta. Ahora bien, nos sentimos felices al decir que, en nuestra breve excursión, entre numerosos ejemplos de efectos moralizadores de la doctrina espírita, encontramos una buena cantidad de esos espíritas de corazón, a los que podríamos denominar completos, si fuese dado al hombre ser completo en lo que quiera que fuese, y que pueden ser considerados como los modelos de la generación futura transformada; los hay de ambos sexos, de todas las edades y condiciones, desde la juventud hasta el límite máximo de edad, que a partir de esta vida realizan las promesas que los Espíritus nos hacen para el porvenir. Se los reconoce fácilmente: hay en todo su ser un reflejo de franqueza, de sinceridad, que impone confianza; de inmediato se percibe que no hay ningun-

na segunda intención disimulada debajo de palabras doradas ni de saludos hipócritas. En torno de ellos, e incluso en la mediocridad, saben hacer que reine la calma y el júbilo. En esos interiores benditos se respira una atmósfera serena que se reconcilia con la humanidad, y se descubre el reino de Dios sobre la Tierra. ¡Bienaventurados aquellos que saben gozarlo por anticipado! En nuestros viajes espíritas nos satisface ver que la cantidad de creyentes que computamos es menor que la de esos adeptos que son la honra de la doctrina y, al mismo tiempo, sus más firmes apoyos, porque hacen que se la estime y se la respete a través de ellos.

Al ver la cantidad de personas a las que el espiritismo hace felices, dejamos de lado fácilmente las fatigas inherentes a nuestra tarea. Esa es una satisfacción, un resultado positivo, que la malevolencia más encarnizada no puede robarnos. Podrían quitarnos la vida, los bienes materiales, pero jamás la dicha de haber contribuido a restablecer la paz en esos corazones atormentados. Para quienquiera que sondee los motivos secretos que impulsan a ciertos hombres, hay lodos que ensucian a quienes los arrojan, pero no a aquellos a quienes están dirigidos.

Que todos aquellos que nos han dado, en ese último viaje, tan conmovedores testimonios de simpatía, reciban aquí nuestros más sinceros agradecimientos, y estén seguros de que serán pagados con la misma moneda.

(Revista espírita - Periódico de estudios psicológicos, Año X, N.º 7, julio de 1867.)

ÍNDICE

Advertencia sobre la traducción	7
Presentación	9
Respuesta de Allan Kardec a los espíritas de Lyon y de Burdeos	13
Viaje espírita en 1862	17
Itinerario del viaje espírita en 1862	18
Impresiones generales	19
Discursos pronunciados en las reuniones generales de los espíritas de Lyon y de Burdeos	39
Instrucciones particulares transmitidas a los grupos en respuesta a algunas de las preguntas formuladas	87
Proyecto de Reglamento para uso de los grupos y de las pequeñas Sociedades Espíritas	119
Apéndice:	
Otros viajes de Allan Kardec	127
Viaje espírita en 1860	129
Itinerario del viaje espírita en 1860	130
Banquete ofrecido a Allan Kardec por los espíritas lioneses el 19 de septiembre de 1860	131
Viaje espírita en 1861	145
Itinerario del viaje espírita en 1861	146
El espiritismo en Lyon	147

Discurso de Allan Kardec con motivo del banquete que se le ofreció en Lyon	154
El espiritismo en Burdeos	174
Discurso de Allan Kardec a los espíritas de Burdeos	179
Viaje espírita en 1864	199
Itinerario del viaje espírita en 1864	200
El espiritismo en Bélgica	201
“El espiritismo es una ciencia positiva” - Discurso de Allan Kardec a los espíritas de Bruselas y de Amberes	206
Viaje espírita en 1867	219
Itinerario del viaje espírita en 1867	220
Breve excursión espírita	221

